

BIBLIOTECA DE «LA CAZA ILUSTRADA»

DESTRUCCION

DE LOS

ANIMALES DAÑINOS

POR

D. Manuel Rodríguez Ramas (Lupus).

OBRA DE GRAN UTILIDAD PARA CAZADORES, GUARDAS, GANADEROS, LABRADORES
Y TODO EL QUE TENGA INTERESES EN EL CAMPO

CON PROFUSION DE GRABADOS



MADRID

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

Puerta del Sol, 6.

1901

122 bis.

Biblioteca Nacional de España



DESTRUCCIÓN DE LOS ANIMALES DAÑINOS

Es propiedad.

Biblioteca de «La Caza Ilustrada»

DESTRUCCIÓN
DE LOS
ANIMALES DAÑINOS

POR

D. Manuel Rodríguez Ramos

(LUPUS)

CON UN ARTÍCULO SOBRE LOS ANIMALES DAÑINOS

POR

D. JUAN M.^a DE CONDE

DIRECTOR DE «LA CAZA ILUSTRADA»

OBRA DE GRAN UTILIDAD PARA CAZADORES,
GANADEROS, GUARDAS Y TODO EL QUE TENGA INTERESES
EN EL CAMPO

SEGUNDA EDICIÓN, AUMENTADA CONSIDERABLEMENTE

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO MARZO

Pozas, 12.

1900

A Don Hipólito Suárez.

Cinco años han transcurrido desde que dediqué á usted la primera edición de este librito.

Cinco años desde la primera á la segunda edición.

¡Cuántas cosas han pasado en ese tiempo!

¡Cómo ha cambiado todo!

Lo único que existe inalterable, y existirá mientras viva, es el afecto que siempre ha profesado á sus antiguos compañeros de la ya extinguida Sociedad MONTEROS DE EXTREMADURA, especialmente á usted que la presidió,

Su afectísimo,

EL AUTOR.

Mérida Enero 1900.

PRÓLOGO

M. A. de la Rue publicó en 1887 una excelente obra titulada *Los animaux nuisibles et sa destruction*. Cualquiera que la estudie y ponga en práctica sus preceptos, logrará en poco tiempo hacerse un entendido cazador, capaz de exterminar aquellos animales.

Creímos conveniente el propósito de generalizar los conocimientos necesarios para limpiar el campo de estos enemigos, traducir y publicar completa la obra de M. de la Rue; pero considerando que, aunque el autor conoce bastante algunas provincias españolas, en donde dió muerte á muchas alimañas, escribió principalmente para Francia, y trata con mucha concisión de algunos animales que en aquel país son raros, como, por ejemplo, el lince, que entre nosotros abunda sobre manera y se extiende en prolijos detalles sobre la caza del tejón, aunque

no tiene por dañino, y habla, en fin, de otros que aquí no existen ó son sumamente raros.

Como no es nuestro objeto escribir un tratado de caza, sino proporcionar conocimientos para que los guardas que custodian terrenos vedados los libren de animales dañinos, nos ha parecido suficiente tratar de aquellos que mas perjuicios nos causan. Para ello nos valdremos en gran parte de los del autor francés citado, de la experiencia de nuestros compañeros de caza y de la nuestra propia.

No nos cansaremos de excitar el celo de los dueños de cotos para que tomen en serio la tarea de limpiarlos de bestias perniciosas, debiendo tener presente, ellos que cultivan los campos, que el primer cuidado que se imponen, si han de llenar sus trojes, es limpiar de cizaña sus sembrados, y que los lobos, las zorras, las garduñas, etc., son la mala semilla que vive á costa de la caza, que siempre será escasa, ó desaparecerá completamente si no se la libra de aquellos parásitos.

Y si esto necesitase demostración, bastaría el hecho frecuente de existir terrenos acotados que hoy tienen menos caza que tenían cuando todo el mundo cazaba libremente en ellos.

Desde las ciencias más sublimes é intrincadas hasta las artes más sencillas, todo lo que es producto del esfuerzo humano se estudia para aprenderlo bien, valiéndose de ciertas reglas, sin las que la enseñanza resultaría un caos.

El arte que aquí nos ocupa no puede ser, y, en efecto, no es una excepción. Tiene sus reglas establecidas, y la aplicación de ellas nos llevará fácilmente á vencer cuantas dificultades se nos presenten en nuestro aprendizaje.

Las reglas comunes á la persecución de toda clase de animales dañinos pueden resumirse en las siguientes:

Estos animales viven á costa de lo que el hombre necesita y lo que al mismo pertenece. Aquellos luchan por la vida; éste batalla por defender su propiedad. De aquí la guerra cruel y de exterminio que le tiene declarada, y de aquí, por consiguiente, que todos estos animales conozcan con quién tienen que habérselas, y comprendiendo los medios de que su enemigo puede disponer, le teman grandemente y empleen para su defensa todos los recursos que recibieron de la Naturaleza, con más cuidado y afán aún que para proporcionarse el alimento.

El hombre usa ingeniosos artificios para apo-

derarse de su enemigo, y éste aguza todo el ingenio de que es capaz su instinto para descubrirlos y evitarlos. El arte del cazador consiste simplemente en saberlos ocultar.

Dice el adagio que *enemigo conocido, enemigo vencido*. Conozcamos, pues, las aptitudes, las necesidades y las costumbres de los animales que pretendamos atacar, y fácilmente caerán en nuestro poder.

Tengamos presente, por lo tanto, estas dos reglas en todos los casos y en todas las ocasiones, y llevaremos andado más de la mitad del camino para aprender este arte.

Damos principio á nuestra tarea en el primer artículo por el más feroz, sanguinario y perjudicial de los animales que viven en nuestros campos: el lobo.

LOS ANIMALES DAÑINOS

«No hay mal que por bien
no venga.»

¿Para qué objeto habrá creado Dios los animales dañinos que no hacen más que males?—preguntaba mi hijo Juanito siendo muy niño, un día mientras mi cazador Rodríguez y yo cargábamos en la burra un magnífico zorro, que, cogido en un cepo, queríamos llevar vivo á Torres Torres—. Tu pregunta, querido Juanito, me recuerda una parecida que, siendo niño como tú, hice á mi padre (q. e. p. d.). Alojados en casa de un rico propietario en un pueblo de la Mancha, después de suculenta y espléndida cena, servida en antigua y blasonada vajilla, nos dieron por dormitorio una gran sala amueblada con magníficos y antiguos muebles, y por cama una monumental de respetable antigüedad, preparada con finísimas y ricas telas, para disfrutar del necesario descanso que tanta falta hacía á nuestros cuerpos. No obstante la hermosa apariencia de aquella cama, mi padre desde que la vió, me señaló sus temores de que estuviese habitada por molestos huéspedes; en efecto, á poco de acostarnos legiones de chinches, con hambre atra-

sada, nos atacaron con denuedo, obligándonos á dejarles la cama por suya, y, sacando un colchón al medio de la sala, improvisar otra allí: pero ni por esas pudimos librarnos de los ataques de aquellos hambrientos animales, teniendo, por fin, que pasar la noche cada uno en una silla; entonces le hice yo á tu abuelo la misma pregunta respecto á las chinches que tú me acabas de hacer respecto á los animales dañinos, á lo cual me contestó: «No puedo explicarte la utilidad material que estos animales desempeñan en la creación, porque lo ignoro; pero no te quepa la menor duda que alguna tienen: el Supremo Hacedor no ha creado nada inútil. Ahora bien; lo que sí puedo asegurarte es que estos animales esta noche y otros parecidos en circunstancias análogas, por lo menos sirven para... ejercitar y poner á prueba la paciencia del hombre; es cuanto puedo decirte sobre esta materia; si quieres saber más, estudia.»

En lo tocante á las alimañas, puedo decir algo más que mi padre me dijo respecto á las chinches. La mano de Dios, con su sabiduría infinita, ha equilibrado de una manera admirable en la Naturaleza las causas de la producción y la destrucción: pero el hombre, con su orgullo satánico, aumentando ó disminuyendo las unas ó las otras, según sus gustos, necesidades ó caprichos, ha roto esta admirable armonía, encontrando por ello muchas veces perjuicios donde creía hallar beneficios.

En los países vírgenes, los animales inofensivos, si las condiciones de alimentación, clima y demás circunstancias necesarias para su propagación les favorece, pueden desarrollarse de una manera tal, que lo que en un principio y con cierta medida es de utilidad positiva, excediendo su multiplicación de ciertos límites, se convierten en plaga, ocasionando perjuicios en vez de utilidades. Un ejemplo de ello es lo sucedido en la Australia. No se conocía allí el conejo, le llevaron algunos colonos para ver si se aclimataba animal tan útil, y, en efecto, encontrando condiciones favorables para ello en aquel país, multiplicándose en demasía, llegó á convertirse en una verdadera plaga, de la cual no sabían los habitantes cómo librarse: agotaron para ello todos los medios naturales y ordinarios para acabar con tanto conejo: pero nada, cuanto más mataban, más parecían brotar por todas partes, en vista de lo cual, y considerándose impotentes para exterminar aquella plaga, ofrecieron premios á quienes encontrasen medios para conseguirlo, obteniendo algún resultado inoculando en algunos conejos una especie de cólera, el cual, contagiado á los otros, les hacía morir á millares.

No he estado en la Australia, y, por lo tanto, no he visto lo que acabo de consignar aquí: así es, que ni lo disminuyo ni lo aumento: conforme lo contaron os lo cuento.

Ahora bien; para contrarrestar un exceso de pro-

ducción como el antes señalado, que puede llegar á ser perjudicial y convertirse en plaga, es para lo que, sin duda alguna, creó Dios los animales que *nosotros llamamos dañinos*, con la misión de moderar el excesivo aumento de los inofensivos ó útiles, á los cuales la sabia Naturaleza les ha dado mucha mayor facilidad para reproducirse.

Si el hombre, ese destructor por naturaleza, al cazar los animales inofensivos, de cuya muerte obtiene beneficios más tangibles, lo hubiese hecho también de un número proporcional de los dañinos, el equilibrio entre la producción y la destrucción no se hubiese alterado en perjuicio de los primeros; pero esto no ha sido así, la mayor parte de los cazadores se han ocupado casi exclusivamente de cazar los animales útiles sin acordarse para nada de hacerlo al mismo tiempo de las alimañas.

Por lo cual, con objeto de favorecer el aumento de los animales útiles, los legisladores, para fomentar su multiplicación, señalaron premios por la muerte de los dañinos, para que el estímulo de la ganancia hiciese á los cazadores tener interés en darles caza.

Gracias á este sistema y aumentando progresivamente los premios por la muerte de los lobos á medida que aquéllos iban disminuyendo, los ingleses consiguieron su exterminio por completo; bien es verdad que esto puede realizarse con facilidad en una isla; pero es completamente imposible tratándose de

un continente y de un animal como el lobo, que, errante y vagabundo, en una noche se anda la friolera de 40 leguas.

Siendo la caza una riqueza que pertenece á la nación, el Estado tiene obligación de conservarla y fomentarla, razón por la cual, puso un premio por la muerte de los animales dañinos, que los Ayuntamientos tenían obligación de pagar, para lo cual, en sus presupuestos figuraba una partida especial; pero generalmente en pocas partes se cumplía la ley pagando la muerte de las alimañas; este presupuesto se gastaba en la mayor parte de los pueblos en otras cosas más ó menos justas.

Debe, pues, con arreglo á justicia, fomentarse la extinción de los animales dañinos, pagando su muerte; pero aquí la dificultad, ¿quién lo paga? ¿el Estado? no hay que esperarlo; ¿los Municipios? si en tiempos mejores no lo hacían y hoy no pagan al maestro ni al médico, ¿cómo lo han de pagar? Es necesario buscar un medio que dé facilidades de cobro al matador de las alimañas.

Nosotros creemos que en el día el medio más sencillo de facilitar estos pagos, consiste en señalar un valor á cada animal dañino, creando *vales* que representen el valor de cada alimaña, y estos vales que sean admitidos en pago de las licencias de caza.

Los comandantes de los puestos de la Guardia civil darían estos vales á los matadores de los animales

dañinos, recogiendo como justificantes los despojos de los animales muertos de la manera que se acordase, para dar la seguridad y garantías necesarias para el cumplimiento de la ley.

No señalo los beneficios que esto podía reportar para la extinción de los animales dañinos; porque salta á la vista el resultado, ni tampoco otra de mucha importancia, como es la de facilitar á algunos cazadores de buena fe, el poder estar dentro de la ley, obteniendo fácilmente licencia de caza.

Nunca se repetirá bastante la importancia que tiene la extinción de los animales dañinos; éstos son unos dañadores constantes que viven á costa de la caza, que se multiplican con mayor facilidad que se extinguen, y, por lo tanto, sus daños aumentan de día en día en progresión creciente.

La importancia de un daño no suele apreciarse muchas veces por lo que es en sí, sino por lo ostensible que á primera vista parece: así sucede con los inmensos que en los montes ocasionan los animales dañinos; como sus rapiñas tienen lugar la mayor parte de las veces en la obscuridad de la noche ó en la soledad de los montes, pasan desapercibidos y no se tiene en cuenta el mucho daño que ocasionan en la caza. En un monte bien guardado en un largo espacio de tiempo, cuando es cogido un dañador con unos cuantos lazos, el dueño se alarma, y cree en peligro hasta el último de sus conejos; y en cambio cazando

en compañía de su guarda, ve una zorra ó cualquier otro animal dañino y lo más que hace es tirarle un tiro, que generalmente no le produce daño, y ya no se preocupa más de aquel terrible dañador que no vuelve á ver; pero que le ocasiona más perjuicios en la caza por cuanto ha de vivir á expensas de ella.

Puede tenerse la seguridad de que una pareja de alimañas mata, por lo menos, una pieza de caza al día; pues si bien es verdad que no sólo de esto se alimentan, sino que también comen culebras, ratones, lagartos, frutas, etc., y muchos días no matan caza, en cambio cuando ésta es joven y cuando aquéllas están criando y tienen que procurar alimentos á sus hijuelos, el número de piezas muertas asciende seguramente á más de una por día y por pareja.

Por poco que abunden en un limitado término las alimañas, bien puede hacerse el cálculo siguiente:

Cuatro zorras, que matan dos piezas diarias (y no es mucho) al año hacen.....	790
Dos gardañas, á pieza diaria.....	365
Dos turones, á id. (éstos matan muchas más seguramente).....	365
Dos gatos, á id.....	365
Aguilas, halcones, buhos, etc.....	175
<i>Total de piezas muertas en un año.....</i>	<u>2.000</u>

Este cálculo está reducido á la más mínima expresión, dejando de enumerar algunos animales dañinos, para que no se pueda tachar de exagerado.

Poniendo por término medio el precio de una pe-

seta por pieza, según la estadística anterior, resulta que si en una pequeña localidad causaron los animales dañinos 2.000 pesetas de daños, calcúlese la cantidad tan respetable que supone en todos los pueblos de España.

Todos cuantos viven en el campo sufren los perjuicios que los animales dañinos ocasionan; por lo tanto, á todos ellos en general y á cada uno en particular, el presente librito les ha de ser, no solamente útil, sino necesario, puesto que leyéndole aprenderán la manera más fácil de acabar con huéspedes tan perjudiciales como son las alimañas.

Aquí hallarán consignadas las recetas, procedimientos y sistemas más sencillos para conseguir el objeto que lleva por título este libro; aprendiendo en él con sólo su lectura en cortos momentos lo que muchos años de práctica costó el descubrir, y que muchos considerados como expertos alimañeros por haber practicado el oficio muchos años ni siquiera tienen de ello la más remota noticia.

A los agricultores, los ganaderos, guardas de campo y de caza, dueños de vedados y otras posesiones rurales, para todos ellos tiene esta obra un valor real que no puede apreciarse fácilmente hasta haber tocado el resultado; tal vez algunos que no conocen á fondo este asunto al leer estas líneas tachen de exagerado lo que aquí digo; pero tengo seguridad que han de rectificar su opinión después que pongan en

práctica al pie de la letra cuanto en este libro se enseña.

El haberme atrevido á escribir estas líneas que han de resultar muy malas al lado de los buenos trabajos de mi amigo *Iupus*, lo motivaron dos objetos: primero, tener siquiera de una manera indirecta el gusto de estar á su lado, y segundo, el felicitarle por haber escrito una obra como *La destrucción de los animales dañinos*, que tantos beneficios ha de reportar al fomento de la caza en general y á los cazadores en particular, por lo cual tiene el gusto de ser el primero en felicitarle el que es último de la cofradía de San Eustaquio.

JUAN MARÍA DE CONDE.



EL LOBO

Poco nos detendremos en describir el físico del lobo; nos importa bastante menos que su moral. Es grande, del tamaño de un mastín, ligero y corredor como un podenco. Ancho de pecho y de cuello; la parte posterior es cenceña y débil hasta el punto de no poder resistir sin rodar por el suelo la acometida de un mastín de mediana corpulencia. Posee fuertes mandíbulas y dientes robustos, con los que causa terribles heridas y despedaza la carne con facilidad.

Ventea á largas distancias, y este es su mejor medio de defensa.

Es desconfiado hasta lo sumo, y astuto hasta lo increíble. Los campesinos le llaman el *sabio* de los

montes. Cobarde, huye del hombre y del perro; y traidor, ataca al uno y al otro cuando comprende que lucha con ventaja. No acepta la lucha sino cuando tiene la seguridad de vencer.

D. Manuel de la Torre (a) *Chirrin*, el más famoso de cuantos alimañeros hemos conocido, en una excursión de reconocimiento que hacía en una dehesa de caza, decía á sus acompañantes: —«¿Creen ustedes que marchamos ahora por esta linde del bosque sin que sientan nuestros pasos otros animales que los conejos ó perdices encamados debajo de las matas? Pues es muy posible, casi seguro, dado los numerosos que son aquí los lobos, que alguno nos esté observando. Si nos viese cavar en el suelo ó hacer cualquiera maniobra, cuando tuviese la seguridad de hallarse solo vendría á enterarse de lo que habíamos hecho; pero tomando toda clase de precauciones para no caer en alguna trampa.»

Hemos dicho que el lobo suele acometer al hombre, y esto, que por algunas personas se pone en duda, es una verdad perfectamente comprobada por muchos casos; mas no se crea que le acomete siempre que tiene ocasión de hacerlo; es preciso la reunión de circunstancias excepcionales, que rara vez concurren.

Dice M. Rousselet que en la India, cuando un tigre ha probado la carne humana, se aficiona á ella de tal modo, que la prefiere á todas las demás, y va á emboscarse cerca de los poblados para cazar hombres.

Una cosa así puede suceder al lobo. En épocas de guerra ó epidemias tendrá ocasión de devorar cadáveres humanos, y perdido en cierto modo el temor que el hombre le causa, si se ve forzado del hambre y halla á una persona imposibilitada para defenderse, nada tiene de particular que la acometa.

El lobo pasa largos días de ayuno, hambres horrendas, y se da harturas bestiales. Hemos sacado del vientre de algunos de estos animales bellotas, pedazos de sogas y suelas de zapatos. Cuando está satisfecho escoge su presa entre lo mejor y lo más suculento. Es aficionado á la caza menor; persigue á los conejos latiendo como los podencos, y causa grandes destrozos en las madrigueras.

Acomete á los cervatillos y guarros jabalíes. Donde haya abundancia de lobos desaparece toda caza mayor y menor, excepto algún jabalí viejo que con sus agudos colmillos se hace respetar.

También acomete al ganado caballar y al vacuno; pero es preciso que se reúnan muchos lobos para hacer daño en ellos. Las vacas y las yeguas se defienden valerosamente. Es un espectáculo digno de verse cuando una vacada que tenga crías barrunta á un lobo. Todas las vacas y toros lo persiguen hasta muy lejos dando mugidos. Las yeguas se defienden á coces y á bocados, y es empresa más que arriesgada para los lobos acometerlas.

De un jaco sé yo que desde hace doce ó catorce

años se queda al raso todas las noches en un campo donde abundan los lobos, y, aunque éstos con frecuencia matan ovejas y cabras, á él no le ha ocurrido ningún percance.

El plato favorito del lobo es el ganado lanar y cabrío. La astucia que usa para apoderarse de su presa demuestra un talento estratégico de primer orden.

Tomando el aire de manera que no se venteen los perros, se embosca en la linde del monte, esperando que pase el ganado, y cuando una cabra, una oveja ó un corderillo, se le aproxima, lo arrebatata y lo devora, sin dejar de huir.

De noche acomete al ganado en el redil, dejándose ver de los perros; cuando éstos le persiguen huye, y entonces otros lobos que se hallan próximos, en cuanto notan que los mastines persiguen hacia un lado á su compañero, acometen por otro, robando y llevándose lo que encuentran.

Una noche, sobre las dos de la madrugada, nos retirábamos de rondar el perrero de D. Luis Romero de Tejada y yo; y teniendo que pasar por una dehesa donde había ganado manso, acolléramos los perros y tomamos camino adelante. A unos cien metros de éste había una majada de cabras custodiada, además de los cabreros, por seis ú ocho mastines. Estos, al sentirnos, se abalanzaron á la recova, y nos vimos en grande aprieto para evitar una batalla perruna. Entre los cabreros que acudieron y nosotros, tarda-

ríamos diez minutos en separar los perros; pero fué lo bastante para que los lobos, aprovechando la oportunidad de estar el ganado solo, se llevasen del redil una cabra.

Los lobos no causan daño en los alrededores de sus guaridas; de este modo suele suceder que á causa de los daños que hacen en un sitio se les busque en las manchas cercanas y no se les encuentre. Los siguientes episodios, de cuya veracidad podemos responder, por haber presenciado algunos y oído otros á personas respetabilísimas, demostrará lo que hemos dicho.

El Sr. D. Manuel Dorado, conocido en toda Extremadura como uno de los mejores cazadores, me refirió que en una ocasión, monteando con su criado y su jauría, halló la cama de una loba con seis ú ocho lobeznos de algunos días, á los que dieron muerte inmediatamente. Cuando pasaron cerca de una majada que se hallaba en las inmediaciones, el criado llevó la noticia al cabrero, que respondió incomodado: —«Me han perdido ustedes. Ya sabía yo dónde estaba esa cría, y no he querido cogerla, porque así me dejaban los lobos tranquilo. Ya no sucederá así.» Efectivamente, á pesar de su cuidado, aquella noche le arrebataron una cabra, y, por último, tuvo que trasladarse con su ganado á otra dehesa, porque no le dejaban un momento de reposo.

Hace algunos años, en un vaqueo, matamos en la Sierra del Machial una loba que estaba repleta de

uvas, y la viña más cercana de aquel sitio se hallaba en la Dehesilla, cerca de Montijo, á cinco leguas de distancia.

En otra ocasión fuimos invitados por unos amigos de Mirandilla á una batida á los lobos en la sierra de la Zapatera. Concurrieron unas cuarenta escopetas, casi todos guardas, pastores y ganaderos de las cercanías.

Al entrar los ojeadores en la mancha oyeron el baido de una oveja en lo más espeso del monte. Cuando la recogieron tenía unas leves heridas, y ninguno de los pastores que asistieron á la batida conocía el hierro con que aquel animalito estaba señalada. Es admirable cómo pudieron los lobos traerla viva desde muy lejos.

Aquel día se mataron dos ó tres lobos. Uno tenía el vientre lleno de pedazos de tocino y además dos riñones de una cabra. Pues bien; ninguno de los asistentes había sufrido daño aquella noche en sus ganados, ni tenía noticias de que la hubiesen sufrido sus vecinos.

En la vida del lobo no hay regular nada más que lo irregular de su manera de ser para defenderse del hombre. Arrebata perros y ganados de las mismas puertas de los cortijos, y aun de los corrales, y deja tranquilos bestias y ganados perdidos en el monte.

El año pasado matamos un lobo en una batida á jabalíes. Al día siguiente quedaban de él sólo los

huesos, que dejaron limpios de carne sus mismos compañeros. Dos meses después matamos otro en el mismo sitio, y, á pesar de sentirse por entonces allí muchos lobos, el muerto permaneció intacto largo tiempo, hasta que el sol lo descompuso.

Hemos colocado caballerías muertas en sitio por donde pasaban lobos de noche y han permanecido intactas muchos tiempo, observándose en el suelo á 80 ó 100 metros de distancia escarbaduras de aquellos animales. (*Valentías* llaman á estas escarbaduras los pastores.)

En el Coto de las Herrerías, de los señores Pacheco, de Mérida, uno de los sitios de la provincia de Badajoz donde más abundan los lobos, matamos una borrica y la pusimos estricnina en varias cortaduras que de propósito se le hicieron en la piel. Allí permaneció ocho días sin que la tocasen los lobos, aunque había señales de que todas las noches andaban por allí cerca, hasta que después de un temporal furioso de agua y viento, un verdadero diluvio que duró un día, amanecieron solos los huesos, y no se halló ni un solo lobo muerto.

En otra ocasión, un guarda de la citada dehesa colocó la mitad de una mula en la senda que una loba tomaba todas las noches, teniendo cuidado de ponerla debajo de una espesa madroñera, de modo que solamente por un lado pudiese aquélla tocarla, y en aquel lado puso tres cepos diestramente ocultos.

Al tercer día observó en la senda, á unos 50 metros de los cepos, los arañazos de la loba. Dos días después fui yo por allí, en compañía del guarda, y observamos como á 10 metros de los cepos una especie de vereda como de 20 centímetros de anchura y dos de profundidad, que terminaba á un metro de los cepos. Es decir, que el astuto y desconfiado animal removía la tierra antes de avanzar para asegurarse que no pisaba una trampa.

Al día siguiente nos encontramos el cebo casi devorado. Lo había sacado con inauditos esfuerzos por entre los troncos de la madroñera, evitando pisar donde los cepos estaban.

Pues bien; á este guarda, en el mismo sitio, ocurrió el año siguiente lo que voy á referir, que, como verán los lectores, está en abierta contradicción con lo que acabo de relatar.

Llevaba dos ancas de una oveja para cebar dos cepos. Puso el primero, y cuando marchaba á colocar el otro y había andado quince ó veinte pasos, sin darse cuenta, volvió atrás la cabeza rápidamente, viendo con gran sorpresa un lobo que le seguía, levantando la nariz como si olfatease. Se escondió rápidamente detrás de una mata y arrojó el anca de oveja que le quedaba cerca de la mata donde tenía puesto el cebo. Al ruido que hizo al caer, el lobo miró hacia aquel lado, y, olfateando, se dirigió allí, y momentos después, el guarda oía el estallido del

cepo al dispararse y la brega del lobo que estaba cogido, y que mató á pedradas, por no llevar escopeta.

¿Debemos pensar, en vista de estos casos, que en los lobos cada individuo tiene su manera especial de ser? Sería el primer caso que se daba en la Naturaleza. Cada especie de animales tiene sus costumbres fijas, mucho más aquellos que no están domesticados. Lo que creemos que sucede es que el lobo es más ó menos atrevido, más ó menos audaz, según tenga su estómago repleto ó vacío. El hambre lleva á los humanos á los mayores crímenes, hasta al suicidio; y si esto hace el hombre, ¿que no harán los lobos?

La loba da á luz de cuatro á ocho lobeznos y está preñada diez se manas. Algunas ramas de monte sirven de lecho á sus pequeñuelos, á los que transporta en cuanto se apercibe que alguien ha pasado cerca de ellos. Abren los ojos á los ocho días de nacer.

La loba se cruza con el perro, y las perras con los lobos, no siendo muy raro ver que algunas mastinas que guardan ganados, no obstante de perseguir á los lobos con encarnizamiento, paren mestizos de ellos.

Los lobos engendran á los dos años, y dejan de hacerlo entre los quince ó veinte, que es el término de su vida.

La huella del lobo se distingue fácilmente de la del perro; sin embargo, como hay perros de formas muy diversas, no lo es tanto si no se conoce por la huella

el perro ó perros que transitan por el mismo sitio que el lobo.

Este no abre tanto los dedos como aquél, tiene el pie delantero más grueso que el posterior; el talón es más ancho, más grueso y saliente del resto del pie, formando tres fosetas muy marcadas. La hembra tiene el pie más largo y mejor formado que el macho. Cuando marcha al trote coloca el pie trasero cuatro ó seis centímetros detrás del delantero, formando las cuatro pisadas una línea casi recta.

Dícese que cuando marchan juntos muchos lobos van en fila india, colocando todas las patas en el mismo sitio en que las ha colocado el que va delante. Nuestros lectores comprenderán que esto es una fábula inverosímil.

La hembra se distingue del macho, además de la forma distinta de la pisada, en que los excrementos de éste son duros y compactos, y los de aquélla blandos y aplanados.

Conocido ya el lobo en sus rasgos más notables, aprovechémonos de estos conocimientos para contrarrestar su astucia.

Al lobo se caza de tres maneras: con escopeta, con cepos y con veneno.

Con la escopeta pueden matarse de aguardo, al reclamo y de ojeo ó batida.

El aguardo del lobo es muy incómodo é incierto. Como rara vez se acerca al cebo sin dar algunas vuel-

tas alrededor de él tomando el viento, es muy casual que no sienta la presencia del cazador, y se aleje para no volver jamás.

Para evitar esto en lo posible, deben tomarse las precauciones siguientes:

Póngase el cebo (que por lo regular es una res ó una caballería muerta) debajo de un árbol, en cuyas ramas superiores pueda ocultarse el cazador.

De esta manera, sus emanaciones pasarán por las capas superiores del aire y no llegarán al lobo. Si no hubiese árbol, en vez de colocarse el cazador cerca del cebo, debe hacerlo á 100 ó 150 metros detrás ó á un lado, cogiendo el aire de través. En esta disposición, cuando vaya venteando formando un círculo para rodear el cebo, en una de las vueltas es fácil que se ponga á tiro.

Es un aguardo bastante seguro el que hace en los restos de un animal del que hayan comido la noche anterior.

Cuando el cebo se coloca dentro del monte, ó próximo á la linde del mismo, el lobo se aproxima á él con mucha desconfianza. Tanto para el aguardo como para cepos ó veneno, debe colocarse, á ser posible, en una llanura extensa y despejada. De este modo se acerca y lo toma confiado. En este caso para el aguardo se hace un hoyo, donde el cazador pueda esconderse.

En el estío, cuando las aguas son escasas, entran á

beber sin tomar grandes precauciones. Téngase presente que con frecuencia la sed les impele á buscar el agua de día, y se da el caso de que el cazador vea huellas de lobos en los abrevaderos y los aguarde de noche inútilmente.

El reclamo que se usa para atraer los lobos es el chillido del conejo ó de la liebre. Pudiera también reclamarse imitando el balido de una oveja ó de un cabrito; pero á aquellos astutos animales les extrañaría oírlos dentro del monte, lo que no sucede con el de la liebre ni el del conejo.

Cazando conejos *al piado* en Marzo ó en Abril, suelen matarse algunos lobos, y no se matan más porque antes que éstos suelen acudir conejos, á los que se les hacen disparos, y ya los lobos no acuden. Sabiendo la mancha donde se encamen lobos, debe penetrarse en ella con buen aire, chillar como los conejos, y cuando éstos se presenten no tirarles, que ya se presentará algún lobo.

Para cazarlos en batida es conveniente rodear la mancha como en las monterías de jabalíes y venados, y batir á favor del viento, de modo que las escopetas del *rebozo* lo tengan de cara. A la espalda de éstas no debe haber una gran llanura despejada de monte, sino otras manchas espesas. El lobo quiere siempre ir oculto y pasar de un salto de una mancha á otra.

Como los perros de recova, por lo general, lejos de perseguir á los lobos les temen dentro del monte, en



Batida de lobos.



estas batidas pueden ser un estorbo. Si los barruntan, se colocan formando cola detrás de los caballos de los monteros, y si no los sienten, cazan *tirando largo*, y al huir los lobos los encuentran delante, y por ellos se aperciben de que hay quien los espera á la salida y entonces no rompen.

Es bueno llevar algunos mastines acostumbrados á perseguirlos; aun éstos van con mucho cuidado y recelo en el monte, y si no los hubiese, es preferible batirlos solos; pero que sean muchos, marchando separados por cortas distancias, y haciendo cuanto ruido puedan con latas, pitos, caracoles, cornetas y disparando tiros.

La marcha de los batidores debe ser muy lenta para dar lugar á que los lobos se aproximen poco á poco á la linde del monte donde están apostados los cazadores. Estos deben ocultarse cuanto puedan y estar con la escopeta preparada, pues el lobo entra por lo general escurriéndose por entre las matas y observando atentamente á todos lados. Se matan muy bien con perdigones de cuatro ceros, ó mejor con balines de cinco milímetros.

Cuando en un monte se encaman lobos sin que en mucho tiempo se les cace ni moleste, la primera vez que se les caza de batida entran á las escopetas sin tomar casi ninguna precaución; pero repetida la montería, aunque haya muchos, es muy raro que alguno se ponga á tiro. Ellos ya han aprendido dónde se co-

locan los cazadores y evitan pasar por allí, y si se acercan es arrastrándose por el suelo, olfateando y escuchando inmóviles largo rato. A su fino olfateo no se escapa ni la más tenue emanación, ni á su oído ni á su vista penetrante escapa tampoco el más leve rumor ni el más sutil movimiento de una rama ó de una hoja.

En una batida que dimos en la mancha de Terremos Blancos, me tocó armar el ala izquierda. Quedábamos sólo dos escopetas, un corsario y yo. A mí, según es costumbre, me correspondía ocupar el último puesto; pero como en aquel sitio el aire, que era bastante vivo, daba plenamente en la espalda, mandé allá al corsario y yo me quedé en el penúltimo puesto á medio aire. Pues ocurrió una cosa que de no haberla visto no la hubiese creído, y fué que el corsario tiró tres lobos y yo una loba, que me entró á diez pasos por el lado donde cargaba aire.

Las recovas, ya lo hemos dicho, repugnan atacar á los lobos; pero si se las ceba haciéndolas despedazar alguno cogido en un cepo ó herido los persiguen después con ardimiento y los exterminan.

En el momento en que disponemos la segunda edición de la presente obra, la recova de Alacescar acomete á los lobos quizás con más furia que á los jabalíes, y eso que no tiene alanos; pero no los necesita para que lobo que encuentren en la mancha sea lobo muerto.

La mejor manera de matar lobos es haciendo uso de los cepos. Evita las grandes molestias que ocasionan los aguardos, no se precisa el concurso de muchos cazadores, como sucede en el ojeo, y no se corre el gran riesgo de ocasionar la muerte á animales mansos y aun á personas, como ocurre con el veneno: pues si bien en los cepos pueden caer algunos de aquéllos, no siendo gatos domésticos (con lo que poco se pierde), por lo general salen del paso con pequeñas heridas.

Pero el manejo de los cepos exige gran cuidado y mucha inteligencia, sin las que el lobo se daría cuenta de que se le persigue, y ya sería cosa difícilísima apoderarse de él.

Lo primero que debe hacer el cazador es informarse del paso de los lobos de noche. Por poco cuidadoso que sea un guarda, verá las señales cuando vaya revisando la dehesa (aunque hay muchos que nunca salen del cortijo).

El lobo tiene siempre la salida del monte cuando va á merodear hacia el sitio donde hay ganados, que es lo que él busca. Los cerros altos que limitan los montes son sus atalayas, desde donde ventean á largas distancias si hay ganados que devorar ó peligros en su camino. En las sendas que cruzan estos cerros, ó en los claros ó lindes del monte deben hallarse señales del paso de los lobos si los hubiere.

Si en una de estas sendas, y mejor en el punto

donde dos ó más se cruzan se colocan cepos, es seguro que al cebo acudirán lobos; la dificultad es que lo tomen y caigan en la trampa.

Ya hemos dicho que el lobo toma menos precauciones para llegar al cebo cuando éste está colocado en una llanura despejada de monte, que dentro del monte mismo; pero en una y otra parte ofrece dificultades, y tiene inconvenientes que iremos señalando.

Los cepos son unos aparatos compuestos de dos semicírculos de hierro dentados ó lisos, que empujados por un muelle de acero, se juntan, sujetando al animal entre ambos. Los hay llamados de planchuela que se disparan al oprimir una colocada entre los dos semicírculos, y también de disparador, que sostiene el cebo cuando tocan á éste. Últimamente se han fabricado los llamados de ballesta, cuyos muelles son fuertes espirales de acero, y exactamente iguales, salvo las dimensiones, á los que se usan para coger pajarillos. Unos y otros dan excelentes resultados si se aplican á los animales para los que están contruidos.

Elegido el sitio donde ha de colocarse el cebo, armemos éste, pongámosle en el suelo, y con un azadón hagamos un hueco que tenga la misma figura, arrojando después la tierra sobrante á puñados á larga distancia, y tapemos el hoyo y sus contornos con estiércol de cuadra.

Pongamos en aquel sitio trozos de carne á la que no hayamos tocado con la mano, y dejémoslos allí.

Todas las mañanas revisaremos el sitio, y cuando los lobos se hayan llevado las presas, coloquemos el cepo de modo que todo quede como antes, poniéndole nuevos trozos de carne.

Si al día siguiente no hay un lobo cogido, no nos aproximemos al cepo y volvamos al cortijo, que al otro no ha de faltar.

Sin embargo, si el primer día se viesen señales de haber andado por allí el lobo, y no se hubiese acercado al cebo, es conveniente dejar transeurrir dos ó tres días sin visitar el cepo, que si éste es de buena calidad no habrá soltado su presa.

Es muy conveniente hacer rastros para llevar los lobos al sitio que se quiera, y esto se hace atando con una cuerda un trozo de carne, y llevarlo arrastrando por las salidas del monte hasta donde esté el cepo.

Cuando se hacen rastros conviene que el lobo, de vez en cuando encuentre algo que comer, para excitarle á que lo siga. Llévase en una espuerta un poco de estiércol de cuadra como el que sirve para ocultar el cepo.

A cincuenta metros de donde empezó el rastro, se arrojan algunos puñados de estiércol, y sobre él se dejan una ó dos presas de carne, y se sigue el rastro dejando de distancia en distancia un cebadero como

el anterior. Así, cuando el lobo llegue al cebo entrará completamente confiado.

Los rastros deben hacerse tomando grandes precauciones á fin de que el lobo no advierta que se le tiende un lazo. Tanto el cebo de éstos como el de los cepos, deben prepararse de modo que no contengan emanaciones humanas. La carne se prepara haciéndola trózos del tamaño que se quiera, y después se hace una hoguera, y cogiéndolos uno á uno con una tenaza se pasan repetidas veces por la llama, y se guardan en un puchero nuevo, que debe contener un poco de la pomada que luego se dirá. Al colocarlos en los cebaderos se sacarán con tenazas, y de ninguna manera debe tocárseles con la mano.

Igual operación se hará con la carne que se coloca *junto* al cebo y con la que se haga el rastro.

A éstas, como son grandes y no caben en el puchero, se las da una mano de pomada con una brocha ó pincel.

Es muy conveniente untar con esta pomada las suelas del calzado de la persona que haga los rastros, aunque es preferible hacerlos sobre una caballera.

También sirven para cebo los higos pasados; pero para rastros es mejor la carne.

Con mucha frecuencia algunos animales que habitan los montes hacen fracasar la celada mejor preparada, y esto hay que tenerlo muy en cuenta.



Haciendo rastros.



Las urracas, en cuanto ven la paja ó estiércol, acuden allí á picotear y á revolver, y se comen ó se llevan los trozos de cebo. Los milanos y los buitres también acuden en cuanto ven ó huelen la carne, y á lo mejor, cuando cree el cazador encontrarse con un gran lobo, se halla con un buitre, y á veces, si el cebo está *pronto*, con una miserable urraca.

Si el cebo está colocado en una llanura, el riesgo es mayor, porque es raro que por ella no transiten ganados con sus perros correspondientes, y en este caso no hay más remedio que levantar los cepos y los cebos todas las mañanas temprano y volverlos á colocar por la tarde, lo que es un grave inconveniente.

Aunque el lobo entre con más desconfianza, es preferible ocultar el cebo debajo de una mata, y próximo á él, colocar el cebo ó los cepos.

Otra manera muy segura para coger lobos con cepos.

Elijase el sitio y colóquense procurando borrar toda huella y cubriéndolos con hojas secas del monte. A los tres ó cuatro días si no hubiese llovido, y antes si lo hubiere hecho, se lleva el cebo y se coloca.

De este modo habrá desaparecido de los cepos y de la tierra removida el olor de las manos del hombre.

Otra. Colóquense los cepos debajo de un árbol, y transcurridos los días marcados anteriormente, llé-

vese allí una oveja ó un cabrito; degüéllese esparciendo la sangre sobre los cepos; después se le abre el vientre y también se desparrama por el suelo lo que contenga, y se deja colgado á metro y medio de altura ó simplemente la piel con la cabeza, y aun sólo las tripas.

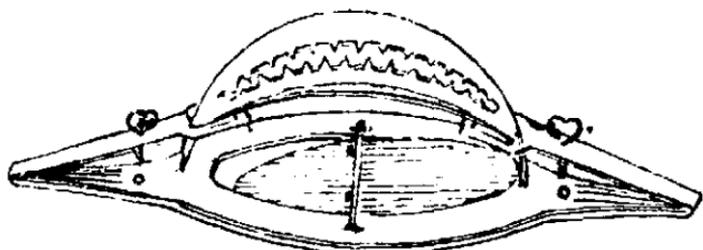
Por último, una manera muy segura de cazar lobos recomendada por M. de La Rue, que la aprendió de un viejo guarda, es la siguiente:

Cuando las lluvias forman pequeñas lagunas de poca profundidad, se coloca en el centro una caballería muerta, y dentro del agua, alrededor de aquélla, se ponen todos los cepos de que se pueda disponer. Así no es posible que los lobos descubran la trampa, ni con la vista ni con el olfato.

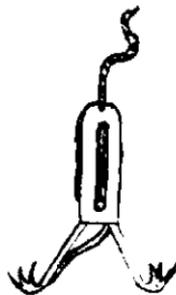
Dice el citado autor que de este modo se corre el riesgo de coger jabalíes, lo que para el cazador no será muy desagradable.

¿Son más convenientes los cepos grandes y pesados, ó los pequeños y ligeros?

D. Manuel de la Torre prefiere los últimos, porque tienen sobre los otros las ventajas de la facilidad en el manejo y transporte, y que no ocasionan mucho daño á los animales domésticos que caigan en ellos. Verdad es que el lobo puede arrastrarlos á largas distancias, y no se puede seguir el rastro en ciertos sitios sin grandes dificultades; pero puede entorpecerse la marcha del animal cogido atando al cepto una ca-



Cepo para lobos.



Anzuelos para lobos.



dena con garfios, ó simplemente un cordel con un palo ó una gruesa rama.

Con el cepo pesado no puede alejarse el lobo, y para desembarazarse de él procurará cortarse la pata con los dientes, y lo mismo sucederá si siendo el cepo pequeño se fija al suelo con una estaca.

Da un resultado excelente colocar dos ó tres cepos juntos, porque al caer en uno es casi seguro que pise otro, y ya sujeto por dos patas, es imposible que escape ni se aleje.

Estos aparatos deben ser de buena construcción y de muelles que no pierdan fuerza, aunque estén armados muchos días.

Cuando se coge con cepo un animal cualquiera, hay necesidad de lavar aquél muy bien con legía, y después con mucha agua para que se le quite el olor; de lo contrario, no se acercaría ningún otro á ellos.

Para quitar el olor de la mano del hombre se untan los cepos con cualquiera de las pomadas cuyas recetas se dan á continuación, ó simplemente con zumo de naranja.

Hay un pequeño aparato llamado anzuelo ruso, que, según dicen, en Rusia da muy buenos resultados para coger lobos. Tiene la forma de una pequeña calabaza de agua, y se compone de barritas de hierro terminadas en punta de anzuelo, sujetas por una argolla. Cuando el lobo tira del cebo, ésta se corre, y

las barras se abren sujetándolo por la boca á la garganta.

Este aparato se coloca colgándolo de un árbol, sujeto por una cadena ó alambre fuerte, y cebándolo con un trozo de carne, un pajarillo ó un pedazo de piel de conejo ó de liebre.

También se cogen lobos con lazo.

Estos se hacen de un cordón formado con cuatro ó cinco alambres muy delgados y retorcidos, y se colocan en las veredas por donde tengan aquéllos sus pasos, y á la altura conveniente para que metan por ellos la cabeza.

Cuando describamos la manera de cazar las águilas con lazo, daremos á conocer uno que, haciéndolo de dimensiones apropiadas, puede servir muy bien para cazar lobos.

El medio más fácil, barato y expeditivo para destruir los lobos, es envenenarlos; pero es muy expuesto á matar perros y otros animales domésticos, y aun á personas.

Para quienes crean que á evitar estos daños basta la precaución de avisar á los vecinos cuando se ponen presas envenenadas, les referiremos los siguientes hechos:

En el coto de Vera hallaron los guardas un jabalí muerto. Lleváronlo al cortijo para comérselo; pero como al abritlo notasen que empezaba á entrar en putrefacción, lo arrojaron al campo. Comieron de él



Lobo cogió con el anzuelo lobero.



algunos perros y guarros y todos murieron á las pocas horas. Se supone que el jabali había muerto envenenado con carne puesta á los lobos en una dehesa inmediata.

En otra ocasión envenenamos una borrica en el coto de las Herrerías. Dos días después murió una perra en el cortijo de Las Llanas, que dista dos leguas de aquel sitio hacia el Poniente, y dos perros y dos gatos en la casa del Lavadero de la Albuera, á igual distancia en dirección al Sur. Indudablemente el veneno fué transportado por los buitres ó los cuervos soltándolo de las garras ó vomitándolo.

Es increíble la estupidez y la avaricia de algunas gentes del campo, con las que no basta en estos casos tomar toda clase de precauciones, según se verá por el siguiente caso:

El tío Taramón, gran perseguidor de lobos, que reside en Don Benito, colocó en un monte dos paletas de una oveja envenenadas, atándolas cada una á una mata con un cordel. Al día siguiente halló en la primera un lobo muerto; pero la segunda, que distaba medio quilómetro de allí había desaparecido, viendo señales de haber sido cortado el cordel con una navaja. Asustado Taramón, no sabía qué partido tomar, cuando vió venir hacia aquel sitio dos hombres con dos borricos cargados de jaras, y sospechando que fuesen ellos los que habían cogido la carne, les advirtió el peligro.

Los campesinos lo negaron, creyendo que Taramón les decía aquello del veneno para que soltasen la carne y apropiársela él. El cazador conociéndolo y comprendiendo que aquellos bárbaros eran capaces de envenenar á sus familias, se propuso seguirlos hasta el pueblo.

Casualmente pasaron por donde estaba el lobo muerto, y al verlo, se convencieron de que era verdad lo que Taramón decía, y más que de prisa descargaron uno de los borricos, sacando el trozo de carne de entre la albarda.

En vista de todos estos casos, y otros muchos que pudiéramos narrar, es preferible aguantar los lobos algunos días más, á matarlos con veneno.

Por mucho cuidado que se tenga en quemar ó enterrar los animales que mueren con la estriquina, siempre ha de quedar algún resto entre las matas que un perro encuentra y come fácilmente. Es tan activo este veneno en la raza canina, que se ha visto á un perro roer un hueso de una zorra muerta el año anterior, y morir á los quince minutos.

Hay quien dice que la estriquina en el estómago de los animales se transforma en otras substancias no venenosas, y, por lo tanto, la carne de los que mueren envenenados no es nociva.

¿Pero hay la seguridad de que se opera la transformación de todo el veneno ingerido, ó solamente de una pequeña parte?

Y, en fin, no entraremos en discusiones sobre esta materia, pues hemos visto muchas veces que un animal que ha comido de otro envenenado, ha muerto sin remedio.

En el coto de las Herrerías, ya citado, hemos visto una loba muerta sobre una mastina envenenada el día antes, y de la que había comido un buen pedazo.

No es bastante tomar la precaución de recoger las presas envenenadas todos los días al amanecer, pues con frecuencia las hacen desaparecer las ratas. Además, el lobo, al sentir los efectos del veneno, provoca el vómito comiendo hierba ó cogollos tiernos de monte.

El veneno que generalmente se usa es la estriquinina, pues el arsénico sólo produce á los lobos el efecto de un violento vomitivo.

Se preparan los cebos con carne, sebo ó higos.

Para preparar la carne, se cortan trozos del tamaño de una nuez; con un palillo aguzallo se abre en ellos un agujero que se llena de estriquinina, y después, cerrando los bordes, oprimiéndolos, ó bien un trozo más grande ó un animal entero, en cuyo caso se dan varias cuchilladas, en las que con una espátula se introduce el veneno.

Las presas, si son pequeñas, deben estar ocultas entre las matas ó cubiertas con hojas. Allí las descubre muy bien el lobo con su olfato y no las cogen las aves carnívoras.

También se puede preparar una caballería, haciéndola tragar una gran cantidad de estriénina.

La bola de sebo es preferible á la carne, porque no se corrompe y dura mucho tiempo. Se prepara colocando la estriénina en el centro.

Cuando de las higueras caen los higos maduros, los lobos suelen acudir á comerlos, y entonces es buena ocasión para envenenarlos, preparando varios higos como se prepara la carne, y teniendo mucho cuidado en señalarlos para evitar una peligrosa equivocación.

Hay otro medio de matar lobos con presas, que por no estar envenenadas alejan gran parte del peligro de matar animales mansos; pero es tan cruel que aun tratándose de lobos lo usaríamos con repugnancia. No obstante, hemos de darlo á conocer, por si alguno de nuestros lectores se viese en el caso de ponerlo en práctica.

Tómese una bola de sebo ó de manteca del tamaño de una nuez, é introdúzcanse en su centro lo más juntos posible varios anzuelos pequeños de pescar ó pequeñas agujas ó alfileres. Al ser tragada quedarán clavadas en la garganta ó en los intestinos del animal, que morirá á los pocos días.

Si este cebo fuese transportado por las ratas, los calores del estío lo derretirán, quedando sólo los anzuelos, agujas ó alfileres.

Es conveniente hacer rastros para llevar los lobos á los sitios donde están las presas envenenadas, y de

absoluta necesidad tomar todas las precauciones que hemos dicho cuando tratamos de los cejos.

Hay precisión de quitar del cebo el olor de la mano del hombre, y por tanto, pasarlo por la llama ó untarlo con cualquiera de las pomadas cuyas recetas se darán al final de este capítulo.

Lo mejor es, después de preparadas las presas, meterlas en un puchero nuevo, con su tapadera, y para hacer uso de ellas tomarlas con unas tenazas ó simplemente con un pincho de jara.

He aquí otras particularidades del lobo:

Este, cualquiera que sea su marcha, nunca coloca sus patas traseras delante de las anteriores, como le sucede al caballo y á otros animales.

La mejor época de cazar lobos es durante el invierno.

Cuando los sembrados están muy crecidos, se encaman en ellos, sabiendo que allí nadie les molesta.

Después de segadas las mieses, vuelve la buena época de cazarlos.

Dicen en Extremadura que los serranos traen los lobos y se los llevan.

Algo de verdad hay en ello, pues es posible que cuando emigran los ganados los lobos los sigan; pero también coincide la marcha de aquéllos á Castilla con el crecimiento de los sembrados.

Para terminar, referiremos la caza de una loba ve-

rificada por el inteligente D. Manuel de la Torre, ya citado (1).

El señor conde de Campomanes le invitó para que fuese á la dehesa del Perdigón á informarse si había en ella muchos animales dañinos.

El primer día que salió con el guarda á recorrer el campo, llevó al cortijo la noticia de que había una loba parida. El señor conde le instó para que hiciera por apoderarse de la cria, y *Chirrin* le prometió que había de ver en aquella misma habitación amamantar la loba á sus hijos.

Al día siguiente salió en busca de los lobeznos, también acompañado del guarda. Guiándose por la dirección de las pisadas de la loba, invisibles para cualquiera otro, y por el aspecto del terreno, afirmó que el animal se encamaba en una sierra muy escabrosa que allí había.

Subieron á lo más alto de ella y desde allí señaló la parte de la umbría como la más probable donde podrían encontrar lo que buscaban.

Metiéronse por aquel monte espesísimo, hallando algunas camas de jabalí, y, por último, encontraron

(1) Hacía algunos años que no teníamos noticias de D. Manuel de la Torre (a) *Chirrin*, cuando en el momento de revisar esta parte de nuestro libro para la 2.^a edición, leemos en el periódico *Alrededor del mundo* la noticia de su muerte ocurrida en el monte de «Frascuelo» por haberse despeñado de una roca persiguiendo á una zorra.

la de la loba con ocho hijuelos, que recogieron y llevaron al cortijo, pues según decía el cazador, de haberlos dejado allí, la loba los hubiera transportado lejos.

Al día siguiente llevó un cepto algo más grande que los usados para coger conejos, lo colocó junto á la cama de la loba, y en ella uno de los cachorrillos sujeto con una cadenita.

Al otro día hallaron al lobezno muerto por la madre al tirar de él para llevárselo; pero huyendo de donde el cepto estaba no le tocó.

El cazador pisó bien todo alrededor de la cama sin tocar á la entrada donde estaba el cepto y se retiró, dando orden al guarda para que al día siguiente de madrugada, se colocase en lo más alto de la sierra, observando si oía arrastrar el cepto, en cuyo caso debería avisarle en seguida.

El guarda oyó arrastrar hierros; mas cuando caminaba hacia el cortijo á dar cuenta, no sabemos qué le ocurrió que no pudo llegar hasta la noche, y no siendo ya hora de salir á buscar la loba, se dejó hasta la mañana del siguiente día.

Antes de llegar á donde tenían colocado el cepto, en el mismo camino, *Chirrin* se detuvo, observó el suelo y dijo al guarda: —Es inútil ir más adelante, pues por aquí ha pasado la loba arrastrando el cepto.

Pusieronse en marcha siguiendo la huella, cosa facilísima para aquel cazador, y al cabo de un rato sin-

tieron el ruido que hacía la loba arrastrando el cepo; pero corría con tal velocidad, y el monte era tan espeso, que no podían darle alcance.

Fueron á una majada de ovejas que había por allí cerca, y llevaron dos mastines que alcanzaron á la fiera; pero en cuanto les hacía cara, huían. Por último, rendida de la brega de dos días arrastrando el cepo, y obligada á defenderse de los mastines, pudieron acercarse, y tirándole una manta encima, uno la sujetó por el cuello, mientras el otro le ataba el hocico y las patas, y así, bien sujeta y colocada en una caballería, la llevaron al cortijo. Momentos antes de llegar murió, probablemente de coraje; pero todavía caliente, la llevaron á sus hijos, los que con una abstinencia de tres días, mamaban como lo que eran, quedando cumplida la palabra de D. Manuel y extendida su fama de gran cazador de alimañas.

He aquí dos recetas para hacer las pomadas con que deben untarse los cepos, los cebos y la suela de los zapatos del que vaya á colocarlos:

1.ª *Assa fétida* como el tamaño de una nuez; la misma cantidad de angélica romana sin moler.

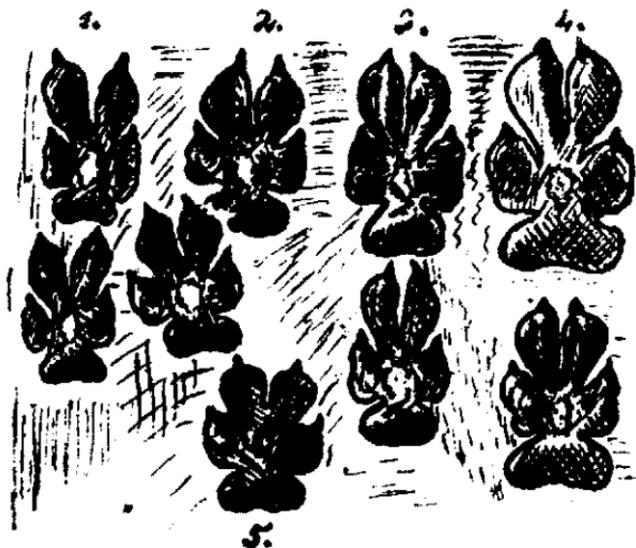
Bien mezcladas se colocan en un puchero nuevo, se le añaden 500 gramos de manteca de cerdo, y se deja cocer á fuego lento quince minutos, evitando que se ahume. Agréguese 10 gramos de esencia de espliego y otro tanto de alcanfor molido, se aparta del fuego y se tapa con un papel.

Esta pomada está mejor al cabo de un mes y se conserva mucho tiempo, colocándola en un local que no sea caluroso ni húmedo.

2.ª Manteca de cerdo.	500 gramos.
Alcanfor.	10 id.
Esencia de espliego.	5 gotas.
Estiércol de caballo.	50 gramos.

De propósito nos hemos extendido demasiado en la descripción de la caza del lobo, no queriendo dejar ni un detalle de cuantos tenemos noticias, porque se trata del animal más dañino y astuto que existe en este país; y aprendida la manera de cazarlo, fácil nos será cazar á otros; pues la caza varía poco, consistiendo la diferencia en pequeños detalles debidos á la diversidad de sus costumbres y aptitudes.

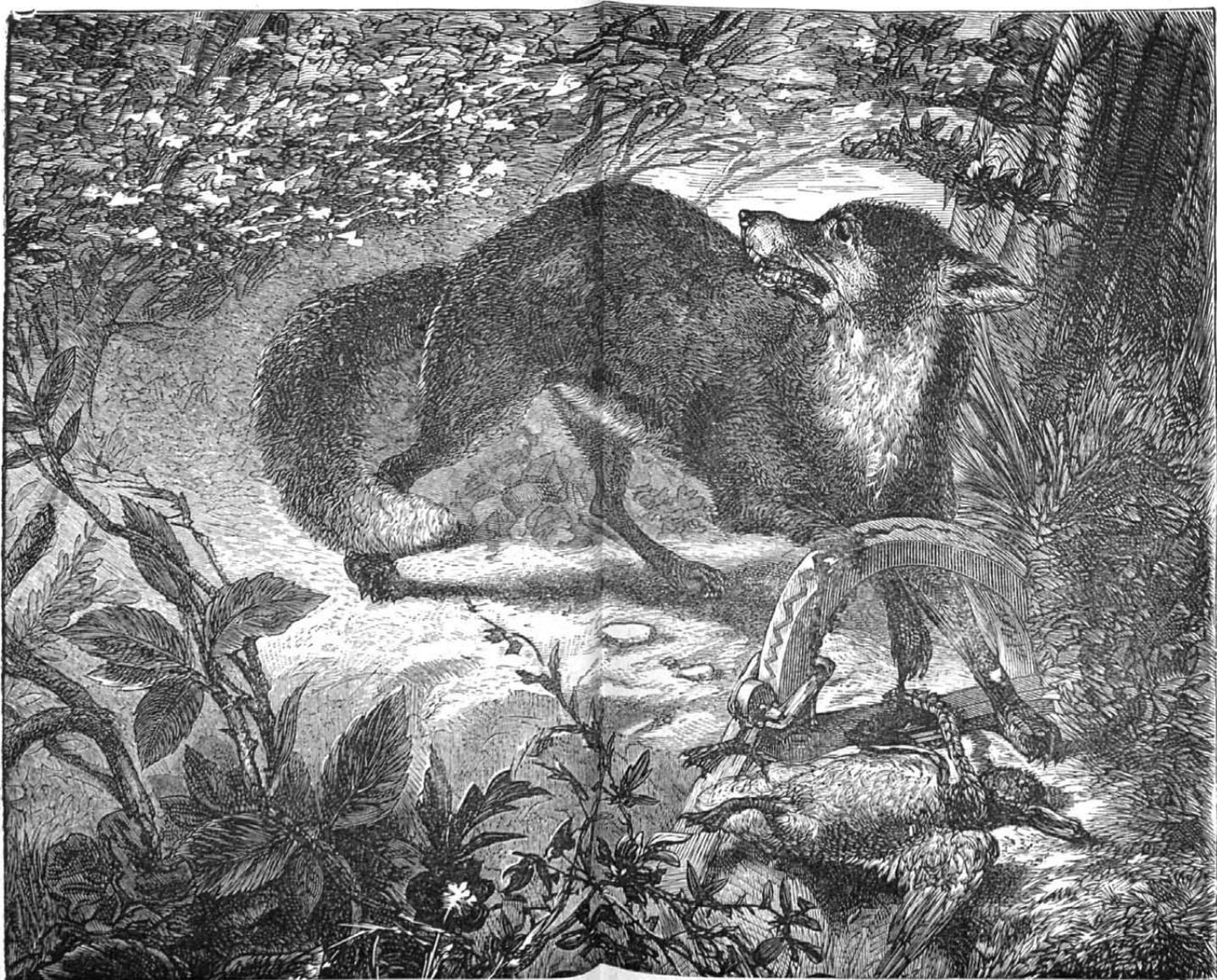
Terminado lo que teníamos que decir del lobo, nos parece que hemos pasado de la mitad de nuestra tarea.



HUELLAS DE LOBOS

1. Pies de loba joven.—2. Pies de lobo joven.—3. Pies de loba adulta.—4. Pies de lobo adulto.—Pie de perro.





Una zorra en el cepo.
Biblioteca Nacional de España







EL ZORRO

Desde los antiguos tiempos, la astucia del zorro es proverbial. Ya Esopo nos le da á conocer en sus fábulas, y si bien en algunas ocasiones nos le presentan burlado por el gallo y el cuervo, debemos atenernos, en estos casos, más á la moraleja que á lo real.

La fama de la astucia del zorro está bien sentada, como adquirida en buena lid, y así será hasta la consumación de los siglos, pues si es probable que el último hombre desaparezca mucho después que el último zorro, la memoria de éste no desaparecerá sino cuando aquél no exista.

Como no posee el tamaño ni la fuerza del lobo, y le es imposible acometer empresas superiores á sus

facultades físicas, las suple con una astucia sin igual.

Diferénciase la manera de ventear del zorro de la del lobo, en lo que se diferencian la del mastín y la del podenco. El mastín y el lobo buscan las cumbres de las montañas, y desde allí, levantando la nariz en todas direcciones, perciben á larguísimas distancias las emanaciones de personas y de animales.

El zorro y el podenco bajan la nariz al suelo oliendo los rastros, y siguiéndolos persiguen la caza.

Para atraer al lobo á los cepos es muy conveniente hacer rastros, pero no es absolutamente necesario, pues colocado el cebo en sitio alto, raro será el que no lo ventee, llevando buen aire, aunque pase á tres quilómetros ó más de distancia; pero para llevar al zorro donde se desee, es de todo punto necesario hacer rastros, pues de otro modo, se corre el riesgo de que no dé con el cebo; y además, es conveniente que vaya tomando trozos de éste en el trayecto para que llegue confiado á la trampa.

Las zorras entran en calor en el mes de Enero, y después del acto de fecundación, quedan unidas como los perros, aunque menos tiempo. Están preñadas como las perras sesenta y tres días, y paren de tres á seis cachorros que no llegan á su completo desarrollo hasta los dos años, pudiendo reproducirse desde el año. Nacen por lo general más machos que hembras.

El zorro no habita los grandes y sombríos bosques, sino las manchas abiertas en donde abunda la caza menor.

En los días claros y de buen tiempo se encama entre las matas ó toma el sol tumbado sobre el césped, ó sobre una roca. Los días crudos de invierno los pasa encerrado en su cueva. Si las abundantes lluvias humedecen su morada, busca otra más enjuta, y si no la halla, se abriga en las hendiduras de una roca.

Tiene un sueño muy profundo, y puede el cazador acercársele marchando sin hacer ruido. De este modo se matan muchos á tiros, buscándolos en los días bonancibles junto á las bocas de las cuevas.

El zorro come de todo, sin desdeñar ni aun las bellotas cuando tiene hambre. Gusta extremadamente de la miel y de las uvas. Hace un gran consumo de ratones, culebras, lagartos, ranas, grillos y langostas; pero su manjar favorito es la caza menuda, tanto de pluma como de pelo, y sobre todo, las aves de corral. También arrebatata y devora con gran placer los corderillos. En tiempo de las parideras sigue á los rebaños de ovejas, robando los que nacen, y si no puede, se contenta con su envoltura.

Tiene marcada repugnancia á las aves de rapiña. Refiere M. de la Rue que á un zorro domesticado se las pusieron por única comida; pero no las tocó, á pesar de un ayuno de muchos días.

Para nosotros es artículo de fe cuanto dice tan formal escritor; sin embargo, citaremos dos hechos que se hallan en contradicción con lo que aquél asegura.

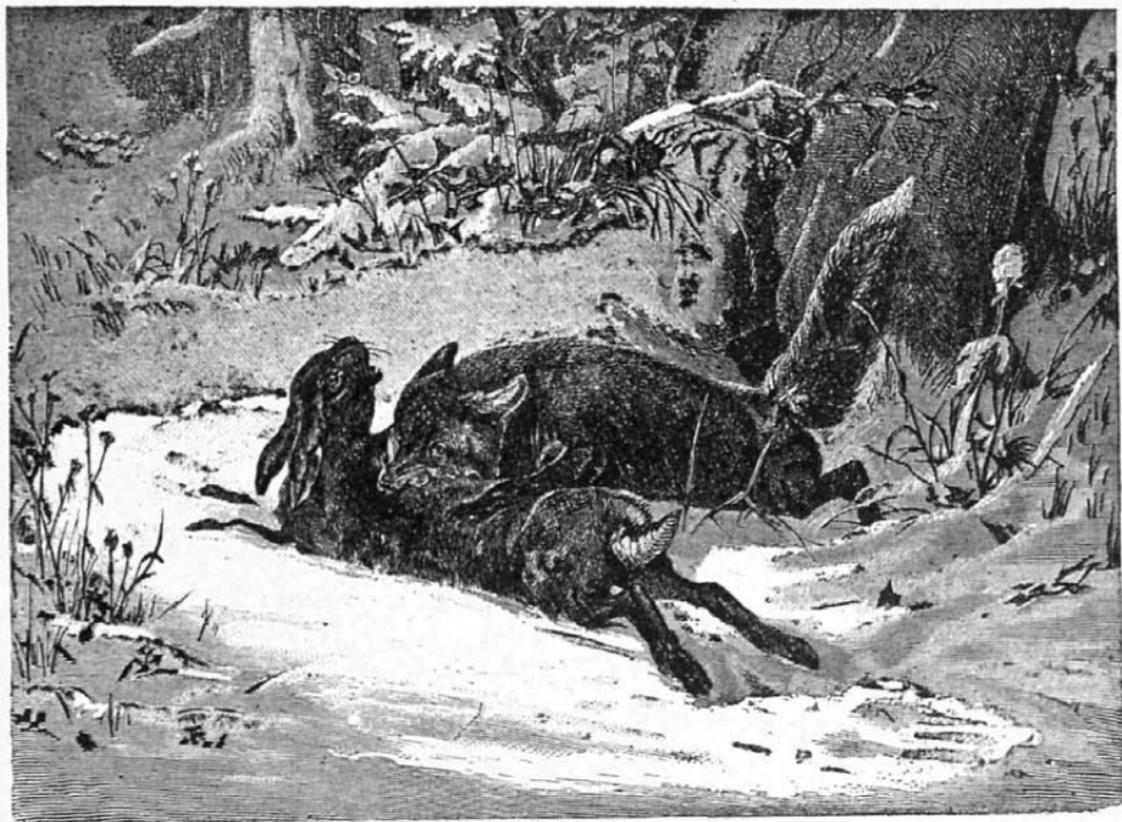
Un corsario iba cazando perdices un día caluroso del mes de Agosto. Al pasar junto á una cueva de zorras oyó gran ruido dentro; púsose de acecho, y á poco rato salió un zorrillo con un aguilucho en la boca y otros dos corriendo detrás para arrebatarlo. De un tiro quedaron muertos dos, escondiéndose el otro en la cueva.

En Mérida tenía D. Antonio Pacheco un zorro domesticado que atendía al nombre de *Sacristán*, cogido pequeño por mí, y que transitaba por las calles jugando con los niños y los perros. En más de una ocasión se le vió subir á los tejados y cazar cernecales y aun llevarse á casa los que hallaba muertos en las calles.

El zorro, cogiéndolo pequeño, se domestica fácilmente.

Hemos tenido uno que jugaba con los perros y los gatos, durmiendo entre las gallinas sin causarles daño alguno.

Dos años tenía cuando un niño le hizo morder un pájaro herido; desde entonces se aficionó á las aves caseras, en las que hizo grandes destrozos. Para evitar el disgusto de matarlo, se llevó al campo, castigándole cruelmente; pero por la noche volvió á casa.



Biblioteca La zorra cazando liebres España





Se le regaló á un amigo, en cuyo corral hizo una gran carnicería, y castigado huyó. En cierto arrabal de la población desaparecían con frecuencia gallinas sin saber cómo, hasta que se halló al merodeador en una casa ruínosa, acostado en un rincón sobre un lecho de las plumas de sus víctimas.

Aunque domesticado se lleva bien con los perros, no se cruza con ellos, y todas las tentativas que con tal objeto hizo un hombre tan entendido como el conde de Buffón fueron inútiles.

El zorro, herido ó mordido por los perros, se finge muerto.

Hemos tenido muchas ocasiones de observar esto. En una, un criado, que llevaba á cuestas uno de estos animales, creyéndole muerto, porque después de un tiro le molieron á palos, fué mordido cruelmente. En otra, descoyuntado por dos perros, apenas nos separamos, abrió los ojos y levantó la cabeza, que dejó caer cuando nos volvimos para mirarle.

El zorro se caza con escopeta, con cepos, con veneno, con perros de carrera y *terriers* ó zorreros y con humo.

Con escopeta. La caza con escopeta se verifica de batida, de aguardo y al pisado.

Para cazarlos de batida no es necesario rodear por completo la mancha, como se hace en las monterías de reses ó de lobos. El zorro, quedando detrás de los batidores, es muy raro que rebase la culata.

Lo que precisa es que las escopetas se coloquen con buen aire, y estén muy alerta, porque si el zorro se apercibe de su presencia, ya no atraviesa la línea, sino que bordeando ésta y la de los batidores, concluye por escurrirse entre éstos, volviendo hacia atrás.

Cuando los lados de la mancha están limitados por un río ó una gran llanura, es conveniente colocar á cada uno una escopeta, como á los tres cuartos de distancia desde el principio de la batida á donde se hallan los tiradores, y á 20 metros de las lindes. Si hay zorros y notan la presencia de los tiradores, en su vuelta atrás bordeando el monte, han de dar precisamente en las dos escopetas citadas. Por experiencia sabemos que éstas disparan quince veces de cada veinte batidas en que se levanten zorros.

Los perros cebados en esta caza, la persiguen con gran tenacidad, y es muy conveniente llevarlos á las batidas, porque la acosan tanto, que algunas veces la obligan á romper la línea de tiradores, aunque sepan que están allí.

Los batidores deben sacudir las matas con palos arrojar piedras y hablar, pero no dar grandes voces.

El aguardo se hace en los pasos al agua y atrayéndolos al cebo. Cuando se descubre la salida de un zorro de la mancha, ó la recogida á ésta, se toma el aire, y escondido entre una mata se espera; advirtiéndole que una vez tomado un paso por un zorro, lo

sigue constantemente mientras le convenga cazar por aquel sitio. Aunque en este paso tropiece con un cazador, no lo dejará mientras no se le espante con frecuencia ó se le hiera.

Si en un aguardo pasa el zorro fuera de tiro, se le atrae al piado como á los conejos, imitando el chillido de éstos, de las liebres ó de las ratas.

El aguardo al agua es muy seguro, sobre todo cuando ésta es escasa y en las inmediaciones hay abundancia de langosta, cuyo alimento le produce mucha sed, hasta el punto de obligarles á ir de día muchas veces á beber.

Se hacen con provecho aguardos poniendo por cebo un animal muerto, una caballería ó una oveja, por ejemplo. Hecho el rastro como se dijo para los lobos, el cazador se apostará, según el aire, bien en el cebo ó en el paso.

Para colocarse de modo que el aire no estorbe, es bueno, como ya hemos dicho, subirse á un árbol ó hacer un hoyo profundo en el suelo, cubriéndolo con ramas y hojas. Si se quisiera tener un aguardo fijo, siempre dispuesto para servirse de él, plántense unos arbolillos alrededor del hoyo, que lo cubran perfectamente con sus ramas. El aguardo debe tener dos entradas en lados opuestos para estar á la mira del cebo, que se colocará donde mejor convenga. Si éste es un animal muerto, es muy conveniente que gran parte se halle enterrado.

El aguardo en las viñas cuando la uva está madura, es de los mejores.

Revísese bien el terreno. Si entran zorras se notará su huella y el daño que causan. Las ratas y los erizos, las perdices y otras aves, también comen uvas; pero se conoce cuando es el zorro el vendimiador, porque ataca á los racimos altos arrancando algunos. En cuanto se tiene la certeza de que uno de estos animales entra en una viña, espéresele en la seguridad de dispararle. Se espera también á la salida de los vivares por la tarde ó á la recogida por la mañana.

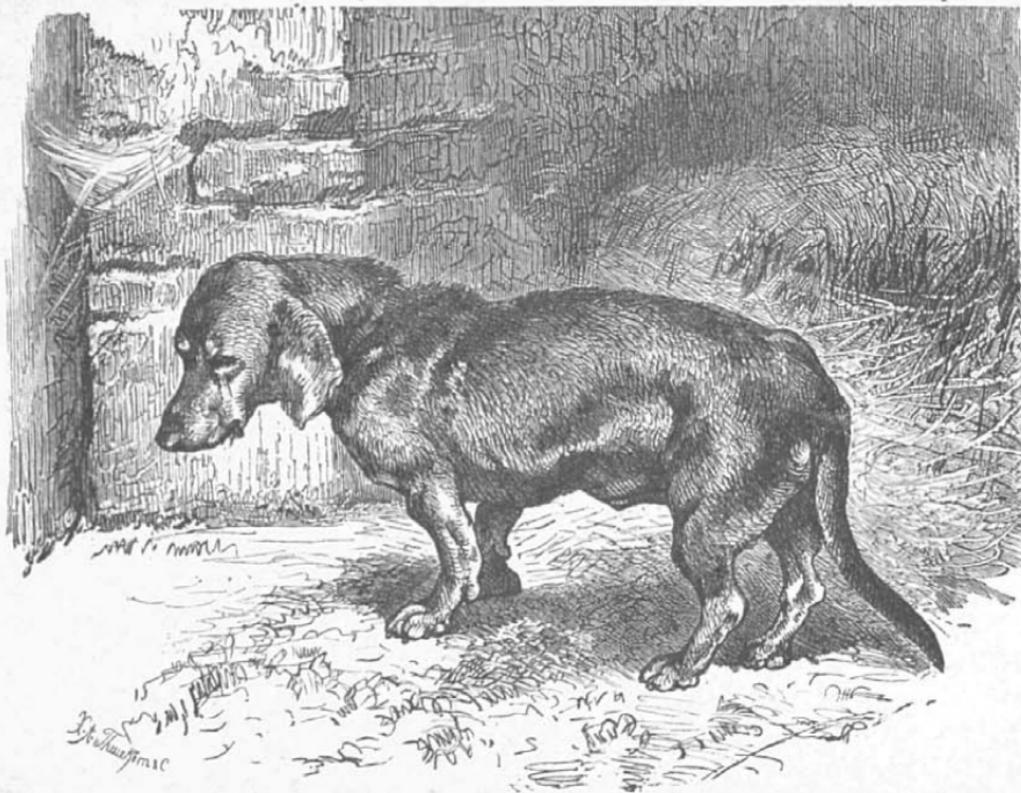
El zorro es muy aficionado á las sardinas, sobre todo si están asadas.

El fuerte olor de éstas destruye en parte las emanaciones humanas, por lo que son muy á propósito para cebo envenenado.

El corazón y el hígado de la liebre, bien tomados de salmuera de sardinas, sirve para el objeto, y, según dicen, la carne de gato asada.

Con perros.—En nuestro país no se practica la caza del zorro con perros de carrera. Nuestros campos abiertos tienen otro empleo mejor que el de cotos de esos animales, y las manchas de reses son demasiado espesas y extensas para perseguirlos con fruto. Además, habiendo en ellos venados y jabalíes, ¿quién hace caso de los zorros?

Algunas veces, cazando liebres con galgos, se le-



Perro alimañero (*Bosset*).



vanta un zorro, que es alcanzado y muerto inmediatamente.

Esta es la única cacería de esos animales que en este país se hace con perros de carrera.

Lo que da muy buen resultado para cazar zorros y proporciona gran diversión son los perros *terriers*, poco comunes en nuestro país.

Hemos tenido tres de los llamados *dachshund*, muy excelentes para acosar zorros en sus madrigueras.

Es raza muy delicada para criarse, y por esto no hemos podido obtener de ellos nada más que un mestizo, habiendo muerto los tres, por cierto que el último de una picada de víbora.

Hemos visto algunos perrós de este país pequeños, de raza indefinida, que enseñados servían muy bien para cazar zorros; pero no pueden compararse en modo alguno con los *terriers* de pura sangre, que á su forma especial, á propósito para circular por las galerías más estrechas de las cuevas, une unos colmillos formidables y un gran valor.

He aquí la descripción que de ellos hace M. de la Rue:

«El *dachshund* suple su pequeña talla y la debilidad de su constitución con un gran valor; sin vacilar ataca á los zorros y á los tejones en su refugio subterráneo, lucha con ellos cuerpo á cuerpo días enteros, obligándoles á dejar la guarida, ó sujetándoles, mu-

chas veces gravemente herido, hasta que su amo, cavando la cueva, viene en su socorro.

Obra por instinto y no aprende á cazar por las lecciones que recibe.

Todo perro cobarde y que no sea naturalmente dispuesto para entrar en las cuevas, no es bueno para nada.

Los de pura raza tienen las piernas torcidas, el hocico puntiagudo, de color negro ó marrón obscuro, algunas veces blanco en el pecho y en el cuello; los hay de pelo rizado, otros de pelo basto y cola de nutria. Estos últimos son muy estimados. Para que un *terrier* reúna todas las condiciones precisas, debe ser de cuerpo largo, patas cortas, su osamenta relativamente sólida y su mandíbula fuerte.

Hay perros de piernas derechas; pero son preferidos los que las tienen torcidas.

Generalmente hasta los dos años de edad no se sabe si un *terrier* es bueno ó malo, pues muchos que de un año se niegan á cazar son muy buenos cuando han adquirido todo su desarrollo.»

Este autor dice que para cazar con *terriers* se tapan las bocas de las cuevas, excepto una, y cuando se nota que el perro ha dado muerte al zorro ó que lo tiene arrinconado, dos ó tres hombres, provistos de las herramientas necesarias, cavando, lo descubren y lo cogen con unas tenazas hechas *ad hoc*, si está vivo.

No comprendemos qué objeto pueda tener el tapar las bocas de las cuevas, obligando al perro á entablar una lucha con el zorro, que seguramente le costaría cara. Dejando sin tapar las demás bocas, fácilmente saldrá el zorro por una de ellas y el cazador apostado allí puede matarlo de un tiro, cosa más divertida que cavar, lo que es completamente imposible cuando, como es muy frecuente, la cueva está hecha en una roca.

Nosotros así los hemos cazado; pero para hacerlos salir hay que tomar muchas precauciones.

Si el cazador se aproxima á la cueva sin ser sentido suele salir el zorro al verse acosado por el perro; pero si sospecha que al salir le espera una perdigonada, no saldrá de ningún modo, dejándose antes matar.

No es conveniente que entre más de un perro á la vez, porque si va uno detrás de otro, el que va delante corre el riesgo de ser mordido por el zorro sin poder huir, y si entran por bocas distintas puede uno interponerse cuando pretenda echarse fuera. No obstante, cuando el zorro se resiste á salir y el perro que le acosa há sido mordido, es bueno introducir alguno que le ayude, cogiendo á aquél por detrás.

Si se reunen varios cazadores es indispensable rodear la cueva, colocándose á bastante distancia de ella para no ser sentidos por el zorro, y además, por si hubiera dentro más de uno, que no sienta el que

quede el estampido de los disparos que le hagan al que haya salido.

Conviene tener presente algunas particularidades del zorro aplicables á esta clase de caza.

Cuando un zorro ha sido arrojado de la cueva por los perros no vuelve á encerrarse si no se halla en un grande apuro; pero encerrado por segunda vez, no vuelve á salir.

Tapando las bocas con papel ó trapos ennegrecidos con pólvora, no se atreve á destaparlas en mucho tiempo.

Si se depositan en aquéllas excrementos humanos, no pasa sobre ellos, y si se echa fuera, es por una puerta libre ú otra que él practique para salir, y abandona aquel vivar para siempre; y esto es más extraño sabiéndose que los come cuando tiene necesidad. De todos estos medios puede valerse el cazador cuando al descubrir una cueva con zorros no tenga á mano cepos ni *terriers*, y se vea obligado á alejarse de allí para buscarlas.

Los zorros no hacen sus cuevas, sino que se apoderan de las de los tejones, molestándoles frecuentemente, ó de las de conejos, arreglándolas para sus necesidades.

Estos animales, si se refugian heridos en su vivar, no mueren dentro, pues se salen cuando les van faltando las fuerzas ó cuando sienten la necesidad imperiosa de excrementar.



En acecho.



Si no se toma bien el aire, si se pisa junto á las bocas ó si el zorro nota el más leve ruido que le indique la presencia del cazador, es inútil esperarle, porque no saldrá hasta la siguiente noche, y muy tarde.

En los días de buen tiempo, ó en el estío, que los zorros no se hallan encerrados, se colocan los cazadores en las cuevas, mientras otros batien los alrededores con perros, que al acosarlos buscan refugio en los vivares, en donde son recibidos á tiros.

La caza al piado se hace exactamente como hemos dicho que se verifica la del lobo.

Las urracas, los mirlos, los rabudos, los arrendajos y otros pájaros, temen y odian á aquel animal, á quien persiguen volando de rama en rama. Hay que tener muy presente esto cuando se caza en las formas descriptas.

Esta misma particularidad hace que para cazar ciertas aves puede suplirse con un zorro el gran-duque.

Hacia fines de Marzo, las hembras preñadas empiezan á preparar las cuevas para albergar sus crías, limpiándolas y ensanchándolas. En este trabajo la ayuda el macho, y es el tiempo y ocasión de revisar el campo para saber dónde hay zorros.

En terreno de mucho monte, generalmente la zorra pare al aire libre, y esconde la cría en cualquier agujero de poca profundidad.

Con cepto.—Los ceptos para cazar zorros se preparan como los que se usan para los lobos, diferenciándose en pequeños detalles, consiguientes á la diferencia de costumbres y aptitudes de estos animales. Los ceptos para coger zorros son más pequeños que los de los lobos, pudiendo servir muy bien los que se emplean en la caza de conejos.

Para colocar estas trampas se elige un llano despejado, limpio de monte y de todo objeto que pueda ocultar á un cazador.

Los rastros mejores se hacen con los intestinos de una liebre ó de un conejo, ó la piel de éstos recién quitada, vuelta y arrollada con el pelo hacia adentro; y el cebo que se deja en el tránsito, así como el que se coloca en el cepto, son trozos de pan frito con manteca, untados, así como la carne del rastro, con la pomada cuya receta se da más adelante.

Generalmente, tomando bien las precauciones que hemos dicho referentes al lobo, y haciendo rastros con despojos de liebres ó conejos, colgándolos de un árbol y poniendo debajo varios ceptos, desde la primera noche ha de prenderse algún zorro. Pero si está desconfiado por una constante persecución, ó si descubre alguna parte de la trampa, es casi imposible apoderarse de él por los medios ordinarios.

La captura del zorrillo *Sacristán*, de que anteriormente he hablado, y de su madre, me costó un mes de persecución con *terriers*, lazos y ceptos, siendo

imposibles cogerlos, pues la zorra era tan astuta, que llegó en una ocasión en que no tenía más remedio que salir por una boca de la cueva, en la que había un cepo, á volcarlo, y pasó por encima sin peligro alguno.

Tenía la cueva en los cimientos de un edificio romano; viéndose muy perseguida, trasladó su cría, reducida á un solo cachorro, por haber sido muertos los demás por los *terriers*, á un vivar de tierra, en donde entre los perros y un hombre con un azadón pudieron cogerla.

El zorro come carne de animales muertos; pero no es muy de su agrado, tomándola si no encuentra otra.

Cuando muere en el campo alguna caballería y se colocan cepos alrededor de ella, es muy probable coger algún zorro... si antes no se coge algún perro.

Observada la pista de un zorro al saltar el vallado de una viña, colóquense allí cepos, que en ellos ha de dar el ladrón.

Parece á primera vista que el sitio más seguro para coger zorros con cepo es en las bocas de las cuevas. Pues no es así, y de ello tenemos, por desgracia, muchas pruebas.

Si no ha sido molestado el zorro, y se coloca la trampa sin que lo advierta, cosa difícilísima, la primera noche caerá; pero si el animalejo está desconfiado y ha observado la operación, no saldrá la primera noche, y sí la segunda ó la tercera; pero,

si puede, abriendo una nueva puerta para salir por ella.

Es muy conveniente, cuando el zorro desconfía, poner junto al cepo, como á 50 centímetros hacia el sitio que se considere más á propósito, algo que le llame la atención, como un alambre, una cuerda, etc., para que, fijándose en esta añagaza, no note dónde está la trampa.

En las bocas de las cuevas también se cogen zorros con lazos de alambre. Deben éstos estar sujetos á una estaca, ó mejor á una piedra de mediano porte, que pueda arrastrar á cierta distancia.

Hay otra trampa, la más mortífera que se conoce para toda clase de animales, pero que es difícil de manejar para coger lobos, porque para esto tiene que ser muy grande, pudiéndose aplicar mejor á la caza de zorros y otras alimañas.

Es una modificación del cepo de perdices, de esta forma: Un cajón de madera, de un metro de largo y alto, y 75 centímetros de ancho, forrado interiormente con chapa metálica. La parte superior está cubierta con dos puertas, también forradas con chapa metálica, ó mejor de chapas fuertes de hierro, que, girando sobre un eje, se abren hacia adentro con una leve presión. Cuando ésta cesa, un contrapeso, un muelle de alambre ó de cuerdas de crin, las cierra automáticamente.

Si un animal pasa sobre cualquiera de estas puer-

tas, que ceden á su peso, cae al fondo, y se cierran sin darle tiempo para salir.

Estas trampas se entierran en las sendas por donde transitan los zorros y otros animales dañinos, quedando las puertas al ras del suelo, y se cubren con tierra y hojas secas. Son grandes las ventajas de estas trampas sobre las demás, pues están cazando todo el año, y además, si en ellas cae un animal manso, ó fiera de caza que no se quiera matar, se coge sin que haya sufrido ningún daño.

También puede prescindirse del cajón, haciendo hoyos revestidos de ladrillos, lanchas, pizarras, etc., sujetando las puertas en un marco.

Como estos hoyos están en las sendas, son peligrosos para hombres y caballos, por lo que deben hacerse en sitios poco frecuentados y de día, ó cuando se vaya á cazar cubrirlos con haces de jara. No está demás colocar tablillas en los caminos próximos, advirtiendo del peligro á los transeuntes. También se usa para coger zorros el anzuelo de que hemos hablado al tratar del lobo.

Con veneno.—El zorro muere también con la estricnina; pero bien porque su estómago sea más resistente que el del lobo, ó que, no tan voraz, come menor cantidad y note el veneno en la presa, ó tal vez que la vomite inmediatamente de tragarla, lo cierto es que va á morir más lejos que el lobo del sitio donde la toma.

Conócese cuando el zorro ha tomado una presa envenenada, en que arroja allí mismo sus excrementos.

Con humo.—Muchos cazadores, en cuanto sus perros encierran un zorro, le dan humazo, esperando que salga para dispararle un tiro; mas de cada cien veces, esperará 95 inútilmente.

Si la cueva es pequeña, suele salir; pero es muy raro que salga si es grande, y tiene, como es natural, galerías en las que no penetra el humo. Se puede, sin embargo, matarlo por asfixia, en esta forma:

Prepárense junto á cada boca muchas piedras ó hierba suficiente para taparla, y luego un montón de tierra, mejor mojada que seca. Hecho esto se aplican á las bocas situadas del lado del aire, papeles ó trapos untados con una cuerda de pólvora humedecida y azufre ó pajuela, ó simplemente se hacen hogueras con leña verde; cuando el humo salga muy espeso por todas las bocas, se tapan herméticamente, quedando destapadas las que sirven para ahumar, y al notarse que en éstas no penetra el humo por estar llena la cueva, se tapan también. A las dos ó tres horas se destapan todas, y probablemente se encontrará junto á una al zorro muerto con el hocico metido en la tierra.

Se usa también para dar humo una pequeña vasija de cristal ó barro atada al extremo de una vara, como de un metro de larga. Aquélla contiene ácido ní-

trico, al que le agregan trozos de cobre. Se introduce la vasija lo más que se pueda, renovándole la carga dos ó tres veces, procediendo después en la forma dicha.

Se usan también para hacer salir los zorros de sus cuevas, y aun para asfixiarlos, esos pequeños cohetes de Carnaval. Algunos penetran mucho en las cuevas, y con el estampido que dan, el humo y el olor, hacen que se echen fuera.

También se hace uso, con muy buen éxito por lo general, de ratas, que llevan atadas al rabo, con alambre, pajuelas ó cartuchos de pólvora de cohetes.

Por último, lo que mata sin remedio á los zorros y destruye sus cuevas, son los cartuchos de dinamita; pero como comprenderán los lectores, para usarlos es preciso tomar las mayores precauciones, á fin de evitar desgracias.

Tápense todas las bocas menos una. Esta no se tapa completamente, y se tiene preparada una piedra que la tape bien. Se ata al rabo de una rata ó de un conejo, y aun de un lagarto, una mecha de barreno como de 40 ó 50 centímetros de larga, á la que va adherido medio cartucho de buena dinamita. En cuanto empieza á arder la mecha, se entra la rata por el agujero, y en seguida se tapa con la piedra, retirándose á escape los cazadores, hasta que el explosivo haga su efecto. Si la dinamita hace explosión

cerca de una de las bocas, y se conoce que no ha hecho grande efecto, se repite la operación.

Es conveniente, en cuanto se nota que la dinamita ha estallado, abrir las bocas de la cueva, que muchas veces el zorro, aterrado por el estampido y temiendo que la cueva se le venga encima, sale, aunque sienta la presencia de los cazadores.

RECETAS DE POMADAS PARA CAZAR ZORROS

Para engrasar los cepos.—Tómese una cazuela de barro vidriado, y fundase en ella 128 gramos de manteca de cerdo. Fríase, hasta obtener color rosado, una cebolla blanca, en cuatro trozos; añádase alcanfor del tamaño de un haba, cuatro pulgaradas de polvos de raíz de lirio de Florencia, y remuévase con una espátula hasta que todo esté fundido. Hecho esto, échese otra pulgarada de extracto de raíz de hierba mora, dejándola freir, sin que se queme. Apártese, y agréguese medio cuartillo de agua, conteniendo estiércol de caballo en maceración, dejándole cocer hasta que se evapore, fíltrese y déjese en un puchero nuevo ó en un frasco de cristal, cuidando de añadirle, antes de que se solidifique esta grasa, ocho ó diez gotas de esencia de anís. Esta pomada puede servir también para hacer los rastros.

Para los rastros, cebos, etc.—Póngase al fuego, en una vasiija nueva de barro vidriado, una poca de

grasa de ganso y una pequeña cebolla partida en trozos, removiéndola hasta que tome un color obscuro. Añádase alcanfor como del tamaño de un guisante, y frianse trozos de pan como fichas de dominó. La cebolla y los restos que queden después de filtrar la grasa, se aprovechan para los rastros.

Otra receta.

Sesenta gramos de grasa de cerdo, dos pulgaradas de hierba mosa, tres gotas de esencia de espliego, otras tres de esencia de anís, dos cucharadas de agua de estiércol de caballo, tres pulgaradas de corteza de limón muy picada; fríase, y fíltrese.

Otra.—Media libra de manteca de cerdo fresca, alcanfor del tamaño de un haba, una cucharada de miel y un poco de agua de estiércol de caballo.

Otra.—Una sardina asada, 125 gramos de manteca de cerdo, alcanfor molido; macháquese todo en un mortero.

FÓRMULA DE LA POMADA DE JUAN PIERROT PARA LOS RASTROS DE ZORROS Y DEMÁS ANIMALES DAÑINOS

Tómese: grasa fresca de cerdo 500 gramos, y fúndase en una cazuela de barro nueva. Añádase una cebolla blanca partida en trozos, y fríase. Agréguese: de miel virgen 50 gramos, alcanfor en polyo 15 gramos, esencia de anís tres gotas, esencia de labanda

tres gotas; agítese con una espátula de madera, y retírese del fuego.

FÓRMULA DE LA POMADA DE M. LAZARD. PARA ZORROS
Y OTROS ANIMALES

Grasa de cerdo fresca.	500	gramos.
Anís verde.	25	»
Polvos de raíz de lino de Florencia. . .	3	»
Penique.	5	»
Galbancum.	3	»
Angélica.	10	»

Cuézase por espacio de veinticinco ó treinta minutos, añádase una cebolla blanca partida y fríase hasta quedar rosada. Retírese del fuego, fíltrese, agréguese una cucharada de miel, vuélvase á poner al fuego, y al empezar á freir se le añade castoreum, un gramo 50 centigramos, almizcle 50 centigramos, alcanfor 30 gramos, esencia de anís tres gotas y esencia de espliego tres gotas.

Todas estas pomadas, además de servir para los objetos dichos, se aplican á untar el calzado al hacer los rastros. Para esto hay también una composición especial que se hace en esta forma:

Durante la primavera se recogen brotes de alecto y pino silvestre, se meten en una botella y se llena de aceite de olivas. Póngase al sol herméticamente

cerrada por espacio de tres meses, removiéndola de vez en cuando. Se forma una especie de resina que sirve para untar las suelas del calzado cuando se va á colocar un cepo, á hacer un rastro ó á ponerse de acecho.

EL LINCE Ó LOBO CERVAL

No es España el único país de Europa que produce lince; pero es el que los tiene con más abundancia, y donde se crían los más hermosos ejemplares.

¡Triste privilegio, que de buena gana cederíamos á otras naciones!

Escasean en Francia, hallándose algunos en la frontera de los Pirineos, y es un animal no muy conocido todavía.

Los hay en Alemania y en Rusia, y la piel de éstos es muy estimada.

Tiene mucho parecido con la pantera, tanto en su figura y en su pelaje, cuanto en su fuerza, su agilidad y sus costumbres.

Su aullido parece algo al del lobo, no siendo tan prolongado.

Es un enemigo terrible de la caza, en la que causa daños enormes.

El zorro y el lobo tienen un extenso campo de operaciones, y sus daños se reparten entre muchas dehesas.

Uno y otro abandonan la caza por perseguir animales domésticos.

El lobo deja en paz á los jabalíes pequeños y á los cervatillos por las cabras y las ovejas, y el zorro sacia su hambre y entretiene sus ocios con los corderillos y aves de corral. El lince, al contrario, se establece en un punto y de allí no sale hasta que apura toda la caza. Acomete lo mismo á los pequeños guarrros que á los cervatos, á los conejos que á las perdices.

Marcha siempre por las veredas con paso cauteloso, prestando atención á los menores ruidos, y si ve ó presume que es una pieza de caza la que por allí cerca transita, la acecha y se apodera de ella con una ligereza increíble.

Acecha también á los conejos en las lindes del monte; sube á los árboles á cazar aves, y oculto sobre una gruesa rama, espera que pase cualquier pieza para arrojarle sobre ella con la velocidad del rayo.

En algunas obras de Historia Natural se dice que el lince se refugia en cuevas; pero este hecho no le hemos podido comprobar en un solo caso, ni hemos oído decir á ningún cazador, de los muchos á quienes pedimos noticias, que hayan visto entrar ni salir en cuevas á ningún lince. Más aún; los pequeñuelos, que rara vez se encuentran, están sobre el suelo escondidos debajo de una mata.

El lince habita los bosques espesos de las grandes llanuras, con preferencia á las altas sierras rocosas.

Se conoce su presencia por las huellas señaladas en las veredas, aunque la tierra esté dura, pues al saltar sobre su presa, sus agudas uñas penetran en el suelo.

También se conoce que hay lincees en una mancha, por los despojos de sus víctimas, diferentes de los que dejan otros animales. Para devorar un conejo, le despoja de la piel, quedando ésta completamente del revés.

El lincee no es animal corredor ni muy astuto, ni posee grandes vientos, pero si una vista que es proverbial.

Acude al *piado* tan bien ó mejor que el zorro, entra en las batidas de reses sin tomar grandes precauciones, resistiéndose, sin embargo, á atravesar grandes llanuras. Para esta clase de caza nos falta un tipo de perros. Nuestros podencos y mastines no los persiguen con tenacidad; que de hacerlo las recovas de reses bastarían para exterminarlos.

Cuando se esperan conejos por la tarde á la caída del sol, se matan algunos lincees que salen á cazar, y por lo general se les ve en parejas.

En los cepos caen con facilidad. Se hace el rastro con los intestinos de una liebre ó de un conejo, y como cebo se coloca un trozo de piel fresca de estos animales, pegada á la parte inferior de la planchuela, que aunque enterrada, pasando el rastro por encima ha de olfatearla el lincee y procurará desenterrarla.

Es muy bueno, y da los mejores resultados, cubrir bien el cepto, ó al menos la planchuela con plumas de ave, y entre ellas dejar las patas, las puntas de las alas y parte de los intestinos. De este modo es posible también que caiga un ave de rapiña, con lo que no se pierde el tiempo. O el linco come carne en descomposición, ó su curiosidad lo lleva á olerla, por que se han cogido varios en ceptos de lobos cebados con carne de caballo putrefacta.

Con el cepto de báscula que hemos descrito para la caza del zorro, teniéndole bien asistido, se extermina hasta el último de dichos animales.

Se les obliga á pasar sobre el cepto de báscula colocando sobre él un conejo atado con alambre de modo que no pueda moverse, y cubierto con una rama, para evitar que las águilas se lo lleven.

Si en una senda por donde transiten lince, se colocan dos ceptos de planchuela á distancia de 50 centímetros uno de otro, y entre ambos se pone por cebo un conejo en la forma que hemos dicho para el cepto de báscula, ó bien una paloma, perdiz, codorniz, etc., se cogen sin remedio, probablemente desde el primer día.

No está demás que, tanto los rastros como los ceptos, se unten con la pomada de que más adelante haremos mención, cuando tratemos de la caza del gato.



Lince en el cepo.



EL GATO

El gato es un criado infiel que sólo se conserva por necesidad á fin de oponerle á otro enemigo doméstico, aún más incómodo, y que no es fácil de ahuyentar; pues no incluimos en este número las personas que, gustando de toda especie de animales, sólo crían gatos para divertirse con ellos; y á fe que á muchas la diversión les cuesta cara.

Lo uno es el uso y lo otro el abuso, y aunque estos animales, principalmente cuando pequeños, son graciosos, tienen al mismo tiempo una malicia innata, un carácter falso, un natural perverso que se aumenta con la edad, y que la educación no hace más que disfrazar.

Los gatos son ladrones resueltos, y lo único que se consigue de ellos, educándolos bien, es hacerles tratables y zalameros, como los bribones; tienen la misma destreza, la misma sutileza y la misma inclinación que ellos en orden á hacer mal, y la misma propensión á las raterías; saben, como ellos, ocultar sus pasos, disimular sus designios, acechar las ocasiones, esperar, elegir y aprovechar el instante de ponerlos en práctica, retirándose luego para evitar el

castigo, huir y permanecer ausentes hasta que se les vuelve á llamar; adquieren fácilmente los hábitos de la sociedad, pero nunca propiedades buenas; su afecto no es más que apariencia, y esto se ve en sus movimientos oblicuos y en sus ojos equívocos: nunca miran al rostro á la persona amada, y, sea por desconfianza ó por falsedad, siempre buscan rodeos para acercarse á ella y para procurar sus caricias, que sólo agradecen ó sufren por el gusto que les dan.

El gato, muy diferente de aquel animal fiel, cuyas sensaciones tienen todas por objeto la persona de su dueño, parece que no mira sino á sí propio, no ama sino bajo condiciones, y no se acomoda al comercio sino para abusar de él, y, por esta conformidad de índole, es menos incompatible con el hombre que con el perro, en quien todo es sinceridad (1).

La figura del cuerpo y el temperamento concuerdan con la índole; el gato es pulido, ligero, mañoso, voluptuoso y aseado; gusta de sus comodidades y busca los muebles más mullidos y blandos para reposar y retozar en ellos; es también muy dado al amor, y, lo que es raro en los animales, la hembra parece más ardiente que el macho, pues le convida, le busca, le llama, indica con gritos desentonados el furor de sus deseos, ó más bien el exceso de sus ue-

(1) Para que en el mundo nada falte, ni aun lo más extravagante, hay un autor francés que dice que el gato sería el animal más ingrato de la creación si no existiese el perro.

cesidades; y cuando el gato huye de ella ó la desdeña, le persigue, le muerde y le obliga, digámoslo así, á satisfacerla, no obstante ir siempre acompañadas sus caricias de un vivo dolor; el calor dura nueve ó diez días, y lo experimentan en tiempos señalados, ordinariamente dos veces al año, en la primavera y el otoño, y á veces tres y aun cuatro. Las gatas están preñadas cincuenta y cinco ó cincuenta y seis días, y no producen tanto número como las perras. siendo sus partos ordinarios de cuatro, cinco ó seis hijos. Como los machos son propensos á devorar su descendencia, las hembras se ocultan para parir, y, cuando temen que les descubran ó quiten sus hijos, los transportan á algún agujero, ó á otros parajes escondidos ó inaccesibles, adonde, después de haberles dado de mamar algunas semanas, les llevan ratones y pajarillos, acostumbrándolos desde aquella edad á comer carne; pero por efecto de una extravagancia difícil de comprender, estas mismas madres tan tiernas y cuidadosas se hacen á veces crueles y desnaturalizadas, y devoran también aquellos hijos que tanto amaban.

Los gatos cuando pequeños son alegres, vivos y donosos, y serían muy á propósito para divertir y entretener á los niños, si sus arañazos no fuesen terribles; pero sus jugueteos, aunque siempre ligeros y graciosos, nunca son inocentes. y se convierten en breve en malignidad habitual. y no pudiendo ejercer

este talento con ventaja sino en los animales más pequeños, se ponen en espera cerca de una jaula ó de un agujero, acechan los pájaros, los ratones y las ratas, y por sí mismos se hacen más diestros y hábiles cazadores que los perros más bien instruidos. Su índole, enemiga de toda sujeción, los hace incapaces de una educación seguida.

Los gatos no tienen nunca docilidad, y carecen también de sagacidad y de olfato, cualidades eminentes en el perro, y así no persiguen á los animales cuando han cesado de verlos, ni les dan caza, sino que los esperan y les acometen por sorpresa, y después de haber jugado con ellos mucho tiempo, los matan sin ninguna necesidad, aun cuando están muy bien alimentados y no necesitan de aquella presa para satisfacer su apetito.

La causa física más inmediata de la inclinación que tienen á acechar y sorprender á los demás animales es la ventaja que les da la estructura particular de sus ojos. La pupila en el hombre y en la mayor parte de los animales, es capaz de contracción y de dilatación, ensanchándose un poco cuando falta la luz, y estrechándose cuando es demasiado viva. En el ojo del gato y de las aves nocturnas la contracción y dilatación son tan considerables, que la pupila que en la obscuridad es ancha y redonda, en medio del día se pone larga y angosta como una línea, por lo cual estos animales ven mejor de noche

que de día, como se observa en los mochuelos, los buhos, etc., pues la figura de la pupila es siempre redonda cuando no está violentada, y, por consiguiente, hay una contracción continua en el ojo del gato durante el día; de suerte que, habiendo mucha luz no ve, digámoslo así, sino á costa de esfuerzos. en vez de que, en los crepúsculos, recobrando la pupila su estado natural, ve perfectamente y se aprovecha de esta ventaja para reconocer, atacar y sorprender á los demás animales.

Temen el agua y el frío y les disgusta los malos olores; gustan de echarse al sol, y procuran hacer mansión en los parajes más calientes, como las chimeneas ó los hornos; también les agrada los perfumes, y se dejan coger y acariciar de buena gana por las personas que usan de ellos; el olor de la planta llamada *hierba gatuna* (valeriana) los commueve tan fuerte y deliciosamente, que parecen enajenados de gozo; y así, para conservar esta planta en los jardines, es forzoso cercarla de un enrejado fuerte, pues los gatos la huelen de mucha distancia, acuden á estrejarse á ella, y pasan y repasan tantas veces por encima, que la destruyen en poco tiempo.

Estos animales adquieren todo su incremento en quince ó dieciocho meses; se hallan en estado de engendrar antes de cumplir un año, y pueden engendrar toda su vida, que sólo se extiende á nueve ó diez años; sin embargo, son muy duros, muy viva-

ces, y tienen más elasticidad y fortaleza que otros animales que viven más tiempo.

El gato montés produce con el doméstico, y, por consiguiente, no son ambos sino de una misma especie, no siendo raro el ver á los gatos y gatas que se crían en las casas, marcharse á los bosques en el tiempo que están en calor á buscar los gatos monteses, y volverse después á sus habitaciones, por lo cual algunos de nuestros gatos domésticos son enteramente parecidos á los monteses; la diferencia más real se halla en lo interior, pues el gato doméstico tiene ordinariamente los intestinos mucho más largos que el montés, y, sin embargo, éste es más fuerte y corpulento que el gato doméstico, y tiene siempre los labios negros, las orejas más tiesas, la cola más gruesa y los colores constantes, aquélla formando anillos negros, y la punta negra también.

De todos los climas de la tierra habitable el de España y el de Siria son los más favorables para las hermosas variedades de estos animales, y bien pueden estar orgullosas las damas españolas con sus *mininos*, como los más bellos del mundo, aunque pretendan disputárselos la primacía para los suyos los de la provincia de Pe-chi-ly en la China; pero eso es cuestión de gustos, pues no nos parece serán tan airosos los de éstas con sus pelos largos y las orejas caídas.

El gato duerme muy poco; generalmente de noche

y en el estío en las horas de más calor, se les ve enroscados ó tendidos á la larga con los ojos cerrados; pero no hay la seguridad de que estén durmiendo. Cuando esto hacen tienen el sueño muy pesado.

Hemos tomado la descripción del gato de un célebre naturalista, que mezcla la del doméstico con la del montés, por considerar á los dos como de una misma especie.

Algunas perras que pierden sus cachorrillos se prestan á criar gatos. En este caso, los lamen con tal repugnancia que vomitan; el maullido de los gatos criados por perras parece más al ladrido de los perros.

El gato montés habita los montes espesos y sombríos, prefiriendo los sitios donde hay árboles viejos, cuyos troncos pueden servirle de guarida, ó las rocas en cuyas sinuosidades se esconde.

Sube á los árboles con gran facilidad, buscando pájaros y huyendo de los perros.

Hace en la caza tanto daño como el linco, y tiene casi sus mismas costumbres y aficiones.

Entra al piado con mucha confianza y descuido, si no ha sentido al cazador marchar por el monte ó hacer disparos. En batida rara vez entra á las escopetas, porque no huye largo trecho y sí cuando se ve perseguido, ó se esconde en una cueva, en el tronco ó en las ramas de un árbol.

De acecho á los conejos se matan pocos, bien por-

que salen tarde del monte, bien porque esperan á los gazapos en las veredas ó á la salida de los vivares.

Si se educan perros para la caza del gato, se cogen muchos rondándolos de noche en los encinares.

Aquéllos los siguen por el rastro; avisando con sus ladridos cuando el gato se refugia en un árbol, de donde se le hace bajar á palos, á pedradas ó á tiros.

Dentro de las cuevas se defiende bien de los *terriers*; pero no se resiste tanto á salir como el tejón y el zorro.

También salen pronto ahumándolos.

No solamente acomete á la caza, sino que, más osado que el lince, salta á los corrales y devora y se lleva pollos y gallinas. Cuando prueba las aves de un corral, no deja de visitar aquel sitio, y entonces es fácil matarlo á tiros, acechándolo ó poniéndole cepos, en los que se prende fácilmente.

Es muy aficionado á toda clase de peces, sobre todo á las sardinas asadas, y gusta extremadamente de la chinchorta de los perros.

Con cualquiera de estos cebos, con intestinos de conejo y de liebre ó de aves, se cogen con facilidad. También se cogen colocándoles cepos en las bocas de las cuevas, y esto desde el primer día, por no ser tan astuto ni tener tantos vientos como el zorro.

Para colocar los cepos es conveniente hacer rastros y untarlos con la pomada que luego se dirá.



El gato montés.



El gato tiene la vida muy tenaz, y rara vez queda muerto instantáneamente de un golpe ó de un tiro. Se han visto algunos, materialmente destrozados, quedar inmóviles por muchas horas y luego levantarse y huir arrastrándose.

Con los cepos de báscula se cazan tan bien ó mejor que el lince, usando igual procedimiento.

PREPARACIONES DE CEBOS Y RASTROS PARA LA CAZA DEL GATO.—Sardinas asadas, una; harina de trigo, cien gramos; alcanfor molido, cinco gramos.

Macháquese todo junto en un mortero y agréguese medio cuartillo de agua de raíz de valeriana, removiéndolo después.

OTRA.—El corazón y los hígados de una liebre, muy asados, diez gramos de raíz de valeriana y cinco gramos de alcanfor molido.

Tritúrese y cuézase en medio cuartillo de agua.

Agréguese dos ó tres enjundias de gallina y póngase á hervir diez minutos.

OTRA.—Manteca fresca, doscientos cincuenta gramos; raíz de valeriana, diez gramos; hierba-mora, treinta gramos; alcanfor, veinte gramos; almizcle, dos granos.

Se frie todo junto removiéndolo con una espátula.



LA NUTRIA

Refiere Buffón, como cosa rara, que las religiosas de un convento poseían una nutria perfectamente domesticada, tan mansa é inteligente como un perro.

Ya en estos últimos tiempos se ha visto que aquel animal es muy fácil de ser domesticado, y que, adiestrado para la pesca es de grande utilidad y presta muy buenos y útiles servicios.

M. de la Rue dice que ha poseído algunas que, sumergiéndose en el agua, cogían peces, entregándoselos como entrega un buen pachón ó *pointer* á su amo la pieza de caza que ha tumbado con la escopeta.

No hace muchos años hemos tenido ocasión de ver aquí, donde escribimos este libro, á un conocido artesano que todas las tardes se paseaba por el puente sobre el Guadiana, mientras una nutria que habla domesticado, y que le seguía como un perro, nadaba deliciosamente en el río, del que se retiraba á la primera llamada de su amo.

Dedúcese, pues, de estos hechos que la nutria es un animal útil y que merece nuestros cuidados, al

contrario de lo que hacemos, procurando su completo exterminio.

Su piel tiene algún valor y esa es su mayor desgracia. Más se la persigue por lo que su piel vale que por los daños que causa.

Esto no es decir que no debe perseguirse y dejar que se reproduzca con exceso; lo que si queremos decir es que debíamos convertirlas en animales domésticos, utilizándolas en la pesca.

Los daños que causan las nutrias son de bastante consideración, pero infinitamente menores que los que ocasionan los pescadores de oficio, ejerciéndolo en tiempos y en ocasiones que las leyes prohíben. «Tu enemigo el de tu oficio», dice el refrán, y en ningún caso particular tiene mejor aplicación que en este.

El mayor enemigo de la nutria es el pescador de oficio. Acostumbra á tratarla como un dañino mero-deador, y no piensa que él es más dañino aún, pues una puesta de garlitos una noche de *subida*, un golpe de tarrafa en suelo sembrado de huevas, ó un día de atajo, causa más perjuicios que una nutria en todo un año.

Este animal no sólo se alimenta de pescado; come también culebras, lagartos, ranas, ratas de agua, topes y asimismo caza patos y gallinetas, destruyendo sus nidos.

Por esta razón, y mientras las nutrias sigan sien-

do salvajes, debemos considerarlas como animales dañinos y perseguirlas.

Los chinos se sirven del cormorán para la pesca, y también de la nutria, de las que poseen lo que aquí llamaríamos jaurías bien amaestradas; y el autor tantas veces citado, que nos sirve de guía en esta obra, dice que a la pesca con la nutria debe los ratos más agradables que ha pasado en sus cincuenta años de cazador.

Cuando se cogen pequeñas se domestican fácilmente y se las enseña á pescar poniéndole peces vivos en un baño con agua. Lo más raro que hay en esto es que una nutria cogida joven y criada donde no haya visto agua, cuando por primera vez se la lleva á un río ó estanque, teme acercarse á la orilla.

No nos parece inútil hacer una descripción somera de estos animales, pues entre nosotros no son muy conocidos.

La nutria adulta tiene de longitud, desde la nariz hasta la extremidad de la cola 1 metro 0,36 y 0,37 de altura, pesando algunas de 15 á 20 quilogramos.

Su cuello es grueso, casi como el cuerpo, los labios espesos y musculosos, lo que le permite tener la boca cerrada herméticamente cuando está debajo del agua. Las mandíbulas tienen 36 dientes, temibles por su disposición especial, los ojos pequeños, próximos al ángulo de la boca, las mejillas redondas y las orejas pequeñas, situadas más abajo de los ojos. La cola, an-

cha en la raíz, termina en punta, llevándola siempre arrastrando por el lado izquierdo. Las piernas muy cortas y recias, terminan en cinco dedos sin articulaciones, armados de fuertes uñas, más agudas en las patas delanteras que en las de atrás. Los dedos son palmados, lo que le facilita para nadar.

La piel está recubierta por dos clases de pelo, unos lanosos y espesos y otros largos, de color gris blanco, desde la raíz hasta la mitad de su longitud, y el resto de un gris claro y brillante.

En general, el color del pelo en la parte superior del cuerpo es castaño, el de las piernas café claro, el de la garganta, el del pecho y el del vientre gris.

Esta piel es de tal modo fuerte y resistente, que el diente de los perros no puede traspasarla, y no se moja sino cuando el animal está muerto ó gravemente herido.

La hembra tiene cuatro mamas, y por debajo de las partes sexuales un pliegue parecido á un saco. Vive dieciséis años.

Las nutrias se juntan en Febrero, y tal vez en el otoño, y en este momento, durante la noche, se llaman con una especie de silbido; el resto del año hacen oír un murmullo que no tiene nada de desagradable.

Están preñadas nueve semanas, y dan á luz tres ó cuatro pequeños, que no abren los ojos hasta los nue-

ve días. La madre los amamanta mucho tiempo antes de enseñarlos á pescar.

La nutria mora en las orillas de los ríos y lagos, y fabrica su cueva entre las raíces de los árboles con una salida á tierra y otra debajo del agua. También suele apoderarse de los vivares de los conejos, de las zorras y de los tejones.

Cambia de morada con mucha frecuencia, abandonando los sitios donde la pesca se ha hecho escasa, ó cuando nota que se la persigue.

Presiente las avenidas, y entonces abandona los grandes ríos y se traslada á los pequeños, prefiriendo los que se deslizan por entre montes espesos.

Tiene la vida muy tenaz, siendo casual dejarla muerta en el acto, aunque el disparo se le haga de cerca.

Se averigua el sitio en que se encama la nutria, buscando por las orillas en donde se ven sus excrementos, que se distinguen fácilmente por estar llenos de espinas y escamas de peces. Averiguado el encame, se la puede cazar de las varias maneras que vamos á explicar.

Con escopeta se mata al acecho, tomando bien el aire, y esperándola por la tarde á la caída del sol cuando salga á pescar.

Si el encame está á alguna distancia de la orilla, uno ó varios cazadores se colocan de modo que le corten la retirada, mientras otro solo ó con perros

la levantan, y, al buscar el agua, la reciben á tiros los que se hallan apostados.

Cuando la cama está cerca de la orilla y desde tierra no puede divisarse, se mata con facilidad entrándole por el agua, sobre un barco, cuyo remero procurará hacer que se deslice sin ruido.

La nutria entra también al piado, si se sabe imitar el chillido de un conejo ó una liebre, de una rata ó el de un ave.

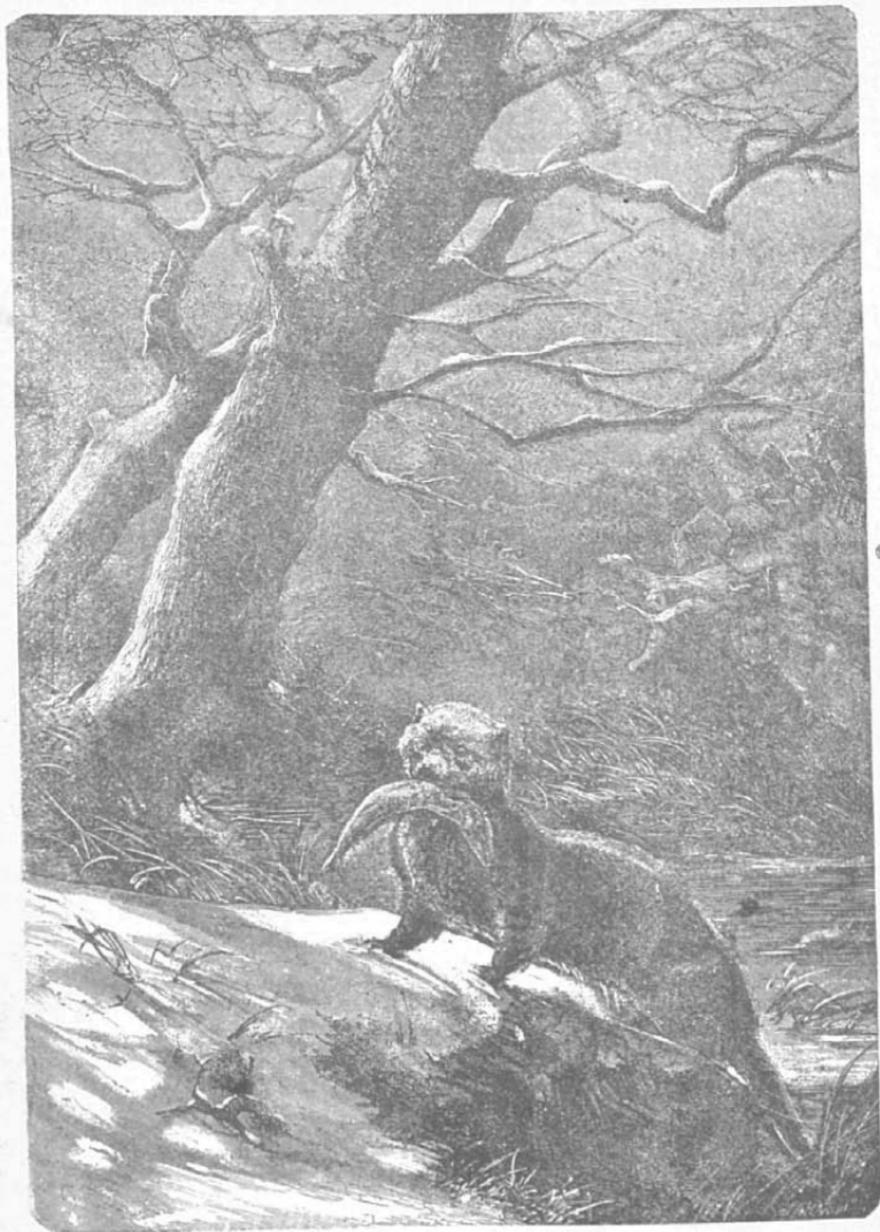
La manera más cómoda (aunque no más fácil) de coger las nutrias, es con el cepo de planchuela.

Como son unos animales sumamente astutos y desconfiados, y ventean al cazador á largas distancias, y perciben las emanaciones de la mano del hombre en los cebos y en todo cuanto toca, es preciso colocar los cepos con el mayor esmero.

La nutria repugna comer animales muertos, ó, por lo menos, que no le estén recientemente.

Nunca tiene un paso solo desde la salida de su cueva, y por poca cosa que extrañe en uno, deja de tomarlo.

Se colocan los cepos (que deben ser de los más fuertes) cubiertos con arena, ó bien, y es mejor, debajo del agua, en sitio donde tenga sólo de dos á cuatro pulgadas de profundidad. Averígüese á qué puntos de la orilla suele acercarse, y allí se coloca el cepo, cuidando de cebarlo con lo que luego se dirá; pero este cebo no deberá estar colocado sobre la planchue-



La Nutria.



la, sino en pequeños trozos diseminados alrededor.

El cebo debe llevar una larga cadena, y ésta fija á una raíz, una estaca ó una piedra. Sin esta precaución, la nutria arrastraría al cebo hasta el agua y no se podría cobrar. Si se clavase el cebo de modo que no fuese posible moverlo, la nutria se roería la pata y escaparía; pero con la cadena en la forma que hemos dicho, el animal se sumergiría, ahogándose en seguida, y, tirando luego de la cadena, se tendrá en la mano.

Hay una clase de cebos, de hechura especial, para coger nutrias debajo del agua.

A continuación damos la receta de varios cebos, todos usados con muy buen éxito.

1.º Tómanse los intestinos de un pez de una libra, cuatro granos de raíz de valeriana, doble de alcanfor y lo mismo de excrementos frescos de nutria. Se machaca todo en un mortero; añádase 125 gramos de manteca fresca, fríase á un calor muy dulce en un puchero nuevo. Colóquese en un paño y fíltrese torciéndolo. Consérvese bien tapado.

2.º Ciento veinticinco gramos de manteca fresca, un puñado de raíz de valeriana, tres ó cuatro granos de castóreo y otro tanto de alcanfor; fríase como el anterior.

3.º Tómanse la grasa de cuatro o cinco carpas; añádase cuatro granos de castóreo, ó mejor si se puede procurar, la misma cantidad de la materia fresca.

ó seca que se encuentra en la extremidad del miembro sexual del macho ó en las vesículas de la hembra, y procédase como el número 2.º

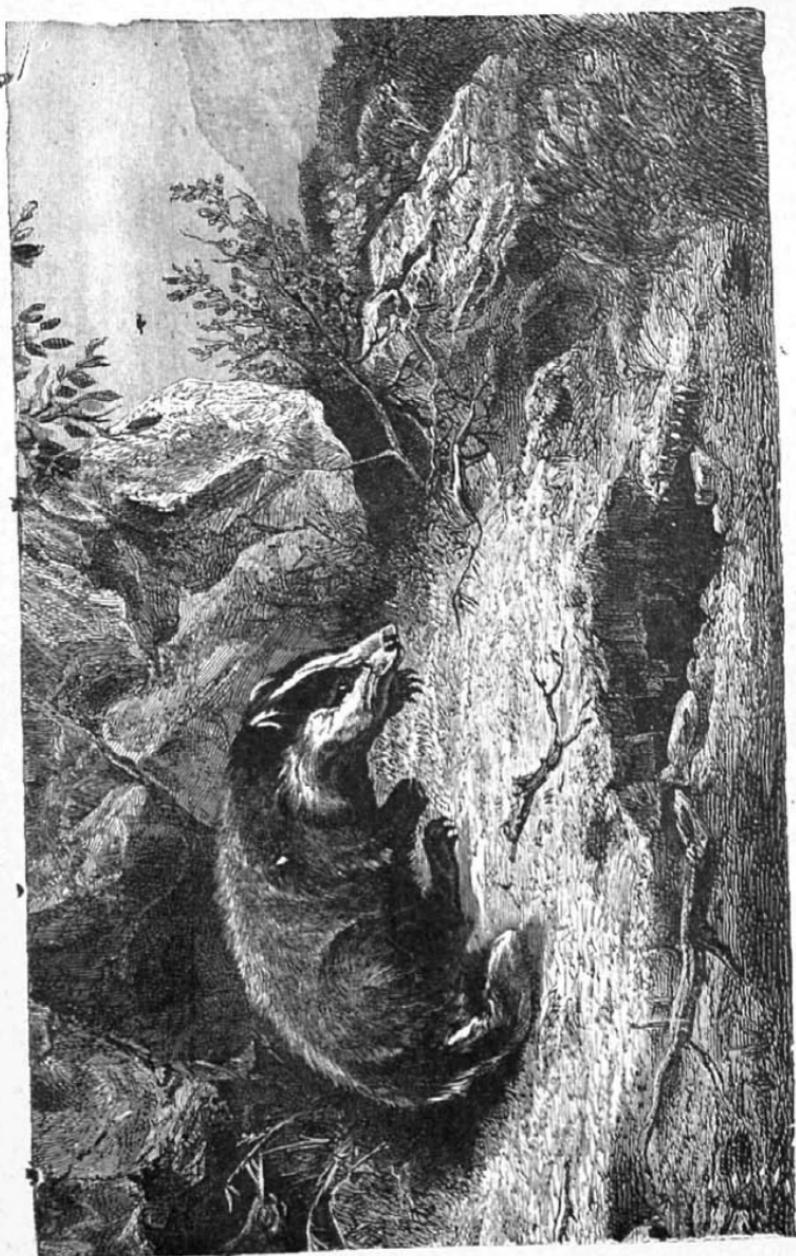
4.º Macháquese en un mortero de mármol hígado de sollo, hiel de carpa, huevos de cangrejo y escremento fresco de nutria. Esta pasta es muy buena para frotar el cepo y la cadena.

5.º Doscientos cuarenta y cinco gramos de manteca fresca, cuatro granos de castóreo, tres de alcanfor, medio puñado de raíz de valeriana y grano y medio de almizcle; lo demás como el número 2.º

6.º El mejor cebo se hace con hiel de civeta ó gato de Algalia, con la que se frotará el cepo, colocando un trozo como un guisante debajo de la plancheta.

También se cogen con perros *terriers*, de cierta casta, que nadan á maravilla y las persiguen con ardimiento. Esta caza es sumamente divertida.

Para terminar, diremos que la carne de la nutria es excelente y puede comerse en los viernes de todo el año.



El tejón.



EL TEJÓN

¿Debemos colocar á este animal entre los dañinos? Cuestión es esta bastante debatida entre los cazadores, y objeto de controversias entre los escritores cinegéticos.

Vamos nosotros á dar nuestra opinión.

¿De qué vive, con qué se alimenta el tejón?

Este animal es omnívoro. Es un glotón grosero que no entiende de primores en su alimentación; posee un estómago capaz de digerir todo, y unos intestinos en donde caben enormes porciones de diversas substancias. Se alimenta principalmente de raíces, que extrae removiendo la tierra con su hocico, como el cerdo; gusta de la miel, de cereales, de frutas, especialmente uvas y melones; devora lagartos, culebras, víboras, ranas, langosta y toda clase de insectos. Come también los huevos de las perdices, y *se cree* que rompe las madrigueras, apoderándose de los gazapillos.

En cuanto á los conejos grandes, no tiene agilidad para cogerlos ni empeño en perseguirlos, y vive con ellos en la misma cueva sin molestarlos.

Es decir, que su propia alimentación no es la caza, y si se apodera de algunas piezas es por casualidad, no porque tenga el propósito de hacerlo.

Entre esta costumbre y la del zorro, por ejemplo, que no se alimenta de vegetales, sino cuando se ve acosado por el hambre, hay una gran diferencia, y es mayor si se considera que el tejón prefiere los vegetales á los animales, en tanto que el zorro no sólo prefiere alimentarse de éstos, sino que halla placer en destruirlos.

Deducimos de todo esto que, si hemos de considerar al tejón como animal dañino, y perseguirlo como tal, debemos hacer lo propio y con mayor razón con el jabalí, y aun con la liebre, el conejo y la perdiz, que ocasionan muchos mayores daños que el tejón en sembrados, viñas y melonares.

Todo animal silvestre vive del campo, es decir, de lo que el hombre necesita, y si no consideramos á aquél en lo que su carne y su piel vale, y solamente nos fijamos en lo que consume, lógicamente deberíamos exterminarlos á todos.

El gorrión consume grandes cantidades de trigo, y, cuando á esta ave en otros tiempos se la persiguió á muerte por tal pecado, la abundancia de insectos dió á conocer que era un amigo del labrador, y éste, lo menos que por él estaba obligado á hacer era alimentarle.

Es, pues, el tejón una pieza de caza colocada entre la mayor y la menor, y por los lances que el cazarlo proporciona, por su carne gustosa y succulenta, por su piel y su pelo, de muchas aplicaciones en la

industria, y por su grasa, de gran utilidad para usos diversos, debemos respetarlo, como se respeta y se guarda al jabalí y al venado.

Es claro que en ciertos sitios la demasiada abundancia de tejones ocasionan graves daños; pero esto ocurre con todos los animales de caza, con la ventaja para éste de que es muy fácil disminuirlo, si conviniere, apoderándose de él ó ahuyentándolo.

Por si este caso ocurriese á alguno de nuestros lectores, daremos leves instrucciones sobre la manera de cazar tejones; pero haciendo siempre constar que no los consideramos como animales dañinos.

Faltándole al tejón la mejor defensa que tienen los animales silvestres, cual es la velocidad en su carrera, se vale de su astucia.

Conoce que, si es sorprendido fuera de su cueva, tiene que sucumbir, y no sale sino cuando la necesidad le obliga, á muy altas horas de la noche, no separándose á grandes distancias.

Es muy casual hallar un tejón en pleno día. Nos otros, en más de treinta años de cazador, sólo hemos visto dos, y ambos estaban muy cerca de esos bosques.

Su olfato es muy fino, venteando á largas distancias.

Es desconfiado hasta el mayor extremo. Si al regresar á su cueva, después de una noche de expedición á buscar comida, nota que hombres ó perros han

pisado junto á las puertas, no entra, muchas veces teniendo en ella sus hijuelos, y va á buscar otra, ó la hendidura de una roca, ó el tronco hueco de una encina.

Si al salir de su habitación observa algo extraño, como tierra removida, y ventea las emanaciones humanas, ya no sale en muchos días, y, si puede, lo hace por una nueva puerta que abre con sus uñas.

Si acomete á las colmenas y no tenéis medio en el acto de ahuyentarle, pisad alrededor de ellas al anochecer, y estad seguros de que por aquella noche no probará la miel.

Estas instrucciones son suficientes para que sirvan de guía á los que quieran cazarlos de aguardo ó con cepos, teniendo presente que el tejón que sospecha que hay cepos colocados á la salida de su cueva, no se echa fuera hasta los cinco días. En primavera tarda más, y en invierno suele salir antes.

Se averigua si una cueva tiene tejones acercándose á ella con mucho silencio y escuchando largo rato, que si los hay, algún ruido han de hacer al removerse para variar de postura.

Colocando en las bocas algunos tallos largos de hierba, se ven á la mañana siguiente las señales de haber salido y vuelto á entrar, si así lo han hecho.

No hay cebo conocido que atraiga al tejón.

La caza del tejón con perros es muy divertida, y se hace de varios modos.

Los *terriers* de raza fuerte le acometen en sus madrigueras, y le obligan á salir si no ha sentido la presencia del cazador. Si esto sucede se deja matar, inutilizando muchas veces á alguno de sus enemigos.

Cuando hay crías en las cuevas es muy peligroso para los perros, porque el tejón las defiende acometiendo con fiereza.

La caza del tejón más divertida es la ronda, que se hace exactamente como la del jabalí, y sirve para adiestrar á los cachorros que se dedican á ésta.

Sale á caballo después de las diez de la noche en verano ú otoño: pues aunque en invierno puede hacerse también, no merece la pena de pasar frío la caza de tal animal. Se llevan cuatro ó seis podencos ya acostumbrados á cazar jabalíes y un alano, no muy fiero ni fuerte, para evitar agarres de animales mansos, y aun de los mismos perros. Todos van sueltos, y se camina en silencio, con el viento de cara, pasando por los sitios que los tejones suelen frecuentar, y cerca de las cuevas.

Los perros de nuestras recovas de jabalíes acostumbran á adelantarse dos y tres quilómetros á los cazadores, de modo que el tejón, antes de sentir las pisadas de los caballos, siente el ladrido del *busca* que le acosa, le persigue y le detiene, hasta que llega el alano y le hace presa. Generalmente nuestros podencos, muy furiosos por la costumbre de luchar con jabalíes, dan cuenta de los tejones sin ayuda de

los alanos, aunque es verdad que algunos quedan bastante heridos.

Hemos leído que se cazan tejones con redes como los conejos, pero en sentido inverso. El conejo se embolsa á la salida de la cueva, y el tejón á la entrada.

Colócanse las redes con el mayor sigilo y cuidado, y después se baten los alrededores para que los tejones que se hallen fuera huyan á sus madrigueras y queden cogidos. Nosotros no hemos practicado esta caza porque no hemos tenido la fuerza de voluntad suficiente para perder una noche en ensayos de dudoso éxito, teniendo como tenemos perros que no dejan escapar ni uno. Además, nos parecería demasiado inocente y sobradamente torpe que el tejón se aproximase á su cueva estando cerca de ella ó sobre ella un cazapor; que atropellase la red colocada momentos antes, y, de consiguiente, con fuertes emanaciones humanas, y, por último, que si el cazador estaba lejos, en un minuto no se desembarazase de la red, como lo hacen los conejos, porque, una de dos: si el cazador está cerca de la cueva, el tejón debe ventearlo y no acercarse, y si aquél se halla lejos y éste comete la bobada de embolsarse en la red, no se va á estar quieto esperando que vengan y lo cojan.

Si la batida se verifica con hombres solos, el tejón no debe huir muy de prisa, y podrá buscar otro refugio si siente al cazador cerca del suyo, y si se hace con perros, por poco corredores que éstos sean, de-



Tejón muerto por perros bassets.

ben alcanzarlos antes de llegar á encerrarse, porque les suponemos lejos de las cuevas, pues si estaban cerca, habrían sentido al que iba á colocar las redes y tomarían el camino de otra cueva, y de ningún modo vendrían á encerrarse en aquélla.

El tejón tiene una sola hembra, que entra en calor en Noviembre. Está preñada sesenta y tres días, y da á luz de tres á cinco hijos, que nacen con los ojos cerrados. Tienen su completo desarrollo á los dos años.

Suelen padecer enfermedades de la piel, de las que se infectan los *terriers* que los persiguen, por lo que es muy conveniente, cuando se regresa de una cacería á los tejones, lavar bien con jabón fuerte á los perros y darles luego una mano de aceite.

También enferman de la vista, quedando algunos ciegos.

Estos animales se domestican fácilmente. Permanecen en casa sin dar ruido, siguen á su amo como los perros, gustándole mucho jugar con éstos.

El tejón tiene debajo de la cola una hendidura como de cinco centímetros de profundidad, llena de una especie de grasa que gusta lamcr. Esta grasa tiene la virtud de poner blanco el pelo de los caballos. Si se quiere hacer nacer una estrella blanca en la frente á un caballo, no hay más que estregar bien aquel sitio con dicha grasa.



EL ERIZO

Es el erizo un grande enemigo del cazador y del labrador. A pesar de lo que en favor de este animal han dicho algunos escritores, está plenamente probado que causa grandes daños en los cereales y en las frutas; que destruye los nidos de perdiz y de codorniz, y si puede se apodera de ellos, como también de las crías de conejos. Dícese que la hembra tiene periódicamente una especie de menstruación que es un veneno muy activo para el ganado caballar, produciendo la muerte á todo el que come un tallo de hierba ó pasto manchado por aquélla. Esto lo niegan personas inteligentes.

Es verdad que hace algunos beneficios al labrador, destruyendo lombrices, gusanos, ratones é insectos; pero estos leves beneficios no son nada comparados con los perjuicios que causa.

El erizo da á luz de tres á seis hijos, cuya fealdad no tiene con nada comparación. A los pocos días de nacer se le notan en su piel pelada muchos puntitos blancos, que al mes se han convertido en aceradas puntas.

Este animal marcha muy lentamente, por lo que su defensa consiste en ocultarse bien, envuelto entre

pasto de su mismo color, y, cuando es descubierto, se hace una bola que no puede ser mordida por los perros sin herirse la boca. Pero para el hombre no son inconvenientes los dardos de que se halla cubierto; pues con una puñalada, un cantazo, ó simplemente con un fuerte golpe de talón, queda aquél sin vida.

El erizo tiene un enemigo terrible, sin el cual sería preciso tomar serias medidas para evitar su multiplicación. Este enemigo son las avenidas de los ríos, que los arrastran y ahogan por cientos.

La carne de erizo es excelente, y nuestros campesinos comen la del macho con delicia, pero no la de la hembra, porque creen que cuando tiene la menstruación es muy dañina. Por el suceso que vamos á relatar se verá que la del macho no deja de serlo, al menos en ciertas ocasiones.

Cinco ó seis criados de un amigo nuestro, que estaban en el campo ocupados en faenas agrícolas, cogieron un día una hermosa liebre y dos herizos, macho y hembra. Arrojaron ésta después de matarla, y prepararon separadamente para la cena el macho y la liebre. Cuando se sentaban á la mesa y ya se preparaban para comer la liebre, su amo, acompañado de varios amigos, se presentó para rondar jabalíes. El mozo encargado de llevar las provisiones no había acudido todavía; á los cazadores les apretaba el hambre, lo que sabido por los criados, les cedieron la liebre y ellos se cenaron el erizo.

A la madrugada, cuando se disponían para trabajar, sintieronse todos enfermos. Los síntomas eran alarmantes. Arrojabán por la orina grandes cantidades de sangre, y, sentían una debilidad tan extrema, que no tenían fuerzas para moverse ni aliento para hablar. Así estuvieron más de tres horas, desapareciendo la dolencia sin haber hecho uso de ningún remedio.

Después de haber leído esto, no tendrán nuestros lectores muchos deseos de probar la carne del erizo, por lo que omitimos una receta de un autor que la recomienda como cosa muy excelente para componerla.

La caza del erizo es muy sencilla, y axisten estos animales porque no ha habido empeño en destruirlos.

De día, ya hemos dicho que permanece escondido envuelto entre pasto, en los prados, y algunas veces, muy pocas, en las cuevas de conejos. De noche sale á buscar la comida.

Toda la dificultad que hay para cazarlos, es tener enseñado un perro (los pachones son los mejores) á buscarlos.

Los ventean á largas distancias, y cuando los descubren, no hay más que matarlos. Nosotros, cazando codornices en las márgenes de los arroyos, hemos hallado muchos, y hemos poseído perros que no dejaban detrás ni uno. Cualquier perro acostumbrado á cazar á mano, aprende esta caza con facilidad.

También se cazan de noche con estos mismos perros.

El erizo se domestica fácilmente. Hemos tenido uno en casa más de dos años. Comía con los perros y los gatos, salía de noche por un albañal á la calle y volvía á casa de madrugada.

LA GARDUÑA

Unos la llaman *fuina*, del francés *fouine*; otros *garduña*, otros *patialvilla*, y otros, en fin, *papialvilla*.

Si la nombramos por el color de su pelo, el último es el nombre más adecuado, porque no tiene blancas las patas, sino la garganta y parte del pecho.

La *garduña* es del tamaño de un gato. Tiene las patas cortas, el cuerpo largo, la cabeza mediana, terminada por un hocico cónico. Su piel, que es muy apreciada, está cubierta en el dorso, ijares y vientre por un pelo corto, espeso, fino y lanoso, de color gris rojizo, y entre éste crece otro más largo y de color más obscuro. La cola, tan larga como la mitad del cuerpo, tiene pelo negro, largo y basto. Las patas también son negras, y la garganta blanca y algunas veces amarilla muy clara.

Salta y nada con facilidad; pero su carrera es poco veloz, hasta el punto de que un hombre á pie puede darle alcance.

Es uno de los enemigos más terribles que tienen la caza y las aves de corral. Su instinto es en extremo sanguinario; mata más por el placer de matar que por satisfacer su hambre, mejor dicho su sed, pues

cara vez prueba la carne de sus víctimas, contentándose con chupar su sangre, y cuando más tragar los sesos.

Su entrada en un gallinero ó en un palomar es una verdadera devastación. Mientras halle un animal con vida, no deja de matar; de que ya no encuentra nada más que cadáveres, se harta de sangre y se retira á su escondrijo, por lo general, si no tiene cría, sin llevarse nada, pero dejando en cambio su excremento, que arroja un olor pestilente y tan repugnante para las gallinas y demás aves caseras, que no entran allí si no se limpia con esmero y se fumiga, por espacio de muchos días.

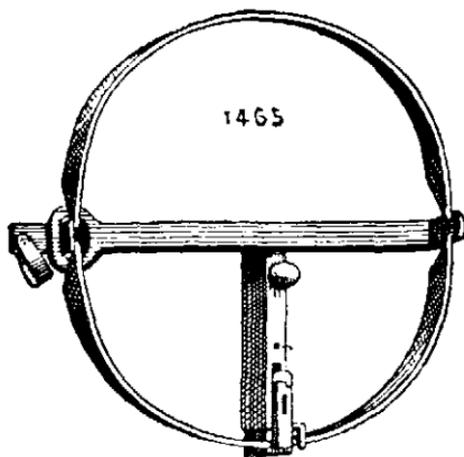
La garduña no sólo mata las aves, sino que rompe y come sus huevos.

Hace un gran destrozo en los nidos de gansos, patos y gallinetas, y es tan atrevida que, según dicen, ataca á los cervatillos y cabritos recién nacidos. Es un hecho comprobado que uno de estos animales domesticado fué muerto por una garduña; pero se duda que hubiera podido matarlo hallándose en libertad.

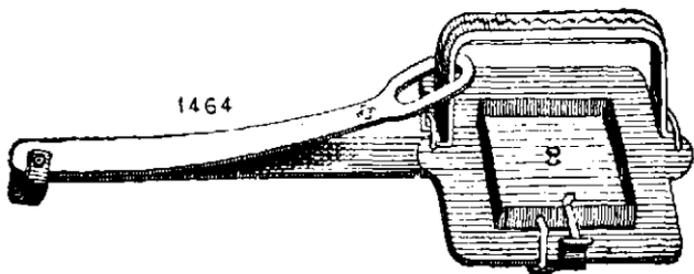
También gusta mucho de las ciruelas, bruños é higos, prefiriendo alimentarse de frutas en el otoño.

No deja en paz á los topos, ratones, ni á los grandes coleópteros.

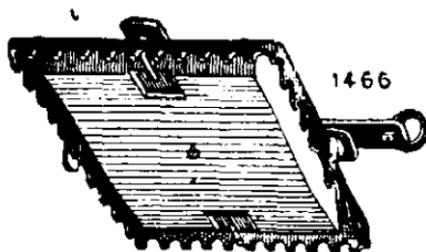
La garduña, muy abundante en Extremadura y Andalucía hace algunos años, va haciéndose cada vez más rara, efecto de la tala de los bosques y la perse-



Cepo para gatos monteses, garduñas, etc. **Pts. 20.**



Cepo para zorras y otras alimañas. — **Pts 17.**



Cepo para tejones y zorras. — **Pts 25.**

NOTA. Todas las trampas y cepos cuyos precios se señalan, se venden en las casas que Luis Wives y Compañía, tienen establecidas en Barcelona y Madrid.



cución de que es objeto, para precaverse de sus correrías, y para vender su piel.

Suele habitar en las inmediaciones de las granjas, chozas y cortijos, escondidas algunas en los tejados, pajares y pilas de corcho ó leña, en los grandes y sombríos encinares, en el hueco de algún árbol y entre las rocas.

Ventea á largas distancias, y es muy desconfiada, por lo que se necesitan grandes precauciones para apoderarse de ella, ya sea de aguardo ó con cepos.

Conocido el paso de una garduña se espera, y de un tiro se la mata. Hay que advertir que la garduña no sale de su escondite hasta las nueve ó las diez de la noche.

Si uno de estos animales ha visitado un gallinero ó un palomar, no se le olvida, y seguramente volverá otra vez. Aunque está fuera de este lugar, no podemos resistir la tentación de referir una anécdota de Víctor Manuel, el rey caballero.

Es proverbial la afición que por la caza tenía. Gustábase sobre todo cazar solo, y muchas veces salía á escondidas, sin dar á nadie cuenta, con su blusa, su escopeta al hombro y su zurrón á la espalda.

En cierta ocasión llegó ya de noche á un pequeño cortijo habitado por una anciana. La noche estaba oscura y llovía copiosamente. El regio cazador sacó las escasas provisiones de boca que en el zurrón quedaban y cenó frugalmente.

La vieja le dijo que una alimaña visitaba su corral de vez en cuando, haciendo grandes daños en las gallinas, y ofreció á su huésped cinco monedas de cobre si la libraba de aquel animal.

Victor Manuel preparó su escopeta y se puso de acecho, con tan buena fortuna, que al poco tiempo disparó contra una garduña que se colaba por un albañal, y, naturalmente, la mató.

La vieja no cabía en sí de gozo, y no olvidando lo prometido, entregó á su huésped la cantidad convenida, que éste se guardó, tumbándose luego en un camastro que la anciana le había preparado. Al amanecer cogió su escopeta y sus bártulos, despidiéndose de la vieja.

Algunas horas después, se presentó en el cortijo sobre un soberbio caballo un señor con muchos bordados y muchos galones en la casaca y entregó á la anciana pasmada cinco monedas de oro, diciéndole que se las enviaba el huésped que había tenido la noche anterior. Al fijarse en ellas, observó el gran parecido que tenía el busto de las monedas con el rostro del cazador, y entonces cayó en la cuenta de que su huésped era nada menos que el rey de Italia.

Por este episodio vemos que no es difícil cazar de acecho las garduñas cuando se sabe su paso, y no lo es tampoco averiguar éste por sus huellas, y el sitio donde se esconde por los excrementos fáciles de distinguir, por hallarse entre ellos trozos de alimentos

diversos á medio digerir, y por el pronunciado olor á almizcle que exhala.

También se cazan con cepos, poniéndose en ellos como cebo un huevo de gallina. Hay cepos especiales para esta caza, de una forma en el disparador apropiada para sustentar el huevo. Cuando no se tiene uno de esos cepos, puede prepararse muy bien para el caso uno de planchuela. Si á ésta se ata el huevo envolviéndolo con cuerdas, la garduña, muy desconfiada, no le tocará. Para ocultar la cuerda que lo sujete, se le hará un pequeño taladro, por el que se pasará un trozo de un palillo de dientes de cinco milímetros, atado por el medio con un hilo, y éste se sujeta á la planchuela.

Cuando se averigua el sitio en que una garduña se esconde, puede hacérsela salir imitando el chillido de un conejo ó de una gallina. También es muy fácil matarla en los días de tormenta. Se electriza de tal modo que, contra su costumbre de pasarse el día durmiendo hecha una rosca, cuando hay tormenta no se está quieta un solo instante; remuévese en su escondrijo, varía cien veces de postura, se asoma, se esconde, sale y vuelve á entrar.

Se comprende que un cazador apostado allí cerca tendrá en este caso ocasión de dispararle.

La manera más provechosa de cazar garduñas es la ronda con perros amaestrados para esta clase de caza.

Un perrillo ó dos bastan para el caso; pero es preciso estén bien cebados.

Se empieza á rondar desde las diez de la noche en todo tiempo por montes de espesas encinas y viejos alcornoques. Los perros tomarán el rastro de la garduña y se apoderan de ella (pues ya hemos dicho que corren poco), si no se sube á un árbol ó se esconde en un tronco hueco, y en cualquiera de estos casos es fácil matarla. Si se le da humazo, sale pronto.

Algunos rondadores van provistos de hachas por si acaso la garduña no sale cortal el árbol.

Nosotros hemos conocido á un trabajador del campo que durante el invierno cuando no tenía trabajo, y sus compañeros pasaban grandes apuros para alimentar á sus familias, él todas las noches salía á rondar con un gozquecillo enseñado, y cazaba garduñas, gatos y ginetas, de cuyas pieles sacaba lo bastante para pasar el mal tiempo con relativo desahogo.

Para esta clase de caza casi todos los perros sirven, tomándose el trabajo de enseñarlos; y nos maravilla que cada cortijero no tenga alguno, y eso que es muy frecuente sufran sus corrales graves asaltos.

EL MELONCILLO

Son bastante parecidos en el tamaño y en la figura la garduña y el meloncillo. Este afecta, sin embargo, una forma más larga y cilíndrica, que le da alguna semejanza con un melón.

En cuanto al color, es muy diferente. La piel del meloncillo está cubierta, como la de la garduña, por un pelo espeso, lanoso y corto, y entre éste sobresale otro ralo, pero mucho más largo; aquél de color pardo claro, y éste pardo obscuro. Este último es de grande estima para confeccionar pinceles para los pintores. La cola es gruesa, algo más larga y poblada que la de la garduña. El ano del meloncillo es extremadamente ancho, parecido también á la flor de ciertos melones.

Pero si en su figura este animal se asemeja á la garduña y en su color se diferencia de ella, diferenciase más en sus costumbres.

Jamás asalta los corrales, y rara vez se halla habitando cerca de los caseríos y de las chozas. Vive retirado en lo más espeso de bosques dilatados, entre jarales y aulagas.

Allí se alimenta de gazapillos y toda clase de caza,

y también de reptiles y grandes coleópteros. Escóndese entre las matas espesas, entre las rocas, en los vivares y los troncos de los árboles.

Con frecuencia tropiezan con ellos los perros en las monterías y los matan, no sin que se defiendan desesperadamente, hiriendo á alguno de sus enemigos.

También suelen entrar en los puestos que ocupan los tiradores en esa clase de caza, y, por lo general, marchan tres ó cuatro unos detrás de otros. El que va delante hace oír una especie de quejido, apenas perceptible, como llamando á los otros. Creemos que estos animales ven poco de día y no tienen muy desarrollado el olfato, pues más de una vez han pasado muy cerca de nosotros sin notar nuestra presencia.

La caza del meloncillo no deja de tener dificultades, por ser animal que rara vez sale del monte.

Cuando se nota una salida (que la hace generalmente en el verano para buscar agua), ó se observa que acude á beber, se le caza de acecho, generalmente con buen resultado, porque no varía de ruta.

Se cazan con cepos, colocando éstos en las veredas estrechas de los montes, haciendo rastros con pajariillos vivos ó gazapos y poniéndoselos de cebo. Pero no se puede ir expresamente á cazar estos animales, porque se corre el riesgo de no verlos en muchos meses. Es una caza de casualidad. Los cepos de bás-

cula de que ya hemos hablado, que están colocados siempre y en disposición de atrapar una pieza, son á propósito para esta clase de caza; en ellos cae todo lo que por encima pase.

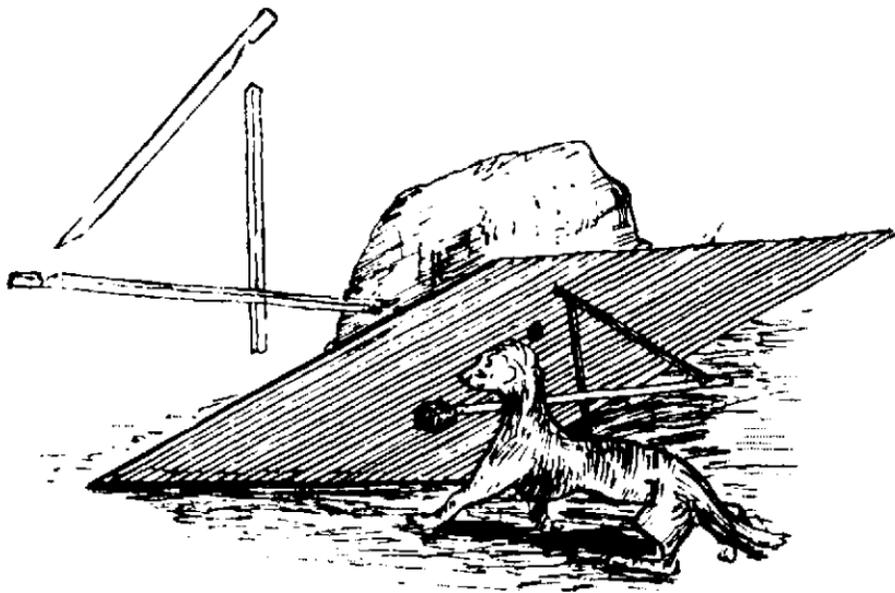
Cazando conejos al piado también acuden los meloncillos. No conocemos ninguna otra manera de cazarlos.

La mayor parte de los que se matan, que son muchos, es por casualidad, porque se tropieza con ellos cazando de cualquier manera. Donde se les halla se les da muerte; pero no se les busca con el propósito de cazarlos, porque es muy difícil dar con ellos.

Hemos oído decir que gustan mucho de la miel y hacen daño en los comelnares que están en las grandes manchas.

Este es uno de los animales que está llamado á desaparecer dentro de pocos años, si la tala de montes continúa desarrollándose en las proporciones que en la actualidad.

Una de las causas que más contribuyen á su destrucción son los incendios de los bosques, porque no tiene defensa en su agilidad, y rara vez el voraz elemento le da tiempo suficiente para ganar una madriguera de conejos ó tejones, y muere abrasado.



Trampa llamada chafa-alimañas.



LA GINETA

La forma de este animal también es parecida á la de la garduña, y el pelaje al del gato montés, con el que podría confundirse si tuviese como éste la cabeza gruesa y el hocico romo; pero la tiene ancha, junto al cuello, terminando en un hocico puntiagudo como el de la zorra.

Es un animal sumamente dañino, que causa muchos destrozos en toda clase de caza. Gústale establecer su guarida en los troncos de los árboles, en las cuevas de conejos y entre las raíces de las zarzas. Rara vez se la encuentra en terrenos áridos y secos, prefiriendo los valles pantanosos y las orillas de los ríos y estanques, por lo que hace una guerra cruel á los patos, rascones y gallinetas. También se alimenta de topos, ratas de agua, culebras, ranas, etc. Este animal se domestica fácilmente, y se dice que ahuyenta á las ratas con el olor penetrante que exhala á almizcle en ciertas épocas, especialmente durante el celo, ó cuando se irrita.

La caza se verifica como la de la garduña, siendo menos desconfiada que aquélla.

EL HEDIONDO

Tratamos de un animal sumamente pernicioso, cruel, ávido de sangre y de matanza, que, por fortuna, no es muy abundante. En Extremadura le dan el nombre de turón, que corresponde, como se sabe, á una especie de rata. Parece mucho al hurón, con el que, según unos autores, se cruza, y según otros, no.

Es muy arisco, y alguno que hemos tenido ocasión de ver, no ha podido ser domesticado, y mordía á cuantas personas ó animales se ponían á su alcance.

Su tamaño es como un hurón mediano, no tan largo y más robusto. El pelo es castaño oscuro en la raíz y negro en el extremo. La cola mediana; está cubierta de pelos negros, largos y fuertes. La cabeza y las patas son negras.

De dos ó tres glándulas que tiene junto á la cola exhala el olor pestilente que le ha dado nombre.

El hediondo caza de todo. Chupa la sangre de sus víctimas como la garduña, y aunque, según opinión de muchos autores, no hace en los gallineros y palomares los destrozos que causa este animal, pues se contenta con hacer una ó dos víctimas, lo cierto es

que en una ocasión un hediondo mató en una sola noche 30 patos ya grandezuelos.

Cuando tiene ocasión, y algunas veces la necesidad le obliga, se dedica á la pesca, en la que hace tanto daño como la nutria.

Nosotros hemos cogido un hediondo en una cueva de topos, cuya puerta se hallaba una pulgada solamente sobre el nivel del agua del río, y cuando había oleaje, por pequeño que fuese, quedaba debajo.

Como este animal puede introducirse por los agujeros pequeños, recorre las cuevas de los conejos y los extermina.

Habita lo mismo en los bosques que en los campos cultivados, en los troncos de los árboles, en los tejados, en los edificios ruinosos, en los pajares y en los graneros.

Una puerta de madera no es suficiente para resguardar un gallinero de las acometidas del hediondo; pues con sus fuertes dientes abre pronto un agujero, por el que pasa con facilidad.

Tiene una habilidad especial para comer huevos, de los que es sumamente goloso. Ábrele un pequeño agujero, y por succión saca lo que tiene dentro.

El hediondo es aún más desconfiado que la garduña, necesitándose mucho cuidado para colocar las trampas con que se pretenda cogerle. Sus salidas las suele hacer siempre por el mismo sitio, y en estos pasos deben colocarse los cepos cebados con huevos,

pájaros vivos ó cabezas de sardinas asadas, espolvoreadas con azúcar.

También se pueden cebar con panales de miel ó peras, ó manzanas en dulce.

En los cepos de báscula también se cogen muchos. Acuden al piado como todas las alimañas.

i

LA COMADREJA

También llaman á este animal papialbillo, porque tiene el cuello, la garganta y el pecho blancos.

El resto del cuerpo es rojo-oscuro, más claro en invierno que en verano. En las mejillas tiene una mancha oscura. Su longitud es de 16 á 18 centímetros y cuatro ó cinco de altura. La cola, que va adelgazando desde la raíz, tiene cuatro centímetros. Las orejas son redondas. El aspecto de este pequeño animal es el de un reptil cubierto de pelo. Es blando y elástico. Tiene la cabeza pequeña, y puede penetrar en las hendiduras más angostas y en las cuevas de las ratas y topos.

Es muy ágil; corre con ligereza, aunque cortas distancias, y sube á los árboles saltando de rama en rama.

Su instinto es por demás sanguinario; mata por el placer de matar, y se embriaga con la sangre y la carnicería. Enemigo terrible de las ratas y topos, los persigue á muerte, escapándosele pocos, pues no les vale refugiarse en sus agujeros, que allí va la comadreja á devorarlos. Puede ser domesticada, y presta grandes servicios limpiando las casas de ratones y

ratas, aunque no es muy agradable su presencia en las habitaciones, por exhalar un fuerte y desagradable olor á almizcle de unas foliculas que tiene cerca del ano.

Ataca á animales mucho más grandes que ella. Con facilidad se apodera de liebres y conejos, haciéndoles presa en la nuca.

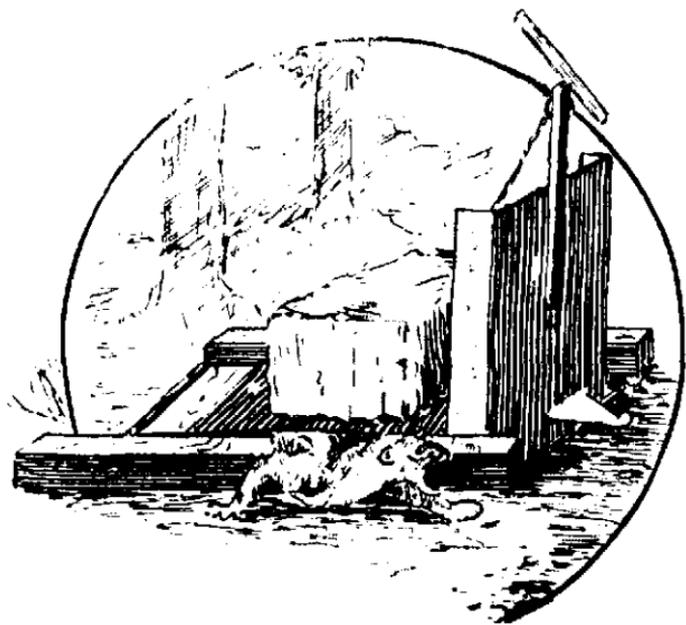
Caza de día y de noche.

Sorprende en los nidos á las aves, las mata, les chupa la sangre y come los huevos vaciándolos, haciéndoles un pequeño agujero, por el que introduce la lengua.

Algunas veces, cuando el hambre la acosa, no desdena la carne de animales muertos.

Hemos visto algunas comadreas de mayores dimensiones que las anotadas, y de pelo más claro; pero esto lo atribuimos á ciertas particularidades del terreno y de la abundante alimentación, y no creemos que sean las grandes comadreas, como le llaman algunos á la herminia ó armiño.

Cuatro enemigos tiene la comadreja, que matando muchas nos libra de unos animales que, si fuesen tan numerosos como dañinos, tendrían arrasados de caza los campos. Estos enemigos son el tejón, el perro, la cigüeña y las aves rapaces. Hase visto á una de éstas caer muerta desde una grande altura por una comadreja que llevaba en las uñas, y que se dió trazas á hacerle presa en el cuello.



Trampa llamada chafa-alimañas.



Las maneras que se usan para cazar comadreja son con escopeta y con cebo.

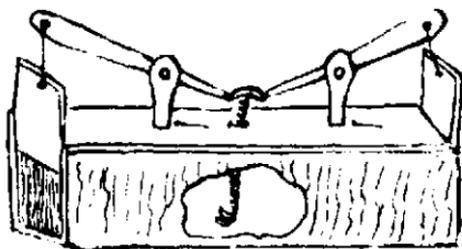
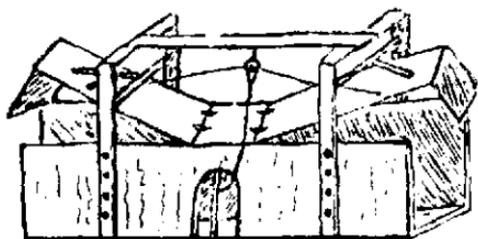
Sabido el sitio donde se esconde, se la espera á la salida, que se puede precipitar imitando el chillido de un conejo ó de un ratón.

Con cepos se cogen colocando uno de planchuela á la salida de la cueva, frotándolo con aceite de anís ó beleño, se cubre con paja y se le pone por cebo un huevo, una ciruela, un panal de miel ó un pájaro vivo.

Con los cepos de báscula también se cogen muchas.

Hay unos aparatitos para coger topos que se emplean con buen éxito en la caza de comadreas, aunque convendría que los destinados á ésta fúesen de mayores dimensiones. Cuando tratemos de las ratas y de los topos haremos la descripción de esas trampas.

Las comadreas salen de sus cuevas si se las inunda de agua.



Especie de ratoneras para alimañas.



LAS RÁTAS

Sería larga la tarea si diésemos extensa y completa descripción de todas las clases de ratas, y, siendo inútil para nuestro objeto, las incluiremos en el presente capítulo, haciendo notar las diferencias de más bulto.

La rata casera ó doméstica habita también en el campo cerca de la morada de los hombres. En las casas ya es demasiado conocida por los estragos que hace en las viandas, en los huevos de gallinas y palomas, en polluelos, patos y todas las aves de corral, y llega su atrevimiento y ansia de comer y destrozar hasta á acometer á los perrillos cuando están ausentes sus madres. En el campo habitan las mismas cuevas de los conejos, y matan y comen los gazapos. No dejan en paz á las codornices ni perdices en sus nidos.

Son fecundas como pocos animales, y serian una plaga que causaría la ruina de muchas comarcas, como sucede en algunos países, si la Providencia no hubiese puesto coto sabiamente á tan perniciosa fecundidad. Las ratas no pueden pasar hambre, y, cuando devoran todo lo que hay comestible, se matan y comen unas á otras.

Esa es la causa de que en ciertos sitios en donde abundan una temporada desaparezcan casi repentinamente.

Para poner coto á los desmanes de estos malignos animales, los mejores medios son valerse de buenos gatos y, sobre todo, de los perros terriers.

Éstos las persiguen con encarnizamiento, y aunque carecen de la agilidad y de la paciencia del gato, las suple ventajosamente con su inteligencia.

Nosotros poseemos alguno de estos perros, y en nuestra vivienda no se ha vuelto á ver ni una rata desde el día en que estuvo en nuestro poder.

También se exterminan con veneno; pero este medio es expuesto á envenenar animales domésticos. Si ha de hacerse uso del veneno, es conveniente poner en su comida bastante aceite crudo, sobre todo aquél si es fósforo.

Se usa un veneno que no es nocivo para otros animales, y consiste en miga de pan amasada con flor de azufre.

Dicen que se ahuyentan las ratas si se coge una viva, se le desuella un poco en el lomo, y se le introduce debajo de la piel un poco de pimienta picante y sal, cosiéndole después la cisura y soltándola. No hemos empleado jamás este medio por parecernos muy cruel.

Los cepos de báscula, las ratoneras de madera y de alambre, de las que existen muchas clases, los ce-

pos de topos, etc., sirven para coger ratas; pero hay que tener mucho cuidado, cada vez que se coge alguna, de lavar muy bien con lejía la trampa, y ahumarla; de otro modo no volvería á caer ninguna.

Hay en el campo una rata que tiene el rabo más corto que la casera y cubierto de pelo, terminando en una especie de borla. Habita en agujeros que hace en el suelo entre los montones de piedras y en los huecos de los árboles. Gusta mucho trepar por éstos y buscar nidos de palomas, tórtolas y mirlos, para comer los huevos. Al anoche suele empezar sus correrías, y es muy frecuente, cuando se está de acecho, sentir sus pisadas sobre las hojas secas, y sus chillidos persiguiéndose unas á otras.

Se coge como la anterior.

La rata de agua es del tamaño de la casera, pero de color más obscuro y de pelo más fino.

Habita en agujeros en las orillas de los arroyos; nada con facilidad y se sumerge por espacio de algunos minutos. Este animal es muy dañino; pues come con ansia las semillas, verduras y frutas, nidos de perdiz, de codorniz y de rascones de agua.

Se caza con cepos de topos.

EL TOPO

El topo es un animal organizado para vivir debajo de tierra. Su hocico largo, la carencia casi de orejas y de ojos, y las fuertes uñas de los pies delanteros, con los que en tierra arenisca y blanda hace un hoyo tan rápidamente que se sumerge, por decirlo así, como un ave acuática en el agua.

También sobre este animal ha habido controversias entre los hombres de ciencias.

El mariscal Vaillant prohibía que los guardas le diesen muerte. Toussenet dice que el topo es un animal horrible, feroz, una orgía continua de sangre, que le produce un éxtasis voluptuoso. Cuenta que un topo acometió á una niña desgarrándole un pecho. Han visto á otro coger ranas y comerlas, y de un tercero se sabe positivamente que mató dos perrillos de tres que estaba amamantando una perra.

En los jardines y huertas causan muchos destrozos, royendo las raíces de las plantas.

Hay en Francia cazadores de topos que viven de esa industria, y van buscándolos por huertas y sembrados. Los dueños de éstos los pagan ó gratifican.

La casa de M. Aurouze, de París, y la de D. Luis

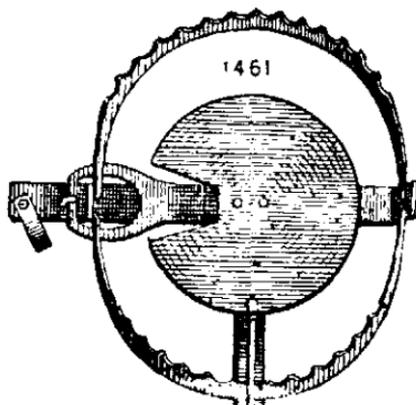
Vives, de Barcelona, tienen cepos de muchas clases para cazar topos. Nosotros poseemos alguno del sistema llamado de llave, que nos sirve á maravilla.

Está fabricado de alambre de acero de unos cinco milímetros de diámetro. Tiene unas vueltas parecidas al mango de una llave; termina por sus dos extremos reunidos, oprimidos uno contra el otro por la presión del muelle, que es el mismo alambre, y estos extremos están doblados en ángulo recto, dando al conjunto el aspecto de una llave.

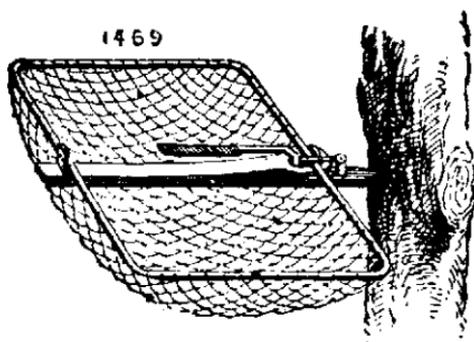
Un cuadrito de alambre más delgado se coloca entre los dos brazos, y, al tocar á aquél, pierde el equilibrio y éstos se unen rápidamente, cogiendo su presa.

También se cogen de la siguiente manera:

Sabido es que los topos, para arrojar fuera la tierra sobrante al fabricar las galerías, lo hacen por unos agujeritos que salen á la superficie, quedando sobre ellos la tierra amontonada. Si se quita esta tierra, la más fresca de todos los montoncitos, dejando el agujero descubierto, viene á poco rato el topo á taparlo. Clavando un cuchillo de modo que la punta quede perpendicular á la galería, y á distancia de 25 centímetros del agujero, y esperando sin hacer el más leve ruido, se verá al poco rato removerse la tierra en aquél. Es que el topo lo está tapando. Entonces se introduce rápidamente toda la hoja del cuchillo que, llenando la galería, cortará la retirada al topo, y se podrá coger con facilidad.



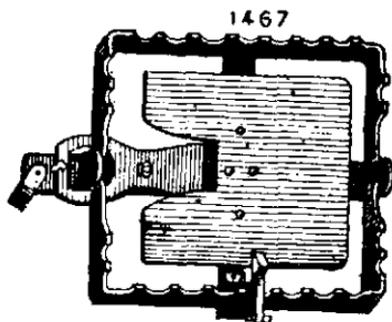
Cepo para comadreja, turones, etc.—**Pts. 8.**



Para pájaros según tamaño - **Pts. 6 y 9.**



Trampa para ardillas.
Pts. 7,60



Cepo para nutrias - **Pts. 22**



EL LAGARTO Y LA CULEBRA

Estos animales causan daños en la caza, el último especialmente. Se cogen muy bien con los cepos de los topos, con lazos de alambre ó de cerda, y con pequeños cepos de planchuela, colocándolos á la puerta de sus cuevas. Para cebo de la culebra se coloca un pajarillo, una rana, ó una pequeña lagartija, y para el lagarto un moscardón ó un pedacito de pan.

Uno y otra acuden al piado.

Antes de tratar de la caza de las aves de rapiña, diremos algunas palabras de un animal muy dañino, pero que es el brazo que ejecuta dirigido por el hombre. Nos referimos al hurón, ese bicho asqueroso, feroz y repugnante de que se valen los bastardos cazadores y los cazadores furtivos. Éstos practican esa clase de caza porque les produce más que la de la escopeta, y porque como se hace sin ruido, pueden burlar la vigilancia de los guardas.

En las noches de invierno, cuando las heladas molestan á los conejos, éstos buscan abrigo en sus madrigueras, que no abandonan hasta la venida del día.

Entonces es cuando los cazadores de matute hacen su avío huroneando los vivares.

La vigilancia de los guardas es casi inútil en estos casos. Si en las cuevas se colocan trozos de carne envenenada, córrese el riesgo de envenenar los perros. No se ha hallado mejor medio para que los hurones mueran que colocar dentro de las cuevas sardinas muy saladas, que, según se dice, son muy nocivas para los hurones.

Con la muerte de uno de ellos basta para que no se acerque ningún matutero por aquellos sitios.

LA CAZA DE ALIMAÑAS CON PERROS

Aparte del lobo y del zorro, no hay medio mejor para exterminar toda clase de alimañas que las cacerías de noche, ó rondas con perros amaestrados.

No todos sirven para el caso; pero llevando algunos cachorros con perros ya cebados en esa clase de caza, es muy fácil hallar alguno que tenga á ella afición decidida y en poco tiempo se encuentre en disposición de cazar.

Es condición indispensable que el perro tenga buenos vientos y alguna fiereza.

Los hemos visto muy excelentes de varias razas, y aun de razas indefinidas. Cuando se posee uno de estos perros, no hay más que tomarse el trabajo de ir con él de noche por los sitios frecuentados por las alimañas, y pronto dará con ellas, avisando con sus ladridos para que su amo vaya á matarlas.

En algunas dehesas de las inmediaciones de esta ciudad los tienen guardas y pastores, y los campos por donde éstos transitan se hallan casi limpios de aquellos animales.

En el pueblo de Santa Amalia hay un guarda que tiene dos muy buenos. Sale de noche á cazar, y lleva,

además de los perros, un hijo suyo, que sin duda la costumbre le ha hecho ver á cierta distancia en las noches más oscuras.

Cuando los perros encuentran una alimaña y va huyendo, se suben á un árbol, avisando con sus ladridos; el chicuelo la divisa, trepa y la arroja al suelo á palos, en donde los canes dan fin de ella.

El perro más famoso que hemos conocido en este país para rondar alimañas fué el *Llorón*, de D. Baldomero Díez Encresotas, que nos lo prestó muchas veces.

Era un podenco grande, feúcho y destartalado. En cuanto pasaba por el rastro de una alimaña la seguía cuidadosamente, y, con tal tenacidad, que en algunas ocasiones era desesperante, porque no había medio de llevárselo de allí, aunque transcurriesen horas. Cuando el rastro se confundía por haber dado la alimaña muchas vueltas sobre él, iba olfateando los troncos de todos los árboles, hasta que daba con aquél donde estaba ó había estado; de un salto subía, y registraba de rama en rama hasta lo más alto. Si ya el animal no estaba allí, se bajaba de aquel árbol, y buscaba nuevamente hasta dar con él, y entonces avisaba con sus ladridos. Era tan valiente este perro que en una ocasión luchó solo con un lobo cerval, y le dió muerte, saliendo de la refriega él tan malherido, que tuvieron que llevarlo á casa atravesado en una cabaillería.





Biblioteca Después de la victoria. España





Este pobre animal, que además de ser notabilísimo para la caza de alimañas, lo era para jabalíes y venados, y lo mismo perseguía à uno de aquéllos, que *paraba* una codorniz, ó cobraba una perdiz de ala, tuvo una muerte trágica indigna de su mérito. Unos criados que lo llevaban á un cortijo lo ataron á la ramera del carro con varias yeguas, y, éstas á patadas y el carro arrastras, dieron fin de él.

Aconsejamos, pues, á los dueños de cotos que, si los quieren ver libres de animales dañinos, se provean de esos perros, en la seguridad de que sus guardas con el incentivo del producto de las pieles no han de dejarlos ociosos.



Aguila común.



LAS AVES

Hállanse entre las aves animales tan perjudiciales como los más nocivos de los cuadrúpedos, y hay también muchos que son perseguidos, cuando deberían ser respetados por las grandes utilidades que reportan.

Algunas veces en este punto se hallan encontrados los intereses de los cazadores con los de los agricultores. De las instrucciones que vamos á dar aprovechéense los que las necesiten.

Para no contradecir el título de esta obra, debiéramos limitarnos á consignar la manera de perseguir á las aves que nos parecen dañinas; pero obedeciendo á un criterio más amplio, nos proponemos, con la mayor brevedad y concisión posibles, señalar aquellas aves que deben ser respetadas y su reproducción protegida, para que nuestro libro llene por completo su cometido, su objeto final, que es la protección de los intereses del campo y de la caza en particular.



LOS BUITRES

Pocas aves habrá que reporten más beneficios al hombre que estos groseros, glotonos y asquerosos animales. La pintura que de ellos hace el conde de Buffón, no puede ser más exacta ni más gráfica. Sin embargo, esas aves inmundas limpian la tierra de carnes infectas y corrompidas, evitando el desarrollo de terribles enfermedades.

No tienen agilidad para apoderarse de animales vivos, ni afición á la carne palpitante, y si bien se ha

visto á algunos, especialmente á los gipaetos ó quebrantahuesos, devorar liebres y conejos, ha sido en rarísimas ocasiones, y esto ha podido suceder arrebatándoselos á otras aves. Lo que está probado plenamente es que los gipaetos no comen carne de aves, aunque estén hambrientos.



Aguila real.



EL ÁGUILA REAL

No podemos resistir á la tentación de publicar la descripción hermosísima que D. Antonio Orio hace de este notable animal.

«Las especies de este género (*aquila*), notables por su energía muscular y por su potente vuelo, son el terror de los mamíferos y de las aves, las cuales puede decirse constituyen su principal alimento. Para apoderarse de estos seres, no sólo cuentan con su fuerza y vista perspicaz, sino que, en muchos casos, emplean la astucia; espían la presa desde las más altas regiones de la atmósfera, y cuando se han hecho cargo de su dirección, descienden y se posan sobre las rocas más abruptas del paisaje, desde cuyo punto la observan sin perderla un momento de vista; pero cuando el animal se encuentra, digámoslo así, á su alcance ó á tiro, se precipitan sobre él con la velocidad del rayo, lo levantan del suelo por medio de sus robustas garras, y se lo llevan al punto de donde habían partido para devorarlo con tranquilidad.»

.....

«Pocos cazadores ha habido y hay que puedan vanagloriarse de haber dado muerte á uno de estos re-

yes de las aves. El águila de Júpiter no se deja matar como un simple volátil, pues casi siempre la vemos entre las nubes, atravesando majestuosamente los cielos. Por encima del águila no puede volar ningún ser viviente; entre ella y el sol no hay nada, como dice el sabio cazador naturalista Ch. Boner. En esta región es donde descansa, sobre sus anchas y poderosas alas, doradas por los rayos del sol; desde esta prodigiosa altura, desde este desierto sin límites, observa nuestro planeta, mira con una vista tan penetrante, que llega á lo sobrenatural, y examina todo lo que existe á muchos miles de pies debajo de ella. Nada se oculta ni escapa á su perspicacia, la cual puede compararse al ojo profético de un adivino.»

El águila real, la imperial y otras, anidan en las rocas más escarpadas é inaccesibles. Para acercarse á sus nidos, es preciso trepar por profundos y peligrosos barrancos, ó descender sujetos por fuertes cuerdas.

Las águilas los defienden valerosamente, siendo preciso ir muy prevenidos para evitar sus ataques.

En una ocasión, el célebre cazador D. Manuel de la Torre fué herido de una manera tan cruel, que estuvo en poco no le costase la vida.

El águila imperial, cuyo número es bastante escaso en España, tiene casi las mismas costumbres que la real.

El ave de San Martín y el cenizo, son también semejantes en sus costumbres y en su plumaje; pero la





El águila cazando gamuzas.



primera es más grande que la segunda. Esta, á la que se da también el nombre de águila ratera, hace mucho daño en la caza. A la llegada de la primavera se presenta en España, y desaparece á mediados de Julio. Se las ve cazar por parejas, casi rasando el suelo; la hembra se diferencia del macho en que es parda, y éste ceniciento, aunque algunas veces puede confundirse con la hembra el macho joven, pues tiene el plumaje del mismo color.

He tenido ocasión de observar con detenimiento este ave, y conocer muchas de sus costumbres. Cuando se ve una pareja cazar muy frecuentemente en un sitio, pasar y repasar rozando las matas, y bajarse al suelo, téngase por seguro que está allí el nido. Anidan en el centro de las matas, no ocultando los huevos, como hacen las perdices, sino dejándoles descubiertos. La postura es de cuatro á seis, de color blancuzco con pintas pardas. Escogen los montes que no son muy espesos, siempre los valles ó laderas, nunca las cumbres de los cerros, y cuando una pareja ha anidado en un punto, vuelve á él todos los años.

Se pueden coger las hembras poniendo lazos en sus nidos. Para encontrarlos basta esconderse bien debajo de una mata, en los sitios por donde las águilas transitan y observar dónde se posan; pero teniendo presente que algunas veces lo hacen sobre las ramas de las matas, hay que esperar que se pongan en

el suelo. Cuando esto hacen, vaya el cazador en la seguridad de que, no solamente hallará allí el nido, sino que el águila le dejará acercarse hasta poderla dar con un palo.

Cuando las águilas rateras vuelan altas y despacio, en una dirección fija, es porque llevan alguna pieza de caza á sus polluelos. Tengo la costumbre cuando pasa por encima de mí, á mucha altura, una de estas águilas, si es por la tarde, á la puesta del sol especialmente, dispararla un tiro, y si me da tiempo de cambiar el cartucho, con munición gruesa. Así como es rarísimo matarla, á causa de la gran distancia, es también raro que el águila no suelte lo que lleva en sus uñas, que suele ser un gazapillo muy pequeño, un ratón y, más frecuentemente, un pajarillo robado en un nido. La manera mejor de exterminar estas aves, así como todas las de rapiña, es matándolas en sus nidos cuando están empollando. Se reúnen tres ó cuatro cazadores y, cada uno por un lado, se van acercando lentamente, ocultándose entre los árboles, al sitio donde está el nido, hasta ponerse á tiro. Los guardas de campo deben saber dónde anidan estas aves; pero si no se puede contar con un guarda que enseñe, es fácil hallar estos nidos guiándose por el continuo piar de los gorriones, que para librarse de sus muchos enemigos, anidan en el mismo árbol, y aun en el mismo nido que las águilas, buzos y milanos.

El águila real, la imperial, la perdicera, la blanca, la calzada ó aguilucho, y la pescadora, anidan en los árboles ó en las rocas; la aguililla de laguna, el ave de San Martín y el cenizo, en el suelo.

El águila real acude al reclamo; al piado del conejo, y, sobre todo, al del pollo ó de la gallina. Cuando se ve un águila volar á distancia donde se pueda oirla, se esconde el cazador debajo de las matas ó de una encina, y piando como cualquiera de aquellos animales, sentirá pronto el ruido del águila al bajar rápidamente describiendo grandes círculos, y podrá dispararla cuando se ponga á tiro.

Si se sabe la hora en que el águila pasa por un sitio, hágase un aguardo lo más disimulado posible si no hay encinas que puedan ocultar al cazador, y colóquese á corta distancia, en el suelo, una gallina, una paloma ó una perdiz, atada por una pata á una estaquilla y por la otra á una cuerda que va á la mano del cazador, quien tirará de ella de vez en cuando, para que el ave se mueva y se deje ver con facilidad de las águilas.

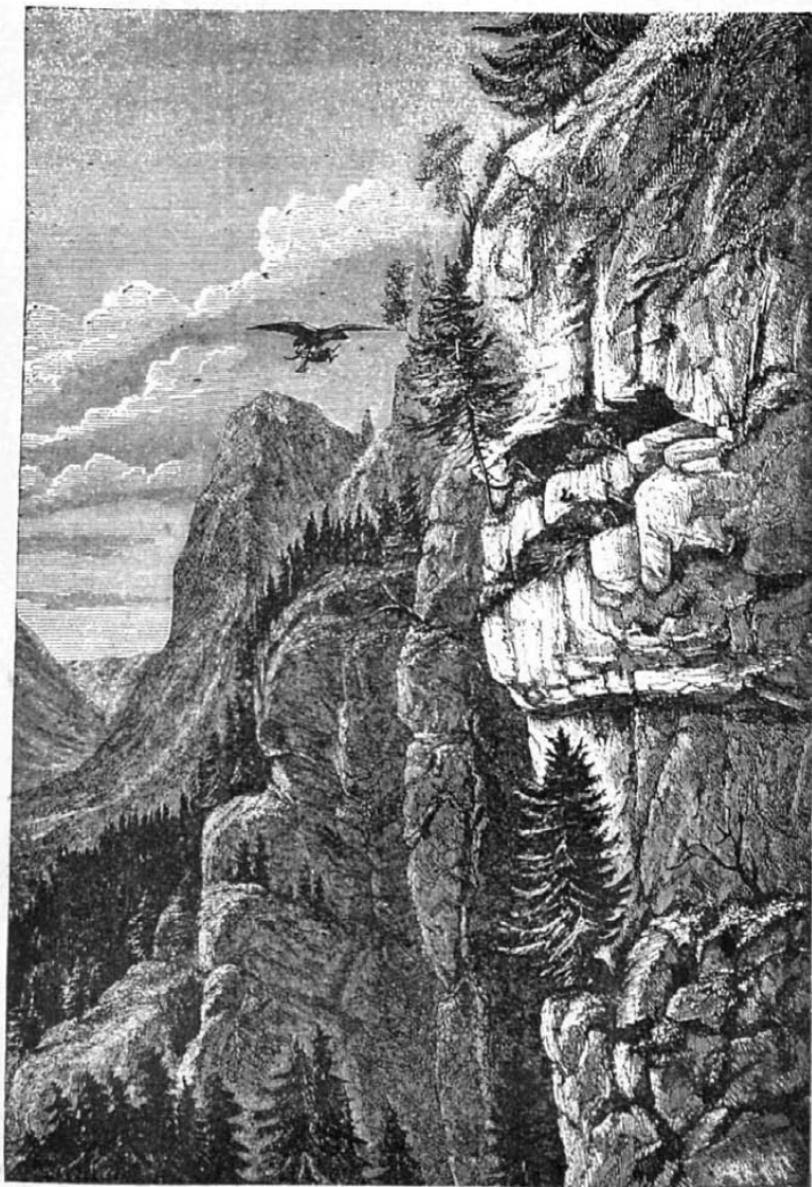
La real come también carne muerta, aunque no es muy de su gusto, prefiriendo la de corderillo á toda otra, por lo que algunas veces se matan, poniéndolas ese cebo; pero es preciso que el aguardo esté muy bien hecho y disimulado. El cazador debe meterse en él antes de la salida del sol; de otro modo corre el riesgo de ser visto por las águilas, que á esa

hora empiezan á cruzar el espacio. Tampoco debe dispararse sobre los buitres, los milanos y otras aves que acudan á la carniza; hay que esperar que baje el águila... que no baja siempre.

Se cogen con cepos, poniendo por cebo una paloma, un polluelo ó un conejillo.

También se cogen con lazos, sujetando el cebo en el suelo y fijando tres ó cuatro lazos á estacas ó piedras, de modo que rodeen el cebo y en dirección vertical á la tierra.

Hay una clase de lazo muy mortífero para toda clase de aves de rapiña, y es sencillamente el que los matuteros usan para coger perdices, con una leve modificación. Clávense en el suelo, sólidamente, dos estaquillas de madera con un pequeño gancho á manera de escarpia, de modo que estos ganchos queden á 10 ó 12 centímetros sobre la tierra, guardando la misma distancia entre sí. Clávese á 25 ó 30 centímetros de estas, en línea recta del centro de aquella distancia, una varita de madera flexible, una varilla de paraguas, etc., á cuyo extremo superior va una cuerda que, á 20 ó 25 centímetros, lleva atada una pequeña estaquilla de madera. Póngase de travesaño por debajo de los ganchos de las estacas ó escarpias, un palo delgado, tírese de la estaquilla de la cuerda, haciendo doblar la varilla, hasta que aquélla quede por la parte de atrás empujando el palo que sirve de travesaño; póngase otro travesaño por debajo del



El nido del águila.



primero, al lado opuesto, y apoyando en él la punta de la estaquilla, quedará ésta sujeta y, por lo tanto, la varilla doblada haciendo fuerza. Si se oprime un poco hacia abajo el travesaño inferior, queda en libertad la estaquilla, y la vara tirará hacia arriba hasta quedar derecha. Si sobre el segundo travesaño se apoyan los extremos de unos palitos y los otros en tierra, y si á la estaquilla de la varilla se añade una cuerda ó alambre en forma de lazo tendido sobre estos palillos, cuando un animal cualquiera los pise, se correrá hacia abajo el travesaño, la estaquilla quedará en libertad, la varilla volverá á su posición y el lazo se cerrará, cogiendo la pieza. Este es el lazo de coger perdices, que, como se ve, se dispara oprimiendo el disparador de arriba abajo; pero, como el águila, al tomar el cebo lo levanta y, por tanto, la fuerza es de abajo arriba, no tendría efecto si no se le hiciera la siguiente modificación:

Clávese en el suelo, entre las dos escarpías, otra más pequeña, cuyo gancho llegará á la superficie de la tierra; átese el cebo con una cuerda, pásese ésta por debajo del gancho de la escarpía pequeña y átese la otra punta al travesaño inferior. Después colóquese el lazo sobre el cebo, y se comprenderá que si tiran de él hacia arriba, la cuerda tirará hacia abajo del segundo travesaño.

Este aparato puede montarse todo sobre una tabla y llevarlo al campo preparado.

Si no hubiera animales vivos para el cebo, se colocan muertos, dándoles la posición mejor para que parezca que están vivos, y aun puede servir una piel de conejo rellena de papel, de hierba ó de paja. Un día coloqué tres ó cuatro lazos cebados con pieles de conejos rellenas de papel. Levantóse una borrasca de agua y viento que me trastornó los lazos, y cuando fui á revisarlos, hallé dos de las pieles con grandes agujeros detrás de las orejas, por los que asomaba el papel. No pude menos de reirme considerando la *cara* que pondrían las águilas al encontrarse con *La Correspondencia de España* donde pensaban hallar sabrosísimos sesos.



La ardilla en peligro.



LOS BUZOS

Llámanse, según Orio, pella en Sevilla, arpella en Valencia, aligat en Cataluña, alfancque varios naturalistas, buzo común ó buzo cambiante (1) y mioto, d'aza y milhano en Portugal.

En Extremadura confunden á estas aves con las águilas; pero hay entre unas y otras diferencias notables.

La más visible es la forma del pico. El águila lo tiene recto desde la base, y muy encorvada la punta, y el de los buzos empieza la curva desde el nacimiento. Tienen además en la cera, junto á los orificios nasales, algunas cerdas rígidas dirigidas hacia adelante.

El buzo es un animal de forma tosca y pesada. No persigue á su presa al vuelo, sino que se mantiene inmóvil sobre un árbol ó un peñasco en las lindes del monte, y espera que una pieza de caza se le ponga á tiro para dejarse caer sobre ella con una rapidez de la que se le creería incapaz. Si no se apodera de ella no la persigue, como hace el águila.

(1) Se llama así, porque no sólo cambia con la edad el color del plumaje, sino que varían tanto, que es raro hallar dos enteramente iguales.

Los buzos han dado ocasión á algunas polémicas entre los naturalistas sobre si son animales útiles ó dañinos.

El doctor A. E. Brehm toma muy á mal que el director de un museo alemán matase durante la primavera de 1854 catorce ó quince buzos diariamente, pues dice que son animales muy útiles para el hombre. Asegura que sólo por una rareza se apodera de una liebre, siendo incapaz de coger una perdiz. En cambio, añade, hace tan prodigioso consumo de pequeños roedores, que, según Lentz, una pareja de buzos con su cría destruyen cada año 50.000.

Pero el inspector de montes Meyerink le sale al encuentro, y con datos recogidos por él mismo, dice que los buzos se apoderan de cervatillos, liebres, faisanes jóvenes y perdices viejas. En muchas partes el buzo, como el zorro, no caza múrídos sino cuando no tiene otra presa á su disposición, habiendo observado que en Silesia, en cierta época, causaban grandes estragos en los campos los ratones, y los buzos, en vez de dedicarse á darles caza, estaban siempre de acecho á las liebres, faisanes y perdices, y que muertas muchas de aquellas aves, era muy raro hallarlas alimentadas con ratones, encontrándoles á casi todas piezas de caza.

Nosotros podemos asegurar haber visto buzos cazar liebres y perdices, y en los muchos nidos de estas aves que hemos examinado, encontramos casi





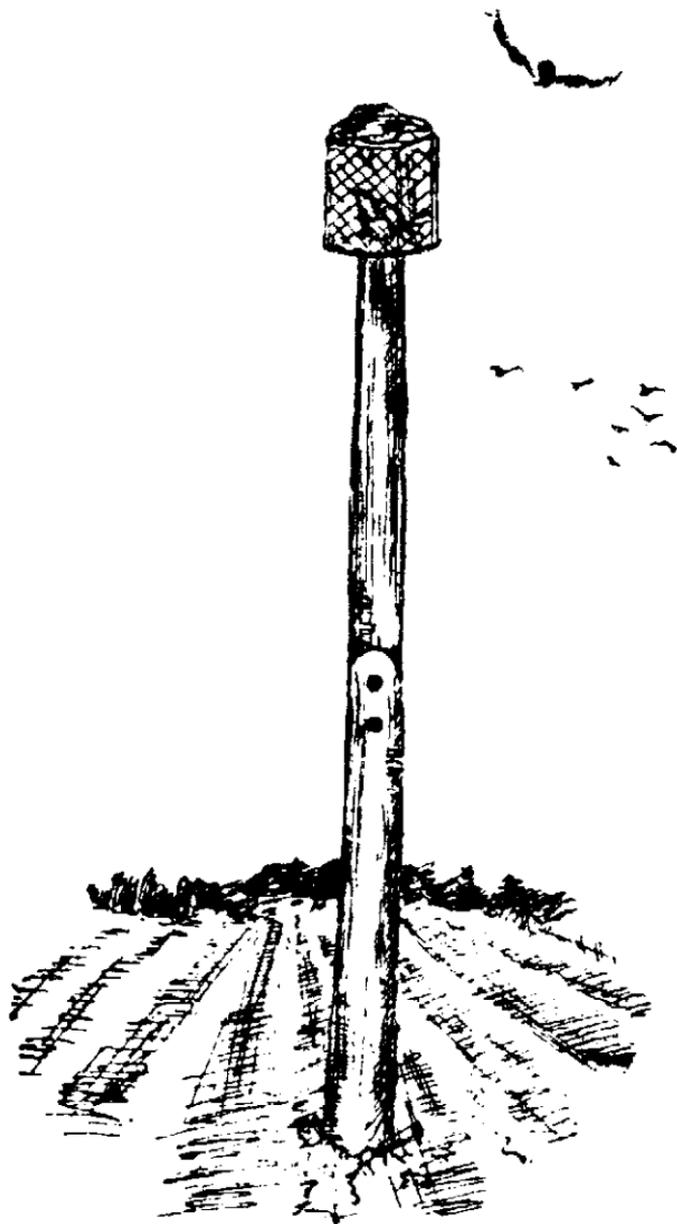
La zorra en el nido del águila.



siempre restos de aquellos animales, por lo que creemos que son animales dañinos.

El buzo gusta menos que el águila de la carne muerta.

Se caza lo mismo que las águilas.



La mejor trampa para coger toda clase de aves de rapina.





Manera de funcionar la trampa para coger aves de rapina.



LOS HALCONES

En la antigüedad eran éstas unas aves muy estimadas para la caza, á las que los reyes y nobles se dedicaban con gran ardor. Hace muchos años que en Europa dejó de cazarse con halcones, y hoy parece que vuelven á ponerse en boga en Francia y en Alemania.

Todo cazador debe leer el *Libro de la caza de las aves*, escrito por el sabio canciller Pero López de Ayala en el siglo XIV. En esta obra se da á conocer, más que en otra alguna, la importancia que en aquellos tiempos, tuvo el arte de la cetrería.

Hasta que la afición á esta clase de *sport*, como ahora se dice, aumente de un modo considerable, lo que es difícil, preciso es considerar á los halcones como animales dañinos, y, por lo tanto, perseguirlos.

Es el halcón un ave noble, un tirano, sí, de todo cuanto vuela; pero no es un tirano feroz y sanguinario, porque sólo mata para satisfacer una necesidad.

Los halcones arrebatan su presa valiéndose de su ligerísimo vuelo y de sus poderosas garras; tiene grandes dificultades para tomarla sobre el suelo ó

sobre el agua (especialmente el halcón común, real ó peregrino), de tal suerte, que una perdiz posada en una llanura ó un pato en el agua, están más seguros de los halcones que si se hallasen dentro de una jaula; pero si se levantan sólo algunos centímetros, caen en su poder sin remedio.

Por eso el único cepo á propósito para cazarlos es el que se coloca sobre un poste, cebado con un pichón, una perdiz ó una codorniz.

También se cogen con lazos, preparándolos como para las águilas; pero han de colocarse sobre algo que los levante un tanto del suelo.

Es muy casual ponerse á distancia de un halcón peregrino para poderle matar de un tiro.

Es muy dudoso que se acerque al gran duque.

El *alcotán* se caza como el halcón peregrino, y ataca con gran energía al gran duque, y lo mismo el esmerejón.

El cernícalo, primita de Sevilla y Málaga, lagarteiro y peneiriño de Galicia, penneiro, milhafre de Portugal, y muxet, zuriquer de Cataluña (1), es un ave benéfica que todo el mundo respeta y protege.

El número de ratones, sabandijas, langostas y moscardones que un cernícalo devora, es increíble.

(1) *La Naturaleza*, por D. A. Orio.



El halcón cazando liebres.

LOS AZORES

Algunos naturalistas comparan al águila con el león. Extendiendo nosotros la comparación á otras aves, podemos decir que el halcón es el perro y el azor el tigre.

Efectivamente, el azor es un ave que arrebatada, mata y despedaza por el placer de hacerlo, siendo, por lo tanto, de las más perniciosas. Es casi indomable, y en Europa pareció perdido el secreto de domesticarla y adiestrarla para la caza, como se hacía cuando el arte de la cetrería se hallaba en todo su apogeo, y como se adiestra hoy entre los árabes para la caza de liebres y gacelas; mas no ha debido perderse por completo, cuando un noble francés, grande aficionado á esta clase de *sport*, hace respetar con gran cuidado los nidos en sus posesiones, enviando los polluelos á las halconerías de Francia y de Inglaterra.

Se caza como las águilas y los halcones, dándose muy bien al gran duque.

El esparavero es un pequeño azor, muy valeroso y que desconoce el peligro cuando se empeña en per-

seguir á las alondras, codornices, perdices jóvenes, etc., hasta el punto de quedar encerrado en las habitaciones siguiéndolas. Es un espectáculo curioso ver á una de estas ligeras y valientes aves perseguir á un bandada de tordos. Las evoluciones que éstos hacen, como si el número tan considerable de que se compone obedeciese á un solo impulso y á una voluntad, son admirables. Mientras todas las avecillas vuelan unidas, el esparavero no puede cazarlas; pero en el momento en que un desgraciado tordo se aparta de los demás, es arrebatado.

Se caza como el anterior.





Lucha de bandidos y salvación de un inocente.



LOS MILANOS

Siguiendo la comparación anterior, diremos que el milano es la hiena de las aves, por su afición á la carne putrefacta. Si ésta fuese su único alimento, resultaría tan útil como el buitre; pero es aficionado á todo, y lo mismo se harta sobre una carniza que devora gallinas, perdices, liebres y conejos.

Luis XIII, de Francia, los cazaba con halcones, y desde entonces en aquel país se llama milano real al milano pardo. Este y el negro se cazan con el gran duque y con cepos y lazos, según se ha dicho.

Terminaremos el capítulo de las rapaces haciendo constar que en todas ellas el macho es como un tercio más pequeño que la hembra.

LOS CUERVOS

El cuervo es aficionado á la carne muerta, que descubre prontamente valiéndose de su fino olfato; pero también destruye los nidos de perdices, faisanes, codornices, etc., y devora los polluelos. Las frutas no se hallan libres de su rapacidad, causando grandes daños en los melonares.

Acomete con tenacidad al gran duque, y se caza además con cepos y lazos cebados con trozos de carne.

Las cornejas también son perjudiciales para la caza y las frutas, y acuden al gran duque.

EL GRAJO COMÚN

En Extremadura llaman á este pájaro gallo de monte; en Castilla y casi todas las provincias de España arrendajo (1); en Galicia pega-marza; en Valencia gayo; en Cataluña gatx; en Portugal gaio-*Garrulus glandarius*, Vieillot, etc. (2).

Es de las aves más nocivas. Su instinto de destrucción la impele á buscar constantemente pajari-
llos que matar y nidos que destruir. Aunque algo arisca, se la mata con facilidad á tiros atrayéndola al piado ó persiguiéndola en los bosques, ocultándose el cazador detrás de los troncos de los árboles.

-
- (1) En Ciudad Real dan el nombre de arrendajo al picamaderos
(2) *La Naturaleza*, por D. A. Orio.

LA PICAZA

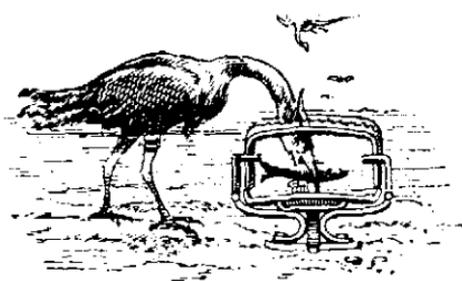
La picaza silvestre, cenicienta de Buffon, pega reborda gris, alcaudón de Castilla, es el ave más valerosa que se conoce. Poco mayor que una alondra, no permite acercarse á su nido á ninguna otra, aunque sea mucho más poderosa. Ahuyenta á las urracas, cuclillos, etc. El halcón y el azor la evitan; el milano la teme. Es increíble el valor y la furia de este animal y la destreza que demuestra para aprovechar el acerado pico de que se halla armada. Hase visto á un alcaudón atacar á un buzo y caer muerto juntamente con su enemigo. Por noticias fidedignas suministradas por personas de gran respetabilidad, hemos sabido que una pareja de alcaudones atacó á una gran avutarda, á la que dieron prontamente muerte, metiéndose cada uno debajo de un ala y desgarrándola, sin que pudiera defenderse.

Estas aves tienen la singular costumbre de clavar su presa, lo mismo pajarillos que langostos, etc., en los árboles espinosos, con la particularidad de que á todos los empala por la cabeza.

Contra el alcaudón se usa con buen éxito la escopeta. Se cogen muy bien con liga, colocando muchas varetas sobre una jaula, en la que se encierran uno ó varios gorriones.

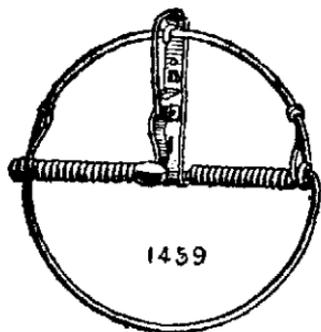
Hay varias clases de alcaudones, como son el real, que es el mayor, el calcidrán, el desollador, y todos tienen casi las mismas costumbres.

El rabilargo, mojino, rabudo, picaza azul, no tiene el valor que el alcaudón, y aunque reunidos en bandadas de seis ú ocho acometen algunas veces á los pequeños pajarillos y á los nidos de otras aves, no son muy dañinos, porque, en cambio, consumen gran número de gusanos.

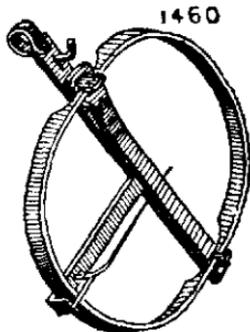


1462

Cepo para garza real y aves parecidas.—Pts 30.

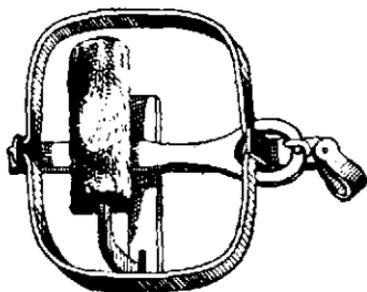


1459



1460

Cepo para cornejas.—Pts. 6. Cepo para cornejas y urracas.
Pts. 10.



1463

Cepo para urracas, buhos y demás aves de rapina.—Pts. 6.



LA URRACA

Picaza (Castilla); urraca, marica, pega (Andalucía, Extremadura); blanca, urraca, picaraza (Valencia); graja (Murcia) (1).

No consiste solamente en las costumbres de los animales el que sean más ó menos dañinos. Entra por mucho la abundancia ó escasez de ellos.

El halcón peregrino y el azor, por ejemplo, son muy perjudiciales; pero como no es grande su multiplicación, los daños que ocasionan no son considerables.

Pero la urraca, más que ninguna otra ave, se multiplica de una manera prodigiosa, y por poco daño que cause el individuo, la *colectividad* los causa enormes. Añádase á esto que es un ave de las más perjudiciales, y podrá calcularse lo que destroza.

En el momento en que se escribe este libro, hay en toda la provincia de Badajoz una verdadera plaga de urracas, plaga que demuestra el descuido y la ignorancia de los que tienen intereses en el campo, que contra ellas no se precaven.

La urraca en todo tiempo destruye gran cantidad

(1) *La Naturaleza*, por D. A. Orio.

de gusanos; pero los beneficios que con esto proporciona nada son si se comparan con los perjuicios que acarrea á la agricultura y á la caza.

Es un animal inteligente y maligno que se complace en hacer mal. Nada escapa á su perversa travesura. Los nidos de otras aves le sirven de alimento, y si no tiene hambre, por gusto se entretiene en romper los huevos. Persigue, mata y come los ojos á los pajarillos, polluelos de gallina, faisanes y perdices. Picotea las madrigueras de los conejos y saca los gazapillos para matarlos; destroza las uvas, los bruños, las manzanas y toda clase de frutos; taladra y cae la bellota, comiendo una mínima parte; se harta de trigo, garbanzos y maíz, que vomita cuando está repleta, y entierra para que nadie lo aproveche, y vuelve de nuevo á hartarse para repetir la operación.

Es sumamente curiosa: se entera de cuanto le parece extraño en el monte, y si es cosa rara, llama á sus compañeras, y juntas revolotean alrededor de lo que les llama la atención, aturdiendo con gritos singulares. Con esto favorece muchas veces al cazador, que por ellas descubre el sitio donde está encamado un animal bravío, sobre todo si es un lobo, una zorra, una garduña, etc.

El mejor medio para destruir las urracas, dice M. de la Rue, es la escopeta, aunque ha oído decir que también se cogen con liga.

Nosotros, obligados á combatir á estos molestos

animales, hemos aprendido á cazarlas de varios modos.

Con la escopeta se matan de acecho cerca de un animal muerto; pero no merece la pena estar horas y horas ante una carniza para matar media docena.

La urraca acude al gran duque, y llama á sus compañeras en cuanto lo divisa; pueden matarse muchas valiéndose de este engaño; pero es más fácil, más barato y más divertido con varetas de liga que se colocan en arbolillos ó en cardos secos preparados al efecto, y puestos á cuatro ó seis metros del gran duque.

Puede substituirse á éste con una zorra ó una ginetas vivas ó disecadas, ó con un hurón metido en una jaula de alambre, y aun con un gato doméstico.

Es también muy divertida la caza con liga y cucuruchos de papel. Hecho un cebadero en un estercolero, se preparan unos cucuruchos de forma cónica, de papel fuerte y obscuro, se les unta por dentro con liga, poniéndole en el fondo unos granos de trigo, un garbanzo ó una aceituna. Después se hace un hoyo y se mete en él el cucurucho. La urraca, al tomar el cebo, se pega el papel sobre los ojos, y faltándole la vista y la respiración, vuela desatentada, haciendo rarísimas evoluciones, hasta que cae en tierra rendida ó se aplasta contra un árbol.

Esta forma de cazar es aplicable á los cuervos, grajos, chovas, etc.

El modo más seguro de exterminarlas es con ve-

nenos. Si se envenena un animal muerto, acuden á él muchas; pero ya hemos dicho que esto es expuesto á envenenar animales domésticos y aun personas, por lo que aconsejamos que no se use.

La manera mejor de envenenarlas, sin riesgo alguno, es con trigo y maticán, ó sea nuez vómica.

Un amigo nuestro, á quien molestaban mucho las urracas en su coto, preparó trigo que desparramó en los barbechos cerca del monte. Murieron casi todas; pero también murieron las perdices. Para evitar esto hay dos medios seguros y muy sencillos.

Se hacen cebaderos de unos puñados de paja y trigo ó cebada en distintos sitios, cerca de la casa de campo, donde no lleguen las perdices. Todas las mañanas y tardes se revisan, y se ceban de nuevo si las urracas han comido. Cuando se tenga la certeza de que acuden muchas, se les pone entre la paja trigo envenenado. Al obscurecer se cubren los cebaderos con monte, y al amanecer se destapan. Cuando ya no acudan urracas se cubren bien con tierra.

Estas aves acuden en gran número para comer gusanos y semillas á las tierras cuando las están labrando. Para envenenarlas se da un surco á 40 ó 50 metros de donde los hombres están arando, y se echa en él trigo preparado. Por la tarde, al retirarse los trabajadores, entierran el trigo, pasando á rastras el arado sobre aquel surco. Al siguiente día se repite la operación.



El Bue.



EL GRAN DUQUE

Después de las rapaces diurnas, hemos debido tratar de las nocturnas, siguiendo el orden establecido generalmente por los naturalistas; pero para mayor claridad dejamos éstas para el final de nuestra obra, y por ser este género de aves de muy poca importancia en lo que á lo perjudiciales se refiere. Describiremos al gran duque, más que por lo notable que es como ave perjudicial, por los servicios que presta á los cazadores.

«*Buho europeus* (Linneo). Buho grande, buho real, brufol (Valencia). Sosiquer, gamarús (Cataluña). Bufo corujão (Portugal). Gran duque ó duque (Francia). Duco ó dugo (Italia), etc.

Color general ondulado de amarillo rojizo y negro por encima; las partes inferiores de un amarillo ocráceo, con manchas longitudinales pardo negruzcas y rayas finas y transversales en el vientre y costado, garganta blanquizca, pies cubiertos hasta las uñas de plumas de color rojo amarillento, pico de un gris azul oscuro, iris de un rojo naranjado vivo.

La hembra difiere del macho, no sólo por ser de mayor tamaño, sino también por el color más claro de su plumaje; los hijuelos son por lo común amari-

lentos. El macho adulto tiene 0,77 m. de largo por 1,55 m. á 1,76 m. de punta á punta de ala; la longitud de ésta es de 0,45 m. y la de la cola 0,25 m. á 0,28 m.

El buho real es la estrígida más notable de las rapaces nocturnas. Habita en las montañas y en los bosques de pinos y abetos. A veces suele alejarse de los sitios en que vive de preferencia, viéndose sorprendido por la luz del día de tal modo, que no puede volver á encontrar su retiro. Estas excursiones le son generalmente fatales, á causa de que en cuanto lo ven las aves pequeñas empiezan á reunirse y á gritar alrededor de él, cuyo ruido llama la atención de los cazadores y aldeanos, que no pierden la ocasión de hacerle alguna jugarreta. Si sale en cuanto empieza el crepúsculo de la tarde, le aperciben los buzos, los cuervos y el águila real, su más cruel enemigo, y le declaran la guerra en seguida; los buzos y cuervos dan el grito de alarma, le rodean y se lanzan con ímpetu sobre él para cortarle la retirada; pero el buho real resiste estos ataques con tanto valor y obstinación, que les obliga á alejarse. Aquellas rapaces comprenden que es la hora en que las aves nocturnas recobran todas las ventajas inherentes á su género de vida, la vista, la agilidad y la fuerza, no siendo prudente el prolongar los ataques.

El águila real traba terribles combates con el buho grande cuando le encuentra en las rocas ó en los bos-

ques; la primera, que es la que siempre provoca, se lanza con violencia sobre su adversario; éste, cuyo valor y fuerza no ceden en nada al poder de su enemigo, resiste viva y tenazmente sus ataques, los para ahuecando sus plumas alares de un modo singular, y le asesta fuertes golpes con sus garras. Este combate, que dura próximamente algunos minutos, suele ser á menudo funesto para ambos combatientes. Viajeros dignos de crédito han sido testigos hace muchos años, según refiere Bailly, de una de estas luchas, llevada á cabo sobre una roca hendida, situada á la orilla del camino principal de Moulis, en Saboya. Vieron á estas rapaces lanzarse una sobre otra, después de haberse destrozado con sus garras, pico y alas, y clavarse sus uñas tan profundamente en la carne, que no pudieron sacarlas, pereciendo ambas en el sitio del combate.» (1).

El odio que muchas aves profesan al gran duque, y su deseo de agredirle, lo aprovechan los cazadores para matarlas. Por eso, aunque dicha rapaz es muy dañina, especialmente durante la época en que tiene que alimentar á sus polluelos, lo escaso de la especie y lo que con ella se destruye de otras aves dañinas, es respetada en aquellos países en que se tienen verdaderas nociones de la caza. En el nuestro escasea el gran buho de tal modo, que nosotros, viviendo en terrenos de mucho monte, y en constantes relaciones

(1) *La Naturaleza*, por D. A. Orio.

con los corsarios más afamados de esta comarca, no hemos podido proveernos de uno, á pesar de nuestras constantes diligencias. Se conocían hace algunos años los sitios donde anidaban varios; pero ya no existen los nidos, á causa de la inconsiderada persecución de que han sido objeto.

La caza del buho es muy común en Alemania. En Francia no es tanto, y en España no se conoce otra que la que se verifica con mochuelos pequeños á pajarillos. Por las noticias que hemos podido adquirir, y por algo que hemos practicado, la caza con el gran duque dede hacerse en esta forma:

Al ave que ha de servir de señuelo se la ata con una cadenita por una pata, sujetándola á una percha de madera. Esta se une á una estaca sólidamente clavada en el suelo. A distancia de quince ó veinte pasos se hace un aguardo con monte bien cubierto por arriba. A dos ó tres metros del buho se coloca un arbolito seco ó verde, destinado á que en él se posen las aves que acudan y poderlas tirar á seguro, ó á recibir las varetas de liga, si la caza quiere hacerse por este medio. En este caso el aguardo está demás, bastando alejarse 50 ó 60 metros y esconderse detrás de una mata ó debajo de un árbol. Si se quieren matar águilas, es muy conveniente tener cerca del buho, en una jaula, ó sujeto con una cadenita, un alcaudón; pero cuidando de tapar con monte el lado más próximo al buho para que no le vea. Esta pequeña ave, en cuanto

divisa al águila, chilla con desesperación, avisando para que el cazador esté prevenido y dispare á aquélla antes de que se aproxime al señuelo.

A falta de buho vivo, hemos hecho uso de uno disecado, dándonos bastante buen resultado. Creemos que uno preparado de forma que mueva la cabeza ó las alas al tirarle de una cuerda, sería de muy buen efecto, evitando los cuidados que se necesitan para criar y transportar una de esas aves vivas.

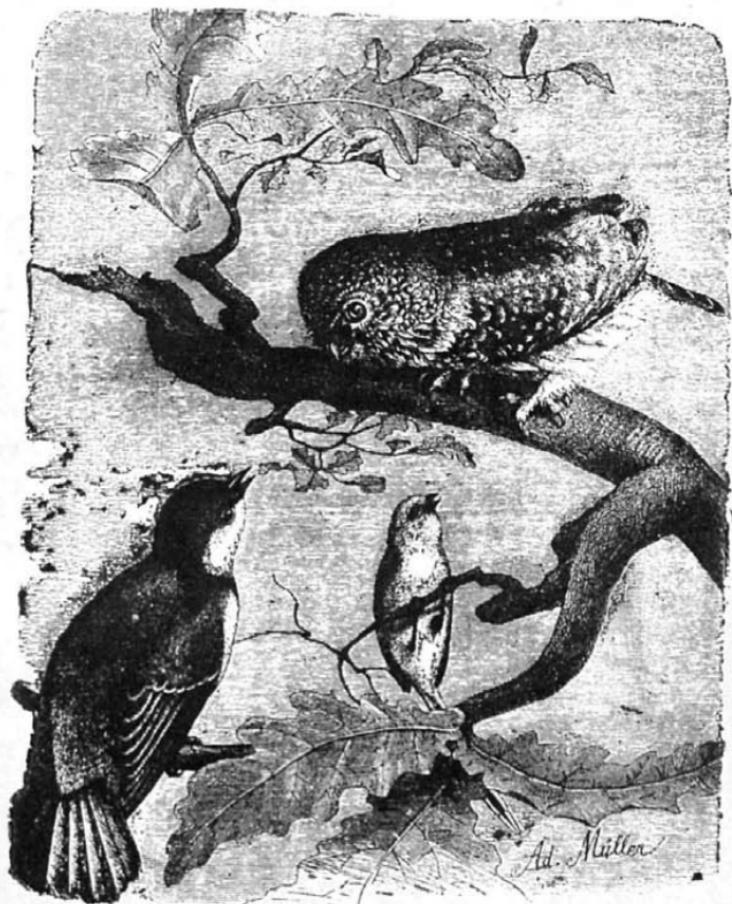
Aconsejamos á nuestros lectores que cuando tengan ocasión ensayen esta manera de cazar, en la seguridad de que les proporcionará muy buenos ratos, haciendo un inmenso beneficio á la caza y á la agricultura.

El buho mediano, el pequeño y las lechuzas de varias clases, son todos animales amigos del hombre, á quien hacen grandes beneficios, que por lo regular éste ignora ó no los agradece.

El número de pequeños roedores y de reptiles que consumen es incalculable. En un nido de mochuelos de la clase más pequeña, hemos encontrado restos de varios ratones, de muchos ciempiés, alacranes y culebras.

Los dueños de los cotos deben hacer comprender á sus serviциarios que es un verdadero delito el destruir á estas útiles é interesantes aves, y toda persona inteligente está obligada á hacer desaparecer entre el

vulgo la errónea creencia de que las lechuzas y otras aves nocturnas son de mal agüero, sino amigas del hombre, á quien libran de importunos y peligrosos enemigos.



El mochuelo y los pájaros

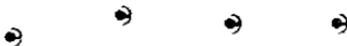


CONCLUSIÓN

No en todo tiempo se cazan todos los animales dañinos; hay épocas en que se *dan* mejor que en otras. Durante la primavera se hallan ocupados en cuidar sus crías, y aunque entonces necesitan más alimento, éste abunda sobremanera, lo mismo que en el estío. En los meses de Abril, Mayo y Junio es cuando deben buscarse los nidos para destruirlos. En el invierno escasea la caza, no hay gusanos ni insectos, y los animales dañinos tienen que alejarse mucho del monte para buscar la subsistencia. Esta es la mejor época, puede decirse la única, de coger cuadrúpedos con cepos. Como no hay entonces hierbas ni pastos, y el suelo está húmedo, es muy fácil distinguir las huellas, y, por consiguiente, hallar los pasos.

M. de la Rue, en su citada obra, da á conocer la forma de las huellas de los animales más notables, indicando si marchan á su paso habitual ó huyendo, y de ella tomamos los siguientes datos, reproducidos por los medios de que hoy podemos disponer.

El lince marca la huella en esta forma:



El lobo, en esta otra:



El gato, cuando va acercándose cautelosamente á su presa, así:



y huyendo, en esta forma:



El zorro, al trote, que es su paso ordinario, casi en línea recta



Al paso, formando ondulaciones



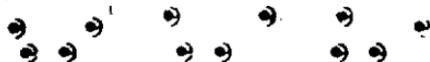
Huyendo á todo correr



El tejón, al trote, marca así la huella:



Corriendo, de esta forma:



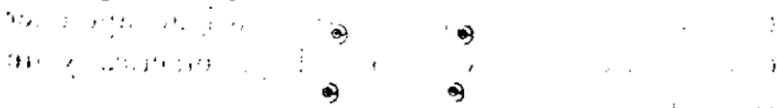
La nutria, al trote, la marca así:



Huyendo, cuando se ve acosada:



La garduña y la marta, á saltos



Huyendo, cuando la persiguen:



Es difícil distinguir la huella del hediondo de la de la garduña. La de ésta es más grande. Las uñas de aquél son más finas que las de ésta, y los pies con menos pelos, lo que hace que aquéllas penetren más en la tierra.



Cuando marcha lentamente



La huella de la pequeña comadreja es así:



Como es raro hallar terreno con espacio suficientemente blando para señalar una huella largo trecho, la mejor manera de conocer cuando un animal va de huida es la profundidad de la pisada, la separación de los dedos y la tierra que arroja tras de sí.

La parte más difícil del arte de cazar es la de distinguir y seguir una huella. Se consigue aprender con una excelente vista, una larga práctica y un buen maestro.

FIN



INDICE

	Páginas.
Dedicatoria.....	5
Prólogo.....	7
Los animales dafinos.....	11
El lobo.....	21
El zorro.....	58
El Huce ó lobo cerval.....	77
El gato.....	81
La nutria.....	91
El tejón.....	99
El erizo.....	107
La garduña.....	111
El meloncillo.....	117
La gineta.....	121
El hediondo.....	123
La comadreja.....	127
Las ratas.....	131
El topo.....	135
El lagarto y la culebra.....	137
La casa de alimafias con perros.....	139
Las aves.....	143
Los buitres.....	145
El águila real.....	247
Los buzos.....	155
Los halcones.....	159
Los azores.....	161
Los milanos.....	163
Los cuervos.....	165
El grajo común.....	167
La picaza.....	169
La urraca.....	170
El gran duque.....	175
Conclusión.....	181

La Caza Ilustrada.

REVISTA DECENAL DE CAZA Y PESCA

Órgano oficial de la Asociación general de cazadores de España.

SE PUBLICA LOS DÍAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

Esta Revista se ocupa especialmente de caza y pesca, publicando en sus columnas, no sólo artículos doctrinales sobre esta materia, sino también otros anecdóticos de caza y pesca, biografías de cazadores célebres, descripción de cazaderos y de excursiones cinegéticas, avisos y consejos á los cazadores, recetas que puedan ser de utilidad, tanto para el cazador como para sus perros, y, en fin, todo cuanto pueda ser útil para la cría, fomento de la caza, etc., etc.

También publica un folletín aparte del texto de obras escogidas, doctrinales y recreativas, las cuales formarán la Biblioteca de LA CAZA ILUSTRADA que, con la destrucción de los animales dañinos, hoy inauguramos.

Precios de suscripción:

Madrid, mes	0,75 pesetas.	
Provincias	Trimestre	2,25 —
	Año	9,00 —
Portugal, trimestre	2,25 —	
Extranjero, año	15,00 —	

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto, 25 céntimos; atrasado, 50 ídem.

Redacción y Administración: Cañizares, 8, segundo izquierdo. Madrid.

Plantilla para la colocación de las láminas.

Batida de lobos.....	32
Haciendo rastros.....	38
Anzuelos de lobos.....	40
Lobo cogido con el anzuelo lobero.....	42
Una zorra en el cepo.....	53
La zorra cazando liebres.....	56
Perro alimañero.....	60
En acecho.....	65
Lince en el cepo.....	80
El gato montés.....	88
La nutria.....	96
El tejón.....	98
Tejón muerto por perros bassets.....	104
Cepo para gatos monteses, garduñas, etc.....	112
Trampa llamada chafa-alimañas.....	120
Idem id. id.....	126
Especie de ratoneras para alimañas.....	130
Cepo para comadreja, turón, etc.....	136
Después de la victoria.....	140
Águila común.....	142
Águila real.....	146
El águila cazando gamuzas.....	149
El nido del águila.....	152
La ardilla en peligro.....	154
La zorra en el nido del águila.....	156
La mejor trampa para coger toda clase de aves de rapina.....	158
Manera de funcionar la trampa para coger aves de rapina.....	159
El halcón cazando liebres.....	160
Lucha de bandidos y salvación de un inocente.....	162
Cepo para garzas y aves parecidas.....	170
El buho.....	174
El mochuelo y los pájaros.....	180

Bazar de armas.—Efectos de caza y esgrima

MANUEL PARDO
ESPOZ Y MINA, 6, MADRID

Representante depositario de las acreditadas escopetas inglesas
Scott y Greener.

Secciones de vestuario y calzado para campo, impermeables, ar-
ficulos de viaje y perros, juegos ingleses de sport.

Catálogos ilustrados.

ARMAS Y EFECTOS DE CAZA

DE

LUIS VIVES Y COMPAÑIA

Escopetas de *Scott, Greener, Wesley Richards, Vebley* y
otras primeras marcas.

Escopetas españolas marca JABALÍ, únicas que compiten
con la buena fabricación extranjera.

Pídanse catálogos ilustrados.

BARCELONA

Fernando VII, núm. 23.

MADRID

Palacio de la Equitativa.

TALLER DE ARMERÍA

DE

JUAN ALONSO PEREZ

Maestro armero de Infantería de Marina.

62, PRECIADOS, 62, MADRID

CASA FUNDADA EN 1873

Ajustes de escopetas, pavones, cajas; arreglo de revólvers y
pistolas; ventas en comisión de armas nuevas y usadas.

Cartuchos de escopeta y cápsulas.

JUAN AZURMENDI

4, Esparteros, 4.

La casa más antigua de Madrid en armas y efectos de caza.

Representante y depositario de los acreditados fabricantes

Señores Víctor Sarasqueta-Cortaberria y Compañía

cuyas armas están llamando la atención de todos los cazadores por su esmerada construcción, alcance y garantía de resistencia.

En esta casa encontrarán los aficionados armas de todos sistemas y precios, como cartuchería de todas clases para caza y tiro de pichón.

Pedir catálogos ilustrados.



Bazar de armas — Efectos de caza y esgrima

DE

ARTURO FERNANDEZ

Armero. — Proveedor de la Real Casa.

HORTALEZA, 11 Y 13, MADRID

Escopetas de todas las mejores marcas del mundo. Armas de todas clases y marcas para tiro de precisión. Taller mecánico para reparaciones de armas. Cartuchos cargados para caza y tiro de pichón.



FE DE ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
3	6	Ramos.	Rauas
7	3	<i>Los</i>	<i>Los</i>
7	8	el	al
84	24	Alacescar	Alcuéscar
60	lámina.	bosset	basset
69	9	fiera	pieza
73	9	mosa	mora
74	9	Galbancum	Galbaneum
74	23	alecto	abeto
86	23	disputárelos	disputaries
103	11	Sale	Se sale
109	14	axisten	existen
140	10	Entresotas	Entresotos
141	7	rasera	trasera

